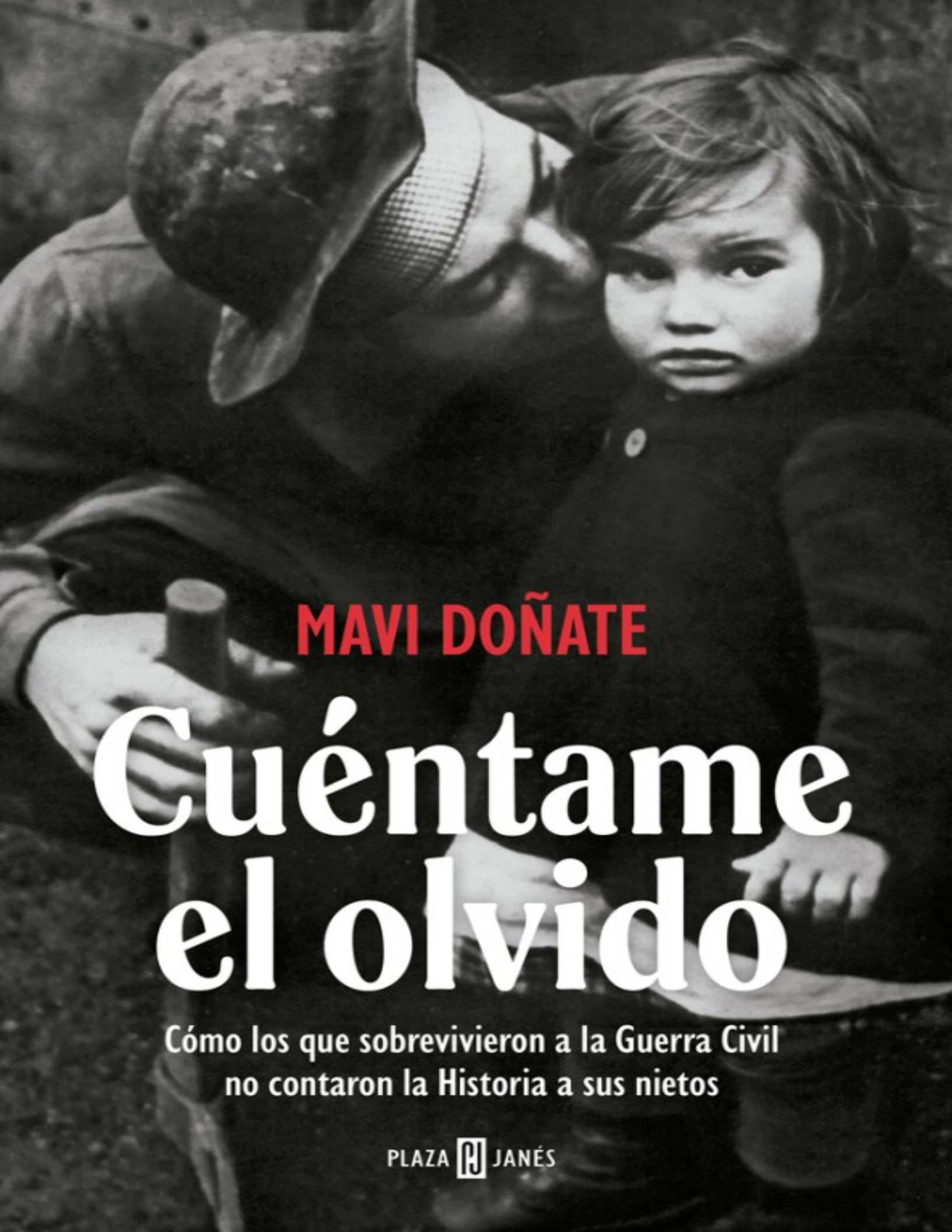


MAVI DOÑATE

Cuéntame el olvido

Cómo los que sobrevivieron a la Guerra Civil
no contaron la Historia a sus nietos

PLAZA JANÉS

MAVI DOÑATE

Cuéntame el olvido

PLAZA JANÉS

A mi familia

Solo le pido a Dios
que la guerra no me sea indiferente,
es un monstruo grande y pisa fuerte
toda la pobre inocencia de la gente.

LEÓN GIECO

Para escribir hay que ser más fuerte que uno mismo.

MARGUERITE DURAS

Prólogo

por Ignacio Martínez de Pisón

Este es un libro escrito en dos tiempos, en dos etapas muy distintas de la reciente historia de España. Por un lado, está el texto autobiográfico que el abuelo Gabriel redactó cuarenta y tantos años después del final de la Guerra Civil; por otro, el libro que, inspirado en aquellas páginas, ha redactado su nieta Mavi noventa años más tarde. Un salto de nueve décadas que, con alguna parada intermedia, nos transporta desde aquellos años convulsos, los más trágicos de nuestra historia, a la actualidad de un país que disfruta desde hace medio siglo de una convivencia en democracia y libertad como jamás habían conocido tantas generaciones de españoles juntas.

Vaya por delante una breve sinopsis. El joven Gabriel, sin significación política particular, fue tachado de rojo por varios vecinos de su pueblo. Esto, que en circunstancias normales habría resultado irrelevante, en el verano de 1936 podía conducirte directamente al paredón de fusilamiento si tenías la mala suerte de encontrarte en algún rincón de la llamada zona nacional. Gabriel, para el que el fiscal militar solicitó la pena de muerte, acabó siendo condenado a *solo* treinta años de cárcel, de los que cumpliría cuatro años y algunos meses.

Después de aquello se inició un largo periodo de silencio. Durante la dictadura, el silencio del propio Gabriel y de sus convecinos, en una relación desigual en la que todos sabían quién formaba parte de la España de los vencedores y quién de la de los vencidos. Y, durante la Transición, el silencio de una sociedad que daba sus primeros pasos hacia la democracia con miedo a despertar los viejos fantasmas del guerracivilismo. Que el abuelo Gabriel no se decidiera a redactar sus recuerdos hasta mediados de los años ochenta, cuando ya la democracia se había consolidado en España, tal vez quiera decir algo y, en todo caso, aún tendrían que pasar unos años para que, con el cambio de siglo, los nietos de quienes hicieron la guerra se lanzaran a discutir sobre la contienda sin que ello conllevara ningún riesgo de desestabilización.

La delación como un elemento más de la cotidianidad, la arbitrariedad de los tribunales militares, las atroces condiciones de las cárceles franquistas, la inhumanidad de los batallones de trabajadores…: de todo eso se ha hablado y escrito más en el primer cuarto de este siglo que en los sesenta años inmediatamente posteriores al conflicto. De todo eso habla también el abuelo Gabriel porque lo sufrió en carne propia, y a menudo su testimonio resulta espeluznante, como cuando lo envían al cementerio de Torrero a desenterrar y quemar cadáveres antiguos para hacer sitio a los nuevos muertos, mientras los soldados se dedican a reventar las calaveras para arrancar las piezas de oro de las dentaduras.

Cuando Mavi Doñate opta por escribir sobre las experiencias de su abuelo Gabriel lo hace, desde luego, porque fue alguien muy importante para ella, alguien único, como suelen ser los abuelos para los nietos. Pero también por lo contrario: porque contando la

historia de su abuelo Gabriel puede contar la de los muchos, muchísimos abuelos Gabriel que proliferaron en aquella España trágica, jóvenes sin culpa atrapados por una fortuna adversa, vidas torcidas por un cruel golpe del destino. Su historia es la de muchos, y también lo es su silencio posterior, prolongado hasta tiempos muy recientes.

Con las herramientas mezcladas de la microhistoria, el periodismo, la autobiografía y la literatura, Mavi Doñate ha acertado a escribir uno de esos libros necesarios que llenan vacíos, subsanan olvidos y reparan injusticias. Los recuerdos de su abuelo son el punto de partida de una indagación literaria, lo que los británicos llamarían una *quest*, pero entre las fuentes a las que recurre están también el sumario del consejo de guerra, alguna entrevista con algún historiador y, sobre todo, el testimonio de los descendientes de aquellas personas que en su momento acusaron al abuelo Gabriel, varios de los cuales ni siquiera recordaban que este hubiera pasado más de cuatro años en la cárcel.

Cuéntame el olvido es, por un lado, el homenaje de Mavi Doñate a su abuelo y a quienes vivieron experiencias tan duras como las suyas y, por otro, un ejemplo de honestidad ética e intelectual, como queda claro cuando se interroga a sí misma acerca de si habría escrito un libro como este en el caso de que su abuelo Gabriel, en vez de ser víctima, hubiera sido verdugo. Evocando *Los amnésicos* de Géraldine Schwarz, una obra valiente que bucea en la responsabilidad histórica de sus familiares alemanes, que se dejaron embaucar por las soflamas nazis y se beneficiaron de las atrocidades cometidas contra los judíos, llega a la conclusión de que sí. Evidentemente, ese habría sido un libro bien distinto.

Tanto el libro de Schwarz como el de Doñate parten de la premisa de estar observando un pasado traumático desde el confort y la placidez de un presente privilegiado, el de la Europa actual, que sigue siendo un refugio de progreso y libertad. La España de la que habla el abuelo Gabriel es, recordémoslo, la de las delaciones, la represión, el miedo, el hambre, el estraperlo. Una España dividida entre vencedores y vencidos, de la que nunca viene mal refrescar las cifras: los doscientos sesenta mil presos que se hacinaban en las cárceles de Franco, los cerca de quinientos mil derrotados que acababan de cruzar la frontera en dirección al exilio, los cincuenta mil republicanos que serían fusilados mientras la Segunda Guerra Mundial asolaba Europa… Eran, en definitiva, tiempos terribles, en los que hermanos no se atrevían a testificar a favor de hermanos por miedo a sufrir las consecuencias.

Mavi Doñate se acerca a esa etapa histórica con la intención de saber, pero no con la de juzgar, porque juzgar equivaldría a arrogarse una discutible superioridad moral: la seguridad de creer que ella, o nosotros, seríamos capaces de hacer bien las cosas que entonces se hicieron mal y de conservar la dignidad y la decencia donde otros no pudieron hacerlo. ¿Quiénes somos nosotros para, desde la comodidad de nuestro sofá, afirmar que no nos habríamos equivocado como tantos se equivocaron entonces? Por otro lado, ¿quiénes somos nosotros para permitir que historias como la del abuelo Gabriel se pierdan para siempre en el olvido? Estas dos preguntas se encuentran, creo, en el origen de este libro excelente.

Del tiempo y del olvido

Hace tiempo mi abuelo nos hizo un regalo muy especial: un diario en el que describía el horror que vivió tras ser capturado durante la Guerra Civil y encarcelado hasta los primeros años de la posguerra.

Hombre discreto, sabio y paciente, pensaba mucho y hablaba poco, por lo que no compartí con él tantas conversaciones como habría querido sobre este periodo de la historia que marcó a su generación y, por extensión, a la de sus hijos —nuestros padres—, que vivieron de lleno los casi cuarenta años de la dictadura franquista. Tampoco a ellos les gustaba revisitar esa época, y yo me encontraba en esa edad en la que solo existen el presente y el futuro. Por desgracia, mi abuelo falleció antes de que anidara en mí el deseo de conocer mejor nuestro pasado.

En los años posteriores a su muerte, la presencia de aquel cuaderno me despertaba una mezcla de miedo y respeto. Sabía que leerlo era una especie de asignatura pendiente, y que me afectaría emocionalmente hacer ese viaje. Solo al llegar a París reuní el valor necesario para sumergirme en la caligrafía de mi abuelo Gabriel, con aquellos trazos de letras aprendidas de forma autodidacta, y reencontrarme con el pasado, con la vida de los míos y mis raíces, así como con recuerdos sedimentados dentro de mí.

Cuéntame el olvido surgió como el fogonazo de una idea, seguido del grito emocionado de que debía contar todo lo que mi abuelo

había pasado como un abrazo a su memoria, pero también como una búsqueda de respuestas para todas las preguntas que me había generado.

Se convirtió en una deuda moral. Gabriel había querido dejar por escrito a sus nietos su vivencia: la de esa guerra fratricida que no podía volver a repetirse y la de la represión posterior, que él sufrió de lleno en un pueblo muy pequeño, y que marcó por completo su carácter y su forma de ser.

Él cuenta que ocho personas del pueblo le señalaron como un «rojo» y esos testimonios constituyeron la única prueba de cargo para que fuera juzgado y condenado por adhesión a la rebelión.

Conmocionada por el descubrimiento, me embarqué en una investigación personal en la que consulté papeles militares, leí toda la documentación de su proceso y juicio sumarísimo e identifiqué a sus acusadores. Cuando vi sus nombres, conocidos para mi familia y para mí, me pregunté qué había significado para ellos su participación en aquel juicio: ¿les habrían contado a sus hijos y nietos que habían señalado y después acusado a un vecino del mismo pueblo? Y si lo habían hecho, ¿cuál había sido el relato? ¿Alguna vez se habían preguntado por el precio que pagó mi abuelo, entonces un joven de veinticinco años que no entendía nada de política…?

Se lo expliqué a mi editora Virginia Fernández y a David Trías, quienes me apoyaron y me acompañaron desde el principio en la escritura de este libro en el que he querido rendir homenaje a esos hombres y mujeres para los que la Guerra Civil no terminó en 1939. Vidas humildes arrolladas por la apisonadora histórica de un nuevo régimen dictatorial que buscó silenciarlos.

Fusilados, encarcelados, purgados y exiliados. Sobre todo en los primeros años de la posguerra, malvivieron en una España rota, hambrienta y destruida, y en la que los vencedores, con el caudillo al frente, pusieron todo su empeño en demostrar que lo eran.

El control y el ensañamiento fue mayor en las zonas rurales, en pueblos pequeños donde todos se conocían y en los que se añadían venganzas generacionales, o rencillas y envidias por asuntos de lindes o tierras. Odios que se canalizaron ya durante la guerra por unos y por otros.

Cuéntame el olvido es una narrativa real con muy poco de ficción. Los nombres de la mayoría de los protagonistas han sido alterados para respetar su anonimato, y solo me he permitido la licencia de incluir dos relatos con anécdotas que me han contado los vecinos del pueblo.

Quiero destacar que esta no es una historia de buenos y malos, aunque hubo víctimas y verdugos. Tampoco pretendo vengarme de aquellos a los que mi abuelo ya perdonó. Nadie es responsable de los errores que cometieron sus padres o abuelos, incluso si fueron intencionados y con maldad.

La escritura de este libro ha sido un gran aprendizaje y ha supuesto un importante viaje interior. Confieso que aquí se encuentran algunas de las entrevistas más difíciles de toda mi carrera. Desde el principio fui consciente de que a muchos de los familiares implicados no les iba a gustar remover el pasado, y es algo que he aceptado. A todos, gracias. A los que me abrieron las puertas de sus casas, a los que accedieron a hablar un rato. También a los que, desde el respeto, declinaron recordar para mí.

El libro me ha regalado también la oportunidad de charlar largo y tendido con mi madre. Es la entrevista más exquisita de todas. Reímos y lloramos. Qué vida más compleja han tenido también las mujeres de su tiempo, y cuánto les debemos a ellas.

He echado mucho de menos a su hermana pequeña, mi tía Milagros, mi madrina, mi amiga y mi otra madre, que nos dejó en febrero de 2024. Me hubiera gustado que lo leyese y lo enriqueciera con su memoria.

Gracias también a mi tío Gabriel por su paciencia y por ser tan buena gente, y a mi padre por todo el cariño que siempre le profesó a mi abuelo y la ilusión que ha puesto en este libro.

Por último, sé que la vivencia de mi abuelo es una más de tantas y tantas, que en muchas familias tienen historias parecidas e incluso peores, porque quizá nunca conocieron a sus abuelos o porque los siguen buscando todavía. Para ellos va este relato, que también plantea una pregunta final.

Gabriel escribió el manuscrito cincuenta años después de que empezase la Guerra Civil. Cuando llegó la democracia era necesario seguir adelante y no mirar mucho hacia atrás por miedo a convertirnos en estatuas de sal. Entonces, quizá sin querer y sin pretenderlo, se impuso, como un pacto no firmado, el olvido y el silencio. El trauma era muy reciente, las heridas estaban abiertas, y a la esperanza le acechaba la sombra del miedo. Yo escribo *Cuéntame el olvido* medio siglo después de la muerte del dictador Francisco Franco, y del proceso democrático que se abrió con la monarquía parlamentaria.

¿Cuánto olvido era necesario? ¿Hemos alcanzado suficiente madurez política para mirar el pasado con la verdad y sin rencores?

¿Estamos al fin preparados para conocer la historia de todos nuestros abuelos?

A mi abuela Victorina nunca le gustó que llegásemos al pueblo de noche. Un detalle que comprendí muy pronto, cuando era una niña que se peleaba con sus dos hermanos por un poco más de espacio en los asientos traseros de aquel Simca 1200 rojo en el que íbamos al pueblo, en un viaje que siempre nos parecía eterno. Entonces, y durante mucho tiempo, pensé que se trataba de un reproche hacia mi madre por aquellos recibimientos nocturnos, guiados tan solo por la linterna que mi abuelo Gabriel guardaba en la cuadra. Imaginaba su temor a que nos sorprendiera un accidente fatal en aquellas carreteras poco iluminadas y a las que llamaba «vericuetos del diablo», y que sus regañinas —moldeadas con enfado y cariño— se asentaban sobre la lógica de que solo quienes habían conducido muchas veces por aquellos caminos podían permitirse cierta tranquilidad ante las múltiples curvas cerradas, subidas y bajadas de una ruta que a mí, propensa a los mareos, me convertían en una zombi desorientada en cuanto salía del coche. Ella insistía en que era mejor llegar a la hora de comer, o cuando el sol todavía no se colaba por la loma del collado y, durante los primeros minutos, no atendía a ninguna de las razones que pacientemente le daba mi madre acerca de la pericia de mi padre al volante —profesión con la que se ganaba la vida—, o la imposibilidad de salir más temprano de Zaragoza. Su enfado no se aplacaba hasta que veía que yo había recuperado el color propio de una niña viva, y después de que mi

madre le diese dos paquetes de chocolate a la taza y unos polvos para hacer gaseosa con el agua de la fuente que, según decía, le mejoraban las digestiones.

En aquellos años de mediados de los setenta nunca pregunté a mi madre si sabía el porqué de ese malestar de mi abuela por nuestra hora de llegada, por lo que crecí convencida de esa relación causa-efecto que mitigaba su miedo: a mayor luz, menos posibilidades de que nos pasara algo en la carretera. Interioricé su temor hasta el punto de que, siempre que iba a visitarla durante los últimos veranos que pasó allí, me cuidaba mucho de llegar a tiempo de darle un abrazo a plena luz del día para no preocuparla.

Hacía ya varios años que yo trabajaba en Madrid. Me dirigía por la M-30 hasta la autovía de Aragón y tomaba el desvío en Alcolea del Pinar. Dejaba atrás Molina de Aragón y me adentraba en esa Castilla-La Mancha de monte bajo, pinares, encinas y duros inviernos. Desfilaban ante mis ojos pequeños pueblos en los que hoy viven apenas una decena de vecinos; esos que son una parte de lo que ahora se llama la «España vaciada» o, quizá mejor, «despoblada».

Y precisamente en una de aquellas tardes estivales —mientras hablábamos de mi abuelo, que nos había dejado unos veranos atrás — fue cuando me contó por qué le hacía feliz que llegase «a las claras».

—Me gusta que todo el mundo vea lo maja y lista que eres. Bastante tuvimos que agachar la cabeza durante años —dijo con una sonrisa.

De pronto comprendí que detrás de su frase afloraban recuerdos que yo desconocía. Los de una historia que quisieron tejer con olvido, aunque no lo consiguieran del todo ya que, según fui

adentrándome en ella, resonaron en mí notas y acordes de esa melodía incompleta.

Aquella tarde de agosto de mediados de los noventa, mi abuela Victorina rebuscó en el baúl de su dormitorio hasta encontrar un libro. Había decidido echarle un pulso al olvido. Al entregármelo, vi que en realidad se trataba de una agenda de tapas duras en cuya cubierta de color marrón podía leerse el año: «1980». Sus páginas, un tanto amarillentas ya, contenían la letra de su marido. Mi abuelo Gabriel había escrito un diario que había titulado «Retorno, vivo lejano», y que comenzaba con una sencilla presentación de quién era él, seguida de una breve explicación en la que justificaba su decisión de dejar volar su memoria hacia el pasado, hasta unos años oscuros en los que se vio arrollado por la Historia.

Me llamo Gabriel Herranz Fuertes. De profesión labrador, nací el 18 de marzo de 1911 en un pueblo de Guadalajara, y ahora jubilado y como superviviente de la Guerra Civil, escribo este manuscrito para recoger mis memorias y sacarlas a la luz pública. Durante cuarenta años han estado en silencio. Quiero también relatar los trágicos momentos que me hicieron pasar en la España de Franco.

No lo escribo por ideales, ni por venganza. Lo escribo por distracción, pero también por necesidad para que la juventud venidera se dé una idea de lo horroroso que fue aquello.

Hasta 1975 se había silenciado lo que sufrimos en aquellos terribles años de la guerra y de la represión. Constantemente vivíamos llenos de sustos, disgustos, lágrimas y penas, y lo que fue peor para mí: la cárcel en la que mi juventud fue destrozada.

La historia que ahora escribo no es una novela fantástica, sino la exacta descripción de unos hechos desoladores y despiadados que yo, y otros, sufrimos en las cárceles franquistas bajo la dictadura de aquel señor que se proclamaba devoto cristiano… ¡No podía ser cristiano!

Después de penosos años y largos sufrimientos en las cárceles de Soria, Zaragoza y el penal de El Dueso, Santoña, en la dictadura franquista, regresé a mi pueblo natal en libertad atenuada. Con un pedazo de Historia prendida en el pecho.

Cuando cumplí mi condena
aquel día ya lejano,
sigue viva mi memoria
para hoy poder contarlo.

Mido el tiempo sin trampas y reconozco con sinceridad que el manuscrito de mi abuelo Gabriel estuvo guardado en los cajones de las casas en las que he vivido casi tantos años como en el arcón de mi abuela. La agenda con su «1980» impreso en la cubierta vio pasar el tiempo en el domicilio de mis padres en Zaragoza; más adelante en Madrid —donde tuvo un lugar escogido y mimado entre mis libros—, primero en dos apartamentos pequeños en Antón Martín y después en la casa de Jon, mi pareja, cuando me fui a vivir con él. El relato de mi abuelo me esperó en esa buhardilla con ventanas al cielo madrileño los seis años que estuve en Pekín, y de allí lo saqué en octubre de 2021 para traerlo a París, mi segundo destino como corresponsal.

No dudé de que me acompañaría a Francia, país que se convirtió en destino forzado del exilio para muchos de los que salvaron la vida durante la Guerra Civil y la posguerra poniendo tierra de por medio. Fue el caso de alguno del pueblo que, si hago memoria, venía durante los veranos a hablar con mi abuelo de lo que yo entendía entonces como «sus cosas».

Además, Francia y París guardaban un significado especial para mi familia materna, un posible pero frustrado cambio radical en el destino de sus vidas y, por tanto, también de la mía. Mi abuela siempre contaba que su padre, mi bisabuelo Toribio, había venido a París en busca de trabajo en los años veinte del siglo pasado. Tras

unos meses malviviendo consiguió emplearse en los que por aquel entonces eran los almacenes más grandes de la ciudad, los Entrepôts et Magasins Généraux. A sus naves, situadas en Saint-Denis, llegaban los alimentos no perecederos traídos por ferrocarril y en barcos de otros países. Había terminado la Primera Guerra Mundial, y con las instalaciones de la factoría afectadas y una población masculina mermada, se necesitaba mano de obra, también de migrantes, para descargar y ordenar toneladas de cereales, azúcar, aceite, carbón o madera con los que se abastecía a los comercios de la villa. Según mi abuela, su padre trabajó a destajo sin olvidar que en el pueblo había dejado a su esposa Marta y a sus dos hijas. Ella era la pequeña y cuando su padre partió, apenas había dado sus primeros pasos.

Sin noción muy clara del tiempo, mi abuela insistía en que todavía eran muy niñas cuando un día regresó con la esperanza de una nueva vida en la maleta, aunque fuese al otro lado de los Pirineos y en otro idioma. Frente a la pobreza y la escasez del pueblo, su padre les proponía un futuro en apariencia más sólido, con un trabajo seguro y una casa que le habían apalabrado en el mismo barrio de Saint-Denis. Pero mi bisabuela entonó el «no nos moverán» y frustró su proyecto diciéndole que para fregar unas baldosas que no eran las suyas, se quedaba donde estaba. Así que aquel hombre, del que solo tengo algunas pinceladas, pero suficientes como para dibujarme a una persona adelantada a su tiempo, se quedó con ellas y nunca regresó a París.

No obstante, la leyenda de su breve paso por la Ciudad de la Luz ha permanecido viva en mi familia durante décadas, llenando las conversaciones de anécdotas maravillosas repetidas mil veces, como

que Toribio conoció a Picasso porque iba por Montmartre o que asistía a las reuniones del Partido Socialista. Nunca he logrado saber cuánto hay de real en estas historias, si eran fruto de la imaginación de mi madre y de mis tíos, o si sus nietos habían heredado el relato de mi abuela Victorina. Lo que sí parece cierto es que fue de los primeros en tener el carnet del Partido Socialista y que, tras regresar de París, fue sacristán del pueblo. Me divertía mucho escuchar a mi abuela contar estas historias, a las que siempre añadía el mismo colofón, este sí, lógico y real: «Si nos hubiésemos marchado del pueblo como quiso mi padre, ahora todas seríamos parisinas», decía con su risa contagiosa y esa coquetería con la que se fijaba en mi lápiz de labios o me pedía que le dejase mi anillo para ver cómo le quedaba a ella.

Me encantaría poder decirle que ahora vivo en París, que llegué casi en el mismo año que su padre, pero un siglo después, y que aquellos almacenes son ahora unos estudios de televisión y las sedes de unas cuantas empresas.

Mi abuelo Gabriel siempre dijo que le gustaba mucho hablar con su suegro Toribio porque era un buen hombre, abierto de mente, tolerante y listo. Y ha sido aquí, en ese París que nos une a mi bisabuelo y a mí, donde he leído cada frase de ese diario «Retorno, vivo lejano» para cerrar el círculo y recontar lo que pasó, y de ese modo hacer que emerja un fragmento mayor del iceberg de la amnesia y del olvido colectivo.

Porque al final, abuelo Gabriel, tu historia es la de muchos, la de todos aquellos que tuvisteis que silenciar una parte de vuestras vidas durante demasiado tiempo, hombres y mujeres para quienes la Guerra Civil no terminó en 1939. Algunos ni siquiera defendisteis

activamente unos ideales, pero os cayó todo el peso del horror del franquismo tan solo por no abrazar claramente los principios del Movimiento Nacional. Condenados y doloridos y, aun así, vacíos de rencor para lograr que los de mi generación fuésemos más hijos de la Transición y de la democracia, que nietos de aquella dictadura que, durante décadas, os robó la libertad.

Esta escritura de lo que viví empieza cuando ya el pueblo en el que nací formaba parte en la guerra civil de la zona «liberada», bajo los franquistas y de lo que algunos llamaron «Guerra Santa» cuando en realidad fue una guerra fratricida, bajo el yugo y el hierro de unos cabecillas traidores que ensangrentaron España.

Cuando me llamaron a quintas de nuevo para ingresar en la Caja de Reclutas de Soria, no fue una sorpresa. Un mes antes, en una fría mañana de febrero de 1937, habían llegado al pueblo un grupo de falangistas que se habían hecho con el mando de la vecina Molina de Aragón. El alcalde se había marchado, habían detenido al resto de la corporación, y después subieron por todos los pueblos de la zona presumiendo de su camisa azul y de la insignia de sus flechas de la Falange.

Al nuestro llegaron en dos carros grandes y desde el ayuntamiento avisaron de un bando en la plaza. Vi a unos ocho falangistas. Había también otros cuatro, de mediana edad, con boinas rojas, fusiles y pistolas en el cinturón. Requetés de Navarra, dijeron que eran. El alcalde, Jesús G., organizó un baile y les convidó a unos tragos de vino. Estábamos todos allí.

Uno de los falangistas le preguntó si había algún cabecilla rojo, y J. G. les contestó que el pueblo era una balsa de aceite y que todos éramos uno. Entonces vimos cómo el que le había preguntado le arrebataba la vara de alcalde. Se la pasaron unos a otros con risas y

burlas y se la dieron a Salmerón Gómez, al que nombraron nuevo responsable del pueblo.

El bando anunciado fue para obligarnos a llevar al ayuntamiento todas las armas y escopetas de caza que tuviésemos en casa. Nos exigieron también que les diésemos algo de ganado. Se llevaron ovejas y unos machos cabríos capados que eran de todo el pueblo.

Un vecino, que no cito su nombre, dijo:

—Estos no roban, lo piden.

Yo le contesté que los republicanos que antes mandaban en Molina ni robaron ni pidieron, y que no nos hacían cantar La Internacional *como ellos el* Cara al sol *a todas horas.*

No me daba cuenta todavía de que expresar una opinión diferente ya era sumamente peligroso. Lo que sí supe ese día es que me llamarían en breve a alistarme en el Frente Nacional. No me equivoqué. La prórroga que me habían dado en el 32, por tener unos padres mayores a los que cuidaba, había terminado.

A primeros de marzo del 37 nos llamaron para ir a Soria. Tenía hasta mediados de mes para incorporarme. Yo salí de casa en la madrugada del día 8. No me despedí de nadie, por lo que en el pueblo sospecharon que me iría a la zona republicana.

Yo sabía que mi abuelo había estado en la cárcel durante la guerra, pero para mi familia todo ese periodo oscuro se redujo a unas pocas palabras como «hambre», «miedo» y «miseria», y a alguna anécdota suelta y terrible de las cárceles franquistas, pero sin mucho más relato.

En los años setenta y hasta mediados de los ochenta, mis mayores se contagiaron del espíritu de la Transición y pusieron todo su empeño en pasar página y mirar al futuro con esperanza, dejando a un lado el fantasma de un pasado del que todavía les quedaban estigmas y el temor a que pudiese volver.

Mis abuelos, Gabriel y Victorina, se dejaron llevar por los vientos del cambio: abrazaron el olvido y evitaron que el odio devorara el resto de su existencia. No les recuerdo nunca hablando con rabia, o señalando con inquina a los que en el pueblo le acusaron sin razón de ser comunista, izquierdoso o rojo para que más de cuatro años de su juventud se fueran por el sumidero de las cárceles franquistas.

Mis abuelos tardaron en asimilar que con la democracia se podía hablar libremente, defender cualquier idea política contraria al franquismo, a pesar de que en 1977 se pellizcaban cuando escucharon por la radio que el presidente, Adolfo Suárez, había legalizado el Partido Comunista, o tatareaban *Libertad sin ira* de los Jarcha, convertido en un himno que sonaba sin parar en casa de mis padres y de mis tíos.

Ahora intuyo que mi abuelo, más introvertido que mi abuela por todo lo que había pasado, sentía además una pizca de miedo que le hacía ser sumamente prudente. Era cuidadoso y comedido con sus palabras y no solo en el pueblo, al que después de mudarse a Zaragoza solo iban a pasar el verano, sino también en aquella ciudad de provincias, un tanto conservadora, en la que todavía se marcaban la cuna y la clase social como los sellos de lacre en los sobres.

En 1969, un año antes de que mis padres se casasen, y dos de que yo naciese como su primera nieta, mis abuelos se hicieron cargo de la portería de un edificio en la céntrica calle Cádiz. A punto de cambiar de década, ellos iniciaban una nueva etapa en plena madurez, en una ciudad que despedía los sesenta como se hacía en toda España. Mientras el resto del mundo hervía de ideales revolucionarios, el país permanecía anclado en el continuismo político con el NO-DO como pequeña ventana al exterior. Fueron los años del asesinato de Kennedy, de Martin Luther King defendiendo los derechos de los negros, de la guerra de Vietnam, de los hippies, de la crisis de los misiles de Cuba, de la Revolución Cultural china, de la beatlemanía o de la llegada del hombre a la Luna, pero el mundo de mis mayores iba a otra velocidad. Primaba su vida, cuidarse unos a otros y llegar a final de mes. Y para ello se trabajaba y se luchaba por el día a día.

Mis padres ahorraban para casarse, al igual que mi tía, y mis abuelos se desvivieron para que a su hijo pequeño de siete años, mi tío Gabriel, no le faltase un buen colegio y comida en el plato.

Mis primeros recuerdos de ellos, de Gabriel y Victorina en Zaragoza, los asocio también a esa portería pequeña y acristalada a la que nos llevaban casi todas las tardes después del colegio. Una

estufa eléctrica intentaba suavizar un frío que acababa doliendo en los huesos. Era una especie de habitación en alto, separada de la puerta de la calle por seis escalones de piedra blanca marmoleada. El patio tenía en el suelo una rejilla de forja que tapaba un foso de un metro de profundidad. Años después, cuando con mis hermanos ya formábamos una pandilla de «pequeños asilvestrados», como nos llamaba mi abuelo, aquel foso nos parecía la puerta de la bajada a los infiernos, una boca que se tragaba sin piedad y, al menor descuido, nuestras canicas y cromos.

Si cierro los ojos, veo la calle Cádiz, estrecha y gris por el humo de los coches, y una mercería que tenía paraguas en el escaparate. Allí evitaba entrar cuando mi madre o mi abuela acudían a comprar telas, botones o lanas, porque el regente, don Remigio, con su aspecto cadavérico a lo Nosferatu, me daba pavor, a pesar de que siempre me ofrecía un caramelo con una amplia sonrisa. Pero la sonrisa se convertía en una mueca en aquella boca en la que le sobresalían dos colmillos más grandes que el resto de su dentadura. A partir de ese afilado recuerdo de mi infancia, escribí un relato que presenté a un concurso.

La mercería se convirtió en los noventa en un restaurante italiano de una franquicia. Quedé una noche allí para cenar con un noviete que me daba muchos quebraderos de cabeza. Y, frente a un plato de raviolis con espinacas y pecorino, vi claramente que era un vampiro mental de manual. Nunca sabré si él sintió algo que le hizo estar como en su casa y se descubrió tal y como era, o si el espíritu de don Remigio me lo sopló al oído cuando di el último sorbo a mi copa de prosecco. En cualquier caso, estoy convencida de que me ayudó por los viejos tiempos, por todas las compras que le hicimos y por el

pavor que me había provocado. Unos días después de esa cena dejé a aquel chico.

También me viene a la cabeza una librería que había al lado. Su dueña, doña Maruja, era vecina de la casa en la que estaban mis abuelos y siempre nos traía bolsas llenas de bolígrafos, lápices, gomas, pinturas y pegamento. Como agradecimiento, y por petición de mis abuelos, mi hermano David cantaba a voz en grito *La de la mochila azul* imitando al niño Pedrito Fernández que veíamos en Televisión Española.

La calle Cádiz, hoy peatonal, estaba cerca de todo, y con el buen tiempo nos llevaban a la plaza de los Sitios o a la del Carbón a comernos el bocadillo de la merienda. Comprábamos en el Mercado Central y el del Azoque, o acompañaba a mis dos abuelas al Pilar para pedir deseos a la Virgen que se cumplían, decían, si llevaba el manto blanco.

Entre todos esos recuerdos aparecen en mi memoria destellos brillantes, como la imagen de mi abuelo escribiendo en la portería. Sobre sus rodillas, un chal de lana y la mirada fija en el trazo del bolígrafo. Su caligrafía… Ahora caigo en que seguramente la agenda en la que plasmó su historia se la daría doña Maruja de su papelería cuando llegó el año 1980. Le veo también cerrar la garita, como él decía, y guardar con mimo la agenda en la mesilla al lado de su cama.

Les habían cedido como vivienda el último piso de aquel edificio que no tenía ascensor, y que en aquellos tiempos los vecinos ni se planteaban instalarlo.

Fue completando su historia pacientemente, durante años, hasta que puso el punto final un día de 1986, medio siglo después del

inicio de la contienda. Me contaron que un periodista se había interesado por ese manuscrito, que ya era el relato de los primeros recuerdos a los que luego fue añadiendo otros. Una década después de la muerte de Franco quedaban por aflorar miles de testimonios entre los represaliados, los encarcelados o los familiares de los fusilados.

Una vez muerto el dictador, mi abuelo podía haber contado a la prensa todo lo que vivió, pero decidió no hacerlo. Quizá consideró que había que seguir siendo prudente en una democracia ansiada y celebrada, pero que todavía estaba en pañales, y a la que se miraba con furia desde los cuarteles. Se sabía que había ruido de sables entre un grupo de militares que amenazaban con sacar los tanques a la calle, después de que Adolfo Suárez legalizase el Partido Comunista y Santiago Carrillo ocupase un sillón en el Parlamento tras las elecciones de 1979; o ante los numerosos asesinatos a los suyos perpetrados por la banda terrorista ETA.

Esa democracia incipiente se llevó un gran susto con el golpe de Estado de Antonio Tejero, el teniente coronel de la Guardia Civil que el 23 de febrero de 1981 entró, pistola en mano, en el Congreso de los Diputados. El golpe fracasó, la democracia se hizo más fuerte, pero mi abuelo confirmó sus temores y decidió que, por el momento, era mejor ser cauteloso.

No me quise despedir de nadie. Solo miré un largo rato a mi madre cuando anunció que se iba a dormir y apreté sus manos. Esas manos surcadas de horas de sol, agua de lavadero y tierra difícil para dar frutos. Quise llevar conmigo su mirada serena. Tenía miedo. No pude dormir ni siquiera las tres o cuatro horas que podría haberlo hecho antes de dejar atrás su casa con las brasas del hogar todavía calientes. Eché en un morral una tajada de pan negro y un trozo de magra de carne y eché andar todavía a oscuras hacia Orihuela del Tremedal.

¿Qué sabía yo de bandos y de la guerra? Las noticias que llegaban al pueblo eran confusas, y yo no tenía ideales políticos. No pertenecía a partido alguno, ni de derechas ni de izquierdas.

En la noche solo se escuchaban mis pies al hundirse en la nieve del camino. Se me hizo de día cuando había llegado al otro lado de la ermita del Tremedal. Seguía nevando y una niebla espesa helaba la sangre. Anduve casi toda la jornada hasta llegar a la caseta de camineros en el alto del puerto. Decidí pasar la noche ahí, donde entre aquellas paredes de piedra, suelo de paja y excrementos de ganado aparecieron mis fantasmas de la duda. ¿Hacía bien en marcharme? No había pensado si perjudicaba a mis padres, y si tarde o temprano iba a desencadenar males mayores.

A la mañana, pensé, me bajo a Orihuela del Tremedal, cojo los coches de línea y me voy a Soria. Y ahí estuvo mi gran error. Si no

hubiese entrado en este pueblo no hubiese pasado nada.

El día que murió Franco, yo tenía cuatro años recién cumplidos. Demasiado pequeña para conservar unas imágenes nítidas y una narrativa clara de aquel día, pero se me quedaron grabadas algunas sensaciones ante la intuición de que estaba ocurriendo algo que parecía muy importante. Aquel 20 de noviembre de 1975 me recuerdo en casa de mis abuelos. Jugaba concentrada a pintarrajear sobre una pizarra con tizas de colores. Había dormido en su casa y ya habíamos desayunado. El teléfono empezó a sonar y desde el salón nos llegaba la voz de un hombre que hablaba en la televisión y, después, aplausos de mis abuelos. Mi madre llegó al rato. A los mayores se los veía contentos y emocionados. Nos contaron que se había ido para siempre un señor que había mandado mucho y que todo iba a cambiar para mejor.

Era un momento histórico, nos explicaron, aunque supongo que no alcancé a entender por completo esa trascendencia que emana de lo que calificamos de «histórico», pero sí que lo vinculé a que todos los que componían mi pequeño mundo no pararon de hablar de lo mismo durante días y, sobre todo, que no tuve que ir al colegio-guardería. Era tan chica que no podía apreciar que en la calle se vivía una alegría contenida, mezclada con el temor por la incertidumbre, y que aquel señor que salió ese día por la tele y dijo: «Españoles, Franco ha muerto…», era Carlos Arias Navarro, el entonces presidente del Gobierno.

Todo esto lo supe mucho después. Ese afán de mis mayores por dejar atrás lo más rápido posible las cadenas de la dictadura contribuyó de manera decisiva a mi desinterés por Franco. Para mí ha sido una figura histórica superada. Algo así como ese primer capítulo de una novela en la que pasan tantas cosas, y en tan poco tiempo, que conforme avanzamos en ella el inicio nos parece muy lejano y ya nada relevante. Quizá, como ya he dicho, hayan influido las ganas de mis mayores de dejar atrás el pasado y construir un futuro sin nostalgias, a pesar de que lo sufrieron bajo el mandato del caudillo. Pero hay una cuestión que me inquieta y es que se puedan repetir los errores del ayer, que por desconocimiento se mitifique la falta de libertades de una dictadura.

Ahora comprendo que junto a ese impulso de seguir adelante existió también el deseo de no enterrar la historia en el mausoleo del dictador. De ahí que mi abuelo trabajara aquellos años para que conociésemos la cara más oscura del franquismo.

Su diario me ha aportado luz porque a ese desinterés original por mi parte se sumó la inestimable ayuda del sistema educativo, que soslayaba año tras año los episodios más oscuros del franquismo en las clases de Historia tanto del colegio como del instituto. En mi caso, tampoco recuerdo haber profundizado en ello durante mi paso por la Facultad de Periodismo. En ocasiones, algunas novelas me conducían por ese territorio en el que no muchos escritores querían adentrarse en las dos décadas finales del siglo pasado. Pese a todo, a mis veinte años leí con gran deleite *Crónica del alba* de Ramón J. Sender, o *Luna de lobos* de Julio Llamazares, que publicó a mediados de los ochenta, pero es ahora, en los últimos quince años, cuando hay más variedad de literatura ambientada en esa etapa: desde *Los*

episodios de una guerra interminable de Almudena Grandes al maravilloso *Castillos de fuego* de Ignacio Martínez de Pisón, pasando por el redescubierto Manuel Chaves Nogales con su ya imprescindible *A sangre y fuego*.

Pero antes de leer algunos de estos libros, muchos de nosotros nos enfrentábamos a ese periodo de nuestra historia reciente como algo tedioso y anacrónico. Así me pasó en la tarde noche del 17 de marzo de 2005, cuando como redactora del *Telediario* de Televisión Española tuve que cubrir la retirada de la estatua de Franco en Nuevos Ministerios, en Madrid.

Una enorme grúa levantó la escultura ecuestre asentada desde 1959 ante la protesta de un grupo de nostálgicos, entre los que estaba su nieto Francis, y por otro lado, las celebraciones cercanas de otro grupo de izquierdas. En total, no llegaban a los doscientos, y todo se desarrolló de forma pacífica, aunque unas seis dotaciones de la Policía Municipal permanecían vigilantes por si en cualquier momento los ánimos subían de temperatura. Viví que retirasen la estatua de Franco, o que cambiasen los nombres de las calles relacionadas con militares franquistas, como algo normal, adecuado a los tiempos que corrían, y, quizá erróneamente, como un hecho más anecdótico que trascendente.

Reflexioné sobre ello mucho después. En concreto, once años más tarde, cuando ejercía de corresponsal en China. Entré en una tienda del viejo Pekín; aquel establecimiento era un túnel en el tiempo que, paradójicamente, regentaba un joven y moderno chino de gafas de pasta negra, cabello desordenado y amplia camiseta. Allí se encontraban desde uniformes de los guardias de la Revolución Cultural a ejemplares del *Libro rojo*, y por supuesto postales de un

Mao Zedong joven y sonriente. Me acompañaba Rocío, mi traductora china de treinta años, que observaba todo con gran curiosidad.

—Es todo muy *vintage* —dijo mientras cogía un póster de propaganda en el que aparecía Mao rodeado de niños en un campo de cultivo de arroz.

Fue entonces cuando me di cuenta de que quizá también yo me había acercado al franquismo con esa mirada despreocupada, como si se tratase de algo muy lejano. Y sin ser muy consciente, me culpé por no haber hablado más con mi abuelo, por no haberle preguntado cuando aún vivía, y sobre todo entendí que todo lo que se había ganado en nuestra democracia era una especie de legado que había que seguir cuidando.

Antes de continuar con el relato de mi experiencia, quisiera contar cómo llegó la guerra. Desde que yo me acuerdo:

Con el rey Alfonso XIII teníamos en España una monarquía. El 13 de septiembre de 1923, el general Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado con el visto bueno del monarca e instauró una dictadura militar, primero, y después una especie de directorio civil. Pero fue tan impopular que perdió el favor del rey y del propio ejército, dimitió el 28 de enero de 1930 y se marchó a París, donde murió.

El 12 de diciembre de 1930, los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández se sublevan en Jaca contra la monarquía. El levantamiento fracasó y fueron fusilados, pero dejaron el germen de la República.

Con las elecciones generales del 12 de abril de 1931 nacía la Segunda República española el 14 de abril.

El primer presidente provisional fue Niceto Alcalá Zamora.

Entonces el rey decidió salir de España y se cantaba esta canción: «Del puerto de Cartagena / a bordo de su barquico / con rumbo al extranjero / marchaba Alfonsico*».*

El rey Alfonso XIII murió en Roma el 28 de febrero de 1941.

Mientras, en España, el 14 de abril de 1931, Sanjurjo se pone a las órdenes del nuevo ministro de la República, Miguel Maura,

enfrentado con don Manuel Azaña por su política de reducción del ejército.

El 10 de agosto, el general Sanjurjo protagoniza en Sevilla una sublevación contra la República que fracasa en toda España, fundamentalmente en Madrid. En el juicio de guerra fue condenado a muerte, pero el gobierno de izquierdas le conmuta la pena por treinta años de cárcel e ingresa en el penal de El Dueso en Santoña. En 1934 se marcha a Portugal después de que el gobierno cedista de derechas le amnistiara en 1934.

Muere el 20 de julio de 1936. Sanjurjo, «el león» como lo llamaban sus compañeros, volvía de Estoril para trasladarse a la zona sublevada y tomar el mando, pero el avión que lo trasladaba se estrella nada más despegar.

El 16 de febrero de 1936 se celebraron las terceras elecciones generales de la República. No sabíamos que iban a ser también las últimas.

Las izquierdas, el Frente Popular, se alzó con la victoria. Alcalá Zamora fue cesado de presidente y le sustituyó don Manuel Azaña Díaz, que al final de la Guerra Civil se tuvo que marchar a Francia con su familia.

En los primeros días del mes de julio del 36, pistoleros fascistas asesinaron en Madrid al teniente Castillo de la Guardia de Asalto republicana. Un día después, otros de ideología de izquierdas fueron en busca de José Calvo Sotelo, representante de la derecha española, y lo asesinaron de dos balazos en la cabeza.

El 18 de julio de 1936, una camarilla de militares fascistas conspiradores, el general Sanjurjo, Franco, Mola, Alonso Vega,

Queipo de Llano, Varela, Cabanellas, y otros de la misma rama se sublevaron contra el Gobierno constitucional de la República.

En Madrid, Barcelona, Valencia y algunas otras capitales, los militares fueron derrotados triunfando el gobierno republicano. En la parte de los sublevados, se formó un gobierno en Burgos y pusieron de jefe a Franco, a este misterioso militar convertido en estadista. Había muerto Sanjurjo, supuestamente en un accidente, aunque se rumoreó que fue una bomba porque le podría haber arrebatado el puesto a Franco.

El mismo Franco firmó el fusilamiento en Burgos del general Domingo Batet, que no se sublevó con ellos porque era monárquico.

España quedó dividida y empezó la Guerra Civil, con los franquistas intentando ocupar toda España y los republicanos resistiendo sin tantas armas y con menos apoyo internacional, porque Franco contó con tropas marroquíes y la ayuda de Alemania con sus aviones de combate, y de Italia que dejaban pueblos enteros arrasados y bañados en sangre, eso sí, con el nombre de Dios por delante, ante mujeres y niños aterrorizados.

La ciudad de Sigüenza quedó entre los dos fuegos. Las fuerzas republicanas se parapetaron en la catedral, que acabó destruida por la aviación de los rebeldes. Los que no murieron, cayeron prisioneros.

Yo también caí prisionero en Orihuela del Tremedal.

Solo disfruté de mi abuelo Gabriel durante las dos primeras décadas de mi vida. Un frío 7 de enero de 1996 se fue como había vivido, discreto y en silencio. Murió en su cama, rodeado por su mujer y sus hijos, en el piso en el que vivía hacía ya unos años, desde que dejaron de trabajar en la portería y se mudaron de la céntrica calle Cádiz a una zona más modesta, a medio camino entre las casas de sus dos hijas.

Siempre pensé que el «yayo», como llamamos en Aragón a nuestros abuelos, había decidido irse rápido, para no «dar mal» a los suyos después de que a sus ochenta y cuatro años le vieran un tumor maligno en el hígado.

Para mí fue la primera vez que la muerte se llevaba a alguien de los míos, y la tristeza contrastaba con la ilusionante etapa que estaba viviendo. Había acabado la carrera y disfrutaba de una beca en la Agencia EFE. Trabajar de periodista en mi ciudad me permitía redescubrir Zaragoza, que antes de irme a estudiar a Pamplona se reducía a mi barrio, a los cines del centro y a mis amigas Elena, Pili y Arancha, quienes desde el instituto siguen siendo mi núcleo duro, aunque las vea poco y seamos tan diferentes.

Lo que veía me gustaba, aunque con los veintipocos y trabajando de lo mío me hubiese gustado hasta la peor ciudad del mundo. Me perdía pocas obras en el Teatro del Mercado y en el Principal, leía a Félix Romeo y a Ángela Labordeta, escuchaba a un grupo nuevo que

se llamaba Amaral, y me encantaba el ambiente de El Ángel Azul y del Bonanza. Guardo un especial recuerdo de los colegas de prensa zaragozanos y de esos dos años porque fueron los últimos que viví en mi ciudad natal antes de marcharme a Madrid a empezar una nueva etapa.

A Zaragoza vuelvo siempre, y últimamente intento que sea también presente además de pasado. Por eso, en uno de mis últimos viajes, me decidí a mirar la verdad más de cerca, a completar el diario de mi abuelo, y solicité consultar la documentación de su juicio sumarísimo en las oficinas de Capitanía General. Quería tocar el papel, completar la historia de lo que le había pasado, ver su firma manuscrita, o los formulismos de la época con los que se terminaba un escrito judicial. El año 2024 estaba a punto de acabar, pero para mí esta visita iba a ser el empujón definitivo para comenzar esta historia, para recuperar la de mi abuelo.

Entré tranquilamente y pregunté de dónde salían los autocares. Aparecieron dos de Falange y me preguntaron qué quería. Les conté de qué pueblo era, que iba de quinto a Soria y que quería coger los coches de Santa Eulalia.

—Tú lo que quieres es irte a Tramacastilla que es donde están los rojos —me espetaron.

Les expliqué que si hubiera sido así no habría entrado en Orihuela. Les pedí que me dejaran coger los coches y me dijeron que ellos no podían, que tenían que dar cuenta, y que debía ir con ellos.

Se me llevaron a la casa que tenía la Falange y allí coincidí con Eusebio el Cuervo, otro del pueblo de al lado al que le había pasado algo parecido. Llamaron a Molina de Aragón para dar parte de nuestras detenciones. Nos tuvieron todo el día y la noche encerrados en esa casa, vigilados por cuatro hombres que llevaban fusiles.

Por la mañana nos llevaron a Alustante, donde en la puerta de la fábrica de madera nos esperaba una pareja de la Guardia Civil. Sin muchas palabras nos condujeron hacia Molina de Aragón, al cuartel de la Caja de Reclutas.

—¿Es cierto que te ibas a la zona roja?

El que me preguntaba se presentó como el capitán del reclutamiento. Le dije lo mismo que a los primeros de Falange que me habían parado; que eso no era cierto, que eran pensamientos falsos porque les pedí información para ir a Soria.

—De momento, donde vas es a la cárcel —me dijo.

Y así, durmiendo esa noche en una celda, empezó mi viaje a las cárceles de Franco. Era un 9 de marzo de 1937, tenía veinticinco años.

En este viaje a Zaragoza no he ido a casa. He preferido alojarme en un pequeño hotel en el centro, cerca del río y de la plaza del Pilar. Esta zona me conecta con mis abuelos.

Siempre cuento que cuando mi abuela murió, yo estaba en la plaza del Carbón, que es como se llamaba a la antigua plaza de Miguel Salamero. No había ni un alma, hacía demasiado frío aquella mañana del 1 de enero de 2017. Había llegado a la plaza como si mis pies fuesen independientes de mi cuerpo, como si siguiesen libres la senda del recuerdo y escogiesen el camino por mí en ese paseo que decidí dar antes de subir por la tarde al hospital para estar con ella. Me senté en uno de esos bancos circulares metidos en corralitos y sentí una especie de abrazo que me dejó tristeza, pero también paz y felicidad. Así supe que ella estaba ahí conmigo, como cuando era pequeña y me llevaba a jugar, y que era su forma de despedirse de mí. A los pocos minutos me avisaron de que había fallecido.

Me acuerdo de todo esto mientras cojo el cuaderno de apuntes antes de subir andando hasta Capitanía, en el paseo del Canal, curiosamente en mi barrio, muy cerca de la casa de mis padres.

El Archivo es una especie de gran oficina de los años setenta dentro del cuartel. En el primer piso, unos despachos con puertas de madera un tanto desgastada, y el nombre en la pared de los que allí trabajan. Me presento a una mujer de mi edad de simpática sonrisa

y le digo que tengo cita. Me pasa a la sala de consulta. Es una habitación con una gran ventana que da al patio del cuartel. Desde ella también se puede ver el Canal Imperial de Aragón, llamado así, tan pomposamente, desde que lo construyeron en el siglo XVIII, una de las obras hidráulicas más emblemáticas de su tiempo en Europa, siguiendo el modelo francés de los canales navegables y de regadío.

Me siento en una de las dos mesas de lectura. Ambas tienen una lámpara. Espero unos minutos y la mujer, que se ha puesto unos guantes blancos de algodón, me deja unos legajos marcados por el paso del tiempo. Además de consultarlos, puedo hacer fotografías.

Me siento rara. Me emociono un poco. Antes de empezar a leer el expediente, toco el papel y se me agolpan recuerdos sueltos, como cabos del ovillo con el que tengo que tejer una historia dentro de la Historia.

Entre los ruidos del pasillo alguien que pregunta en alto:

—¿Ha venido ya el capitán?

Y la fotocopiadora escupe hojas mientras yo retrocedo al año 1937.

De Molina nos llevaron a la cárcel de Calatayud, donde pasamos otra noche. Llevaba dos días sin comer nada y me dolía el estómago. La celda era una especie de váter. Mi cuerpo tiritaba de frío. El 11 de marzo, sobre las dos de la tarde, otra pareja de la Guardia Civil vino a por nosotros. Estábamos todo el rato esposados, y así nos llevaron a la estación.

Allí me encontré con Eugenio, del pueblo de al lado, que iba de quinto a Soria a juntarse con los nacionales. Llevaba una botella de vino.

—Anda, toma un trago por si acaso es el último que bebes —me dijo.

—No tengo sed. Me llevan detenido, acusado de que me iba con los rojos, pero sabes que no es verdad. Tú me conoces.

Los guardias le llamaron aparte, pero no me enteré de lo que le preguntaban ni de lo que contestaba…

Vino el tren y subimos.

Cuando llegamos a Soria estaba lloviendo. De camino al cuartel pasamos por una zona con árboles. Uno de los guardias dijo que podía pegarnos dos tiros y dejarnos ahí, pero el otro le recriminó que nos tenían que llevar ante el mando.

De nuevo tuve que explicar que no me iba con los rojos y que no era de ningún partido. Tampoco estaba afiliado a la Falange. El superior me explicó que si los informes eran buenos ingresaría en el

cuartel dentro de unos días, que pertenecía a Zaragoza a servicios sociales.

Nos llevaron a la prisión provincial número 1 de Soria, un antiguo caserón construido en los años de la Inquisición.

Hago varias lecturas del medio centenar de folios. Primero rápido en su totalidad, y después para despejar varias de las incógnitas que me generó el propio diario de mi abuelo, y responderme algunas preguntas que le hice cuando todavía vivía. El documento recoge sus declaraciones ante diferentes instancias de por qué se marchó hacia Orihuela del Tremedal cuando le llamaron para ingresar en las filas de los nacionales en Soria. Lo que alegó ante las brigadas ciudadanas que le dieron el alto en Orihuela, ante los guardias y ante el juez de instrucción. Todo forma parte del juicio sumarísimo. Me detengo en algunas de las expresiones exaltadas que adornaban los escritos de la época: «¡Viva Franco!», «el glorioso Movimiento Nacional», «Dios guarde a usted por muchos años» o «segundo año del glorioso Alzamiento Nacional».

El documento completa cierta información que mi abuelo no escribió en el diario, como a dónde quería ir cuando decide no acudir a Soria para alistarse.

El informe que hace el juez de instrucción, un comandante de Infantería en situación de reserva, y agregado al gobierno militar, recoge un resumen de los hechos:

> …Declara el encartado y dice: Que pertenece a la quinta de 1932, y disfrutando de prórroga de primera clase como hijo de padres sexagenarios, sorprendiéndole el Movimiento Nacional en el pueblo de su naturaleza de la provincia de Guadalajara, haciendo vida normal hasta el día 7 de marzo en el

> que, por haberle comunicado que cesaba la prórroga que disfrutaba y tenía que presentarse en la Caja de Reclutas de Soria y por hallarse enfermo, salió dicho día del pueblo permaneciendo escondido en una paridera y marchando después con dirección a Valencia. El objetivo era aprovechar el clima conveniente para su estado de salud y trabajar allí, a cuyo efecto emprendió la marcha. Que el día 9, habiendo pasado el pueblo de Orihuela como cosa de dos kilómetros, modificó su propósito, y decidió regresar a Orihuela donde una pareja de Acción Ciudadana, después de echarle el alto, le preguntaron que dónde iba, manifestando el declarante que a entregarse al fascio…

¿Dónde quería llegar mi abuelo realmente? ¿Estaba enfermo y buscaba un clima más amable que el de los pueblos de esa zona, que siempre salen en los informativos por las mínimas temperaturas en invierno? ¿Hubo más motivos que el pensar en sus padres para cambiar su propósito? ¿Había planeado esa marcha con alguien más del pueblo y no apareció después? ¿Quedó con otra persona en algún punto del camino y no se encontraron?

Son dudas que me quedan frente a la certeza de que en tiempos de guerra salen todas las miserias del ser humano, y en ambos lados. Si la contienda es civil, la brecha es aún más profunda y cruel, y la traición no entiende de llevar la misma sangre o de amistades.

La de mi abuelo es una historia más de esos oscuros años en la España rural. Empieza en plena guerra, y continúa con la posguerra y sus años de terror hasta 1945, y con la imposición de una dictadura de casi cuarenta años.

Quizá el horror para los vencidos durante la primera posguerra habría sido parecido si los vencedores hubiesen sido las izquierdas del Frente Popular o los anarquistas. Nadie sale con ánimos de reconciliación de una guerra civil, y en las izquierdas algunos ya habían dado muestras de gran crueldad, de su anticlericalismo y de

su participación en las checas durante la primavera de 1936, tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero y también durante la contienda. Pero al final el resultado fue el que fue, y los que ganaron se empeñaron en borrar a los desafectos al nuevo régimen y a los contrarios a la construcción de la nueva España nacionalcatólica.

Lo refleja muy bien Fernando Fernán Gómez en su obra de teatro *Las bicicletas son para el verano*, llevada al cine por Jaime Chávarri, y en la escena magistral en la que don Luis, Agustín González, pasea con su hijo Luisito, interpretado por Gabino Diego, por un Madrid ruinoso de final de la guerra. Don Luis le explica a su hijo que podrían detenerle por haber fundado un sindicato. Y Luisito dice: «Mamá, que estaba tan contenta porque había llegado la paz…». A lo que don Luis responde: «Es que no ha llegado la paz, Luis, ha llegado la victoria».

Estaba en un sótano sin ventanas. El suelo era de tierra. La humedad había desconchado las paredes. Los pocos petates que había estaban mojados y se pegaban al suelo. No entendía lo que me estaba tocando vivir. Era solo un agricultor, un trabajador del campo, que veía con horror cómo los que se habían alzado en armas mataban y encarcelaban a personas inocentes.

Al segundo día de estar en la cárcel declaré ante el señor juez. Me preguntó el motivo por el que estaba allí. Alegué que no era verdad la acusación de que me quería ir a la zona republicana, que solo entré en Orihuela a coger los coches para venir a Soria.

—¿A qué partido político pertenece? ¿Al PC, al Socialista o a la CNT? —enumeró aquel juez.

—A ninguno.

—¿Te escribías con algunos de los frentes republicanos?

—Con ninguno.

—¿Algún cabecilla del pueblo te dijo que te fueras a la zona roja?

—A mí nadie me dijo nada, y mi camino era venir a Soria.

—Entonces, usted sería un buen soldado de nuestra Patria, ¡claro que sí! Vamos a pedir informes al Ayuntamiento de su pueblo, y si es cierto lo que dice y la información es buena, ingresarás a nuestras filas.

El interrogatorio fue amable y confié en que todo se pudiese arreglar al final, pero antes de los informes del Ayuntamiento

llegaron otros que me condenaron.

Por algunas rencillas particulares con mis padres a causa de fincas y linderos, y envidias propias de pueblos, todos se vengaron y declararon que yo era comunista. Se lo sacaron además de sus chaquetas vueltas del revés, porque en el 31 ellos habían votado al Ayuntamiento de izquierdas.

Por esta información me procesaron el 14 de mayo como rebelde a la causa nacional.

La sensación que me deja la lectura es que a mi abuelo lo vendió prácticamente todo el pueblo: los que le acusaron y los que no hicieron nada para defenderle. Tampoco he podido saber el motivo. Quizá por venganza. Una vez me contó que su padre, mi bisabuelo Pascual, le colocó a una cabra entre los cuernos un cartón en el que había escrito: «Viva la República». Visto con ojos de ahora me parece un precio muy alto solo por expresar una opción política, pero la guerra sumerge la vida en el delirio y la radicalidad, y el infierno que emerge de esta combinación se nota más en un pueblo pequeño.

Si alguno de los que declararon ante el juez no hubiese afirmado que mi abuelo tenía ideas de izquierdas, extremistas, comunistas o exaltadas, como dijeron, quizá se habría salvado de la sentencia a cadena perpetua y del miedo a ser fusilado como pidió el fiscal por el delito de adhesión a la rebelión. Y de ser verdad que era de izquierdas, ¿sabían lo que implicaba declarar eso? ¿Eran conscientes de que podrían haber mandado a mi abuelo al paredón de fusilamiento?

En el expediente del juicio sumarísimo también aparece, aunque no pone el nombre, que un vecino llamó a las brigadas ciudadanas de Orihuela del Tremedal para avisar de que mi abuelo había huido. Así lo declara este labrador que recogió la llamada y participó en la detención:

> En Orihuela del Tremedal, a 12 de marzo de 1938. Segundo Año Triunfal.
>
> Ante el señor juez, comparece el testigo que dice llamarse como queda dicho, de cuarenta y cinco años de edad, de profesión labrador, natural de Orihuela del Tremedal y en la actualidad Alférez Honorario Jefe de los Guerrilleros de Orihuela del Tremedal.
>
> Se le pide que precise con todo detalle el momento, forma y circunstancias que concurrieron en la detención del encartado Gabriel Herranz Fuertes, dijo: que a él le avisaron del mismo pueblo del detenido de que había salido tal individuo para la zona roja, y que al día siguiente se presentó en el pueblo de Orihuela del Tremedal, completamente despistado ya que creía que era el pueblo de Noguera (Teruel) que en aquel entonces se hallaba en poder de los rojos.
>
> Que se entregó sin violencia alguna, y que solo dijo que iba a entregarse al pueblo de Noguera, que se confundió de camino, porque debería haber tomado la dirección contraria…

¿Quién llamó del pueblo? ¿Quién da la alerta y dice que mi abuelo se iba para la zona roja? Además este labrador, convertido en miliciano nacional, da otra versión de la supuesta declaración de mi abuelo cuando dice que creía que Orihuela del Tremedal era la localidad de Noguera, en Teruel, y que se encontraba «perdido».

Este testimonio se incorpora en las conclusiones finales del consejo de guerra en el que se condena a mi abuelo a cadena perpetua, consistente en treinta años de cárcel. La sentencia, diferente a la pena de muerte que pidió el fiscal, le sacó del pozo oscuro en el que estuvo sumido durante meses ante el temor de que el castigo fuese su vida. La pena capital se dictaba para otros por el mismo delito.

A mi abuelo le comunican la sentencia el 10 de junio de 1938, quince meses después de su detención y encarcelamiento.

Mientras imagino la eternidad de los días, semanas y meses de espera que sufrió mi abuelo antes de conocer su destino, la amable voz de la funcionaria militar interrumpe mi doloroso viaje al pasado y me recuerda que puedo hacer fotos. Me ha visto tomar notas y el tiempo concertado se va acabando. Es 23 de diciembre y parece lógico que quieran irse y empezar sus vacaciones de Navidad. Aun así, hablamos un rato.

La cabo primero parece comprender desde la discreción lo que he podido sentir con cada una de esas hojas. Ella es la conservadora de esa especie de museo en el que todavía faltan obras por catalogar. Los fondos de la Memoria Histórica no son suficientes para clasificar todos los legajos. De hecho, en la demarcación militar de Aragón solo están localizados y catalogados por ahora los expedientes hasta los apellidos de la letra S, aunque la cabo matiza que si un familiar solicita ver uno de estos documentos lo pueden buscar en la cámara especial en la que están conservados. También me comenta que en algunos expedientes hay fotografías de los encarcelados o fusilados, e incluso dinero de la época.

También hablamos de que en los papeles se ven historias trágicas nacidas al margen de las ideologías. Que hubo quien fue señalado por una venganza de tierras y lindes, por una herida antigua al haberle quitado la novia, por envidias soterradas e irracionales que podían haberse heredado incluso de generaciones anteriores. La guerra fratricida como pretexto canalizó todo ese odio nacido de las miserias humanas más cotidianas.

Le agradezco el ratito de charla. Ella se pone de nuevo los guantes de algodón y coge el legajo para devolverlo al archivo. Siento entonces una especie de tristeza, como si me despidiese de un

tesoro egipcio lleno de enigmas y preguntas, de una pieza de enorme valor en mi vida y que, sin embargo, no me pertenece.

El juez me volvió a llamar la semana siguiente y vaya sorpresa que me llevé. Su tono ya no era tan suave como el de la vez anterior.

—Amigo, han cambiado las tornas. Usted nos decía que no entendía de partidos y ahora resulta que nos dicen de su pueblo que es usted de exaltadas ideas comunistas. Que su conducta en el pueblo es buena, pero que es de extrema izquierda, y que asistió a una manifestación el 14 de abril, fecha de la República.

Me enseñó quiénes firmaban el documento. Cuatro vecinos.

—Esto no es cierto, es falso —le dije al capitán juez.

—¿Con qué cara lo niega? Nombre cuatro vecinos que sean mayores y de derechas, y si dicen lo mismo será procesado y juzgado en juicio de guerra por adhesión a la rebelión con la máxima pena —concluyó el juez militar.

Cité a los cuatro que se sabía que eran más de derechas. Entre ellos estaba mi hermano Aquitanio, al que escribí también porque era el jefe de la Falange en el pueblo. En la carta le daba cuenta de los nombres que había puesto porque eran familia por parte de su mujer. Su suegro y algunos tíos. Le insistí en que de lo que dijesen dependía mi libertad. A los días recibí su carta de vuelta, fechada el 2 de abril de 1937.

> *Recibí tu carta y referente a lo que dices, yo no sé siquiera si han pedido esos informes. Si fueron malos no me culpes, y si fueron buenos no me lo agradezcas.*

Por la Santa Causa Nacional no te verías donde te ves.

AQUITANIO H.

Supe también después que los cuatro que declararon primero, de forma voluntaria, se habían reunido en casa de uno de ellos, de Jaime R. que tenía una pequeña taberna y acordaron decir todos lo mismo: que la conducta como vecino era buena, pero que era de extrema izquierda. Jaime R. incluso fue al pueblo de al lado para que su cuñado Clemente firmará también, pero este se negó porque dijo que no tenía nada contra mí.

Años después, otro de los firmantes me dijo que si aparecía su nombre en algún papel, lo habría puesto Jaime R. porque él no firmó. Este fue Serafín M., que en 1960 se ahorcó en su casa antes de un juicio por un lío familiar.

En el informe de la Guardia Civil y del Ayuntamiento se destacaba que yo era una persona de orden y de buena conducta. El alcalde, Salmerón G., añadió que yo no tenía defecto alguno, pero que no comprendía por qué no me fui por Molina de Aragón para coger los autobuses, en vez de por Orihuela, si la distancia en kilómetros venía a ser igual.

Al final, como fueron ocho los que dijeron que era de extrema izquierda, me procesaron.

En aquellos tiempos, con una información así era más que suficiente para llevarte al paredón. Siempre he creído que me salvaron de la pena de muerte los escritos del Ayuntamiento y de la Guardia Civil, aunque durante más de cuatro años más que vivir sobreviví como pude.

Me cuesta más leer las declaraciones de los vecinos del pueblo recogidas por la caligrafía puntiaguda y urgente de una pluma, aunque las ocho exposiciones se transcriben con un esquema común. En el mismo orden, se da el nombre del pueblo y la fecha, se dice quién presta declaración como vecino, su oficio, y finalmente exponen sobre lo que se les pide: cómo era «la conducta político-social, pública y privada, del prisionero de guerra, y si les consta que haya interactuado en contra del Movimiento Nacional».

El alcalde del pueblo impuesto por Falange, Salmerón Gómez, y un secretario firman las ocho declaraciones. Cuatro de ellas son de aquellos que mi abuelo designa cuando le dicen que elija a cuatro vecinos «respetables» por ser de derechas y mayores, después de que otros cuatro de su quinta le hayan señalado por tener, dicen, ideales de izquierdas.

> … Que la conducta privada la ignora, públicamente, y por demostración del mismo cuantas veces tenía ocasión de mostrarlo, de ideales comunistas antes y después del glorioso movimiento…
>
> … Sus ideas políticas y sociales eran izquierdistas…
>
> … De exaltadas ideas extremistas…
>
> … Como vecino de este pueblo había observado que tenía buena conducta, pero políticamente hacía alarde y manifestaba sus exaltadas ideas comunistas hasta la fecha que se fugó…

Así, uno tras otro, declaran atribuyendo a mi abuelo el delito más castigado en plena Guerra Civil: ser de izquierdas y haber tenido intención de fugarse.

Mi abuelo creyó que los informes de la Guardia Civil y de la alcaldía le salvaron de morir fusilado porque, en su primera declaración, Salmerón Gómez dijo de él que como vecino no tenía ningún defecto, y que no entendía por qué quiso ir a Soria, donde le reclamaban para alistarse en la Caja de Reclutas, por Orihuela del Tremedal, cuando por Molina de Aragón, zona sublevada, había la misma distancia.

Pero otra de las declaraciones del alcalde sí que le incrimina. Pasada a máquina, empieza con «el honor que le supone informar como se le interesa del prisionero del pueblo», para continuar:

> Gabriel políticamente antes del Movimiento manifestaba claramente sus extremas ideas extremistas, también acompañó a dos manifestaciones públicas que celebraron en esta localidad los simpatizantes como él del extinguido Frente Popular después de las elecciones del 16 de febrero de 1936.
>
> Dios guarde a usted por muchos años.
>
> 25 de marzo de 1937
>
> El alcalde, Salmerón Gómez

Hablaré ahora del trato en la prisión de Soria.

Formaciones había pocas debido a que no había espacio. Estábamos como las hormigas.

Las comidas eran muy sucias. A las dos de la tarde nos daban un cazo de alubias tan duras como balines. Por la noche, otro de lentejas que tenían piedras y semillas y unos doscientos gramos de pan. Otros días ni siquiera esto. A las alubias les echaban «huesarrangos» de animales. Un día, en el puchero vimos una pata que parecía de burro pequeño y al que le habían dejado hasta la herradura. En el caldo salían también alpargatas y, lo más común y habitual, ratones. Una vez, a mí me cayó uno en el plato. Lo tiré al cubo de la basura y me comí las judías.

Uno de los guardianes dijo que los huesos los llevaban del matadero para echarlos directamente a los calderos, y que los ratones saldrían de las tuberías del agua. Yo me preguntaba: «¿Y las alpargatas por dónde caían?».

No es extraño que enfermásemos. A los dos meses de estar en la prisión, después de una comida, unos cuantos empezaron con unas diarreas horribles y vómitos. Después lo sufrimos todos. Sobre las doce de la noche empezamos con grandes dolores de vientre. Estaríamos unos cien hombres en ese espacio, que era peor que una cuadra para animales, y sin retrete. El único que había estaba en el

patio, al que solo se podía salir en horas de reglamento. Solo teníamos un cubo para echar algo de basura.

Los primeros que empezaron con descomposición lo llenaron hasta salirse. Todo era un puro alarido, vómitos, diarreas, nos retorcíamos de dolor. Las ropas, el suelo. Nosotros sin querer nos salpicábamos unos con otros. Nos pusimos perdidos. Aquellos dolores de tripa, aquel olor no se podía aguantar.

Sonó un timbre de alarma y los custodios vinieron con las metralletas en la mano. Cuando vieron lo que pasaba, abrieron las puertas. Las escaleras, el patio, el váter común… todo quedó lleno de regueros. Fue una noche de perros también para ellos, que les tocó ver y oler.

Al día siguiente, como todos teníamos fiebre, vino un alférez que se decía médico y nos dio unas aspirinas. Estuvimos ocho días muy enfermos. A algunos, dijeron, que se los llevaban al hospital, pero después ya no los volvimos a ver, ni a saber nada de ellos.

Se dijo que quizá la carne que habían echado a las legumbres estaba muy pasada. Las directoras de la cocina, comentaban, eran unas monjas.

Ahora, desde la distancia, a aquellas judías les dedico estos versos:

En la cárcel de Soria
estas fatigas pasé,
un día la comida
envenenada fue.

Entre la vida y la muerte
estuvimos ocho días,
tirados por los suelos

por aquellas tristes judías.

Con vómitos, fiebres y diarreas,
nos daban unas lentejas:
«Si quieres te las comes
y si no las dejas».

Jamás hubiese creído
la poca humanidad
que existe entre los hombres
por causa de un ideal.

Estuve en Soria nueve meses y cinco días. Desde el 11 de marzo de 1937 al 23 de noviembre del mismo año. En total, 250 días. Después me trasladaron a Zaragoza para celebrarme el juicio.

Mi abuelo supo quiénes habían declarado en su contra. Sus testimonios y sus nombres los leyeron en el juicio. Y yo veo los nombres de los ocho en el expediente militar.

Para mí ha sido una sorpresa, porque cuatro de ellos son abuelos de algunos con los que he compartido niñez, adolescencia y juventud durante los veranos en el pueblo. Personas de mediana edad como yo, o un poco más mayores, a las que aprecio y con quienes nunca he hablado de este tema.

Esto me ha hecho recordar que un día de principios de los noventa, cuando mi abuelo estaba ya enfermo e intuía que le quedaba poco, le pregunté por qué a nosotros no nos había contado más sobre la guerra, y si sabía quiénes fueron sus delatores.

—Has jugado desde niña con sus nietos, ahora sois amigos o de la misma pandilla —me contestó con gran paz y tranquilidad.

Los otros cuatro que declararon, entre los que estaba su propio hermano, son los abuelos ya fallecidos de los que hoy tienen setenta años o más.

Pero lo que más me fascina de todo es la capacidad de mi abuelo y mi abuela para seguir viviendo en el pueblo en aquellos años cuarenta y cincuenta, sabiendo lo que sabían, teniendo tan solo a unos pocos metros a quienes le habían señalado.

Imagino el entorno irrespirable, la desconfianza y el miedo. El orgullo tragado, quemando en la garganta y en el estómago,

durante los dos años de libertad condicional en los que cada quince días tuvo que ir a casa del juez, antes el alcalde, para hacer acto de presencia y firmar, demostrando así que seguía en un pueblo que se había vuelto inhóspito para él y en el que podía confiar en muy pocos.

Tampoco tuvieron otra alternativa. España estaba sumida en la más absoluta pobreza. El hambre mataba con alaridos de dolor y no había donde ir. Además, mi abuelo tenía que mantener a su madre mayor y enferma, y a su propia familia con dos niñas, y el niño que llegaría años después.

Fueron los tiempos en que el franquismo impuso el silencio a los vencidos, en que se quiso borrar el relato de los perdedores.

Ciertos pasajes del diario hacen que mi mirada sobre el pasado cambie. A medida que me adentro en su historia, mi admiración hacia ellos se vuelve absoluta. Igual que descubrí el motivo real por el que mi abuela quería vernos llegar al pueblo de día, me doy cuenta de su esfuerzo por irradiar luz hacia fuera en aquellos veranos en el pueblo, ya en democracia. Mi abuela siempre decía que no le gustaba pasar allí el verano, pero después era la más simpática y alegre. Con sus batas floreadas, su crema de sol con olor a coco para ponerse morena, salía a pasear con sus amigas, que eran las mujeres de algunos de los delatores de su marido o familiares de ellos.

Me pregunto si alguna vez hablarían de aquello y, sobre todo, qué le contaron a sus hijos en estas familias, y estos, a su vez, a los suyos. Si se transmitió, y cómo, el relato de lo que pasó en el pueblo durante la guerra y en la primera posguerra.

A finales de noviembre, el día 23, me llevaron en tren a Zaragoza para celebrarme el juicio. La prisión allí era más terrible que la de Soria. El régimen era mucho más severo. Todo eran formaciones a toque de corneta. Nos levantaban antes de que amaneciese, formábamos para que nos contasen y después nos mandaban al patio.

Mal vestidos y mal calzados, con un cierzo y temperaturas bajo cero, a mí, como a otros, se nos helaron las yemas de los dedos de los pies, que los teníamos en carne viva. Se nos cayeron hasta las uñas, pero el médico solo visitaba cuando tenía que certificar una defunción.

Para bajar a los patios y subir a los salones y a las celdas nos formaban en parejas, codo con codo. Había que ir corriendo y subir de dos en dos los peldaños. En cada rellano había un guardián con una porra. Si alguno de nosotros se desviaba unos milímetros al pasar por su lado o se tropezaba, recibíamos tal golpe en el cuello que muchos se desplomaban y caían al suelo.

Yo estuve siempre, todo el tiempo en el que llamaban salón primero que tendría unos quince metros de largo por ocho de ancho y hubo temporadas que llegamos a estar unos quinientos presos. Lo mismo que las hormigas. Ni siquiera nos podíamos sentar porque no cabíamos.

Para dormir nos ponían en filas de canto, teníamos que estar tumbados de lado. Los pies de la fila de enfrente llegaban a nuestra cintura, y los nuestros a las de ellos. Todo era una cama y, de colchón, unos ladrillos.

Nadie nos enseñó bien el convulso siglo XX durante nuestros años académicos, así que cuando empecé a escribir este libro, varios amigos que ya se habían asomado a la Guerra Civil para investigar sobre alguna batalla o capítulo concreto, me alertaron del peligro de quedar atrapada en la abundante documentación y en los fascinantes trabajos de algunos historiadores. Corría el riesgo, me dijeron, de no avanzar, o de desanimarme y cuestionarme qué era lo que podía aportar yo. He tenido muy presente este aviso, pero en mi caso ha sido al contrario. A veces no podía continuar si no leía y estudiaba libros y artículos publicados en revistas científicas, si no hablaba con las historiadoras y los historiadores. Son ellos los que me han puesto las piedras amarillas de esta senda, los que me han guiado por el conocimiento.

Busqué documentación sobre la zona de la que procede mi familia, y también sobre el terror de la revolución de las izquierdas en la primavera de 1936 y la violencia en la retaguardia republicana. He querido entender el contexto de esta historia, y qué significaba en toda su dimensión ser un «rojo», como le atribuyeron a mi abuelo.

A él no le reconozco en el revolucionario que quería matar seminaristas, en el miliciano, en el cabecilla agrícola que alentaba a otros a levantarse en armas contra los señoritos terratenientes o en el joven de veinticinco años que militaba en un partido político de izquierdas. No fue ninguna de estas cosas.

Tampoco fue jornalero; trabajaba las tierras de sus padres ya mayores, a los que debía cuidar porque era el pequeño de los hermanos.

Quizá, alguna vez, expresó su simpatía hacia los que pedían mejoras agrícolas en el Señorío de Molina —al que pertenecía su pueblo— o que prefería la República con el gobierno de izquierdas que la del bienio radical-cedista salido de las elecciones de noviembre de 1933. Quizá, simplemente, no iba a misa. Quizá fuera algo de esto, o un poco de todo, pero fue suficiente para que le tildaran de rojo. Por eso me he animado a preguntar también sobre esta cuestión a los descendientes de los que testificaron contra él, seguros de que Gabriel era un «zurdo».

Para situarnos en el marco histórico retrocedamos a febrero de 1936: ha habido elecciones y, aunque en España han ganado las izquierdas del Frente Popular, en Molina de Aragón triunfa la derecha por mayoría. De hecho, es la localidad de Guadalajara donde sacan más apoyos. Los liberales y católicos tienen una gran fuerza desde antes de la Segunda República, y ganan también en otras ciudades de la provincia como Sigüenza, Cifuentes, Atienza o Brihuega. Pero esta hegemonía conservadora no impide que las izquierdas extiendan su propaganda y organicen movilizaciones muy secundadas durante el invierno y la primavera de 1936. La mayoría estuvieron lideradas por la Federación Provincial de Trabajadores de la Tierra (FPTT), un sindicato agrario que formaba parte de la UGT.

En Molina y Sigüenza se celebraron mítines para pedir, por ejemplo, que se devolviesen a sus antiguos titulares las tierras que fueron privatizadas por la Unión Resinera Española.

Al final, las reivindicaciones, que muchas veces se desarrollaron en un ambiente festivo y acompañadas de bailes y música, eran para pedir una ley que regulase el acceso a la propiedad, y con ello mejoras salariales y facilidades para jornaleros y labradores en general.

Frente al clima enrarecido que hubo en España, y también en La Mancha, en los seis primeros meses de 1936, con capítulos de violencia y llamamientos de la izquierda más revolucionaria y extremista a desarmar y vencer «a los enemigos del proletariado», en Guadalajara apenas hubo víctimas mortales, aunque sí se registraron diversos altercados, algunos graves, entre vecinos. En Molina, por ejemplo, las izquierdas reventaron varios actos derechistas durante la campaña de las elecciones, y al revés. Pero a pesar del ambiente revuelto en todo el país con algunas agresiones y asesinatos, el pistoletazo para la violencia protagonizada por las izquierdas en la retaguardia republicana fue la sublevación del 18 de julio, que da inicio a la Guerra Civil y divide España territorialmente entre las formaciones que apoyaron a los sublevados y las que no.

En la ciudad de Guadalajara, la sublevación franquista se abortó cuatro días después. El coronel Ildefonso Puigdengolas, que se encontraba en Madrid, logró primero sofocar la revuelta en Alcalá de Henares y después en Guadalajara al mando de una columna compuesta por militares y milicianos. A partir de entonces, un comité revolucionario se hizo con el poder y se llevó a cabo una campaña de muerte a todo traidor a la República o sospechoso de serlo. Los comités impusieron la liquidación de los marcados, a saber: los amigos de los sublevados, los derechistas, falangistas, propietarios

de tierras, cedistas, sacerdotes, monjas, religiosos e incluso los que daban indicios de ser desertores.

Solo en la provincia de Guadalajara, durante los tres años de la Guerra Civil, los milicianos mataron a unas setecientas personas. Los asesinatos de la mayoría de estas víctimas se perpetraron los meses siguientes a la sublevación del 18 de julio.

Esta revolución que encabezaron las izquierdas en la provincia, sobre todo los socialistas, y que desde la primavera de 1936 habían tenido también el objetivo de desarmar a los derechistas, se fue disolviendo cuando a principios de 1937 los milicianos pasan a formar parte del nuevo Ejército Popular de la República.

Las zonas que menos muertos contabilizaron fueron Atienza y Molina, ocupadas desde el principio por los rebeldes. La represión se empezó a sentir a partir de marzo de 1937, cuando los sublevados nacionales tomaron la ciudad de Guadalajara.

El otro lugar de esta historia es Zaragoza. En la capital aragonesa el triunfo de la sublevación militar fue inmediato. Las izquierdas carecían de armas. Una delegación de la CNT y otra de la UGT habían solicitado al gobernador civil, el republicano Ángel Vera Coronel, que les suministrase armamento, pero cuando este se decidió ya fue tarde porque las tropas sublevadas le detuvieron dos días después. Aragón, al igual que Andalucía, son los únicos territorios que quedan divididos por la mitad. Las tres capitales para el bando insurgente, además de Calatayud y Jaca. Unos meses después, milicianos llegados de Cataluña y Valencia se hicieron con la parte oriental, donde vivían unos cuatrocientos mil habitantes. Los comités revolucionarios, integrados sobre todo por sindicalistas catalanes y anarquistas zaragozanos, protegidos por las milicias de

la CNT protagonizaron también la depuración de los sectores más conservadores. Estos violentos comités desaparecen cuando empiezan las operaciones militares en el Frente de Aragón a partir de septiembre de 1937. A pesar de batallas cruentas y decisivas como la de Teruel que comienza en diciembre de 1937, las tropas franquistas se hicieron con toda la región en marzo de 1938.

La represión se inició en tierras aragonesas a partir de entonces y también la hegemonía de un relato que duró casi cuarenta años.

En este tiempo, la propaganda franquista tapó la responsabilidad que habían tenido en el daño provocado cuando se alzaron en armas contra un gobierno elegido democráticamente. Como dice el historiador Fernando del Rey al final de su libro, *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española*: «Los ganadores de la contienda se cuidaron mucho de reconocer que, en último término, los causantes principales de que se produjera aquel descomunal incendio fueron los que se levantaron contra la legalidad establecida».

Desde el mes de diciembre de 1937 hasta los últimos días de abril de 1938 me sacaban a trabajar cada día y por turnos a algún sitio. A la estación de trenes de Delicias, a echar asfalto para carreteras, a Casablanca para limpiar los depósitos de agua o al monte de Torrero para plantar pinos.

También nos llevaban al cementerio para hacer las fosas en una parte que era nueva, al lado de las puertas de la parte norte. Nos subían desde la cárcel a pie, formados y custodiados por falangistas. Allí nos obligaban a cavar sin descanso.

Un día, un viejucho que llevaba el gorro de medio lado me dijo:

—Venga, venga, trabaja que es para ti. Cuando termines de hacer el pozo, ¿ves este gatillo?, pues le daré gusto al dedico. Pum, pum, dos tiricos y ahí te quedas.

Había que hacerse el sordo.

En la parte antigua del cementerio nos ponían a desenterrar a los muertos que allí descansaban. Cuando llegábamos a los restos de los cadáveres, los cogíamos según salían para echarlos a una carretilla y llevarlos a una fosa grande, de unos cinco metros de profundidad, con forma de tinaja. Algunos solo eran huesos entrelazados y otros se veía que llevaban poco tiempo. A todos se les quemaba en aquella fosa de la que siempre salía humo cuando llegábamos.

Los falangistas que nos hacían la guardia siempre miraban los dedos de aquellos cadáveres para ver si llevaban anillos, o los dientes para ver si eran de oro. Un día encontramos a uno que tenía varias piezas dentales y se los quitaron dándole con una piedra. La imagen era como la de unos buitres con una presa.

El día que nos tocaba desenterrar por la mañana, llegábamos a la prisión pasadas las dos de la tarde. No nos daban tiempo para lavarnos las manos. Nos obligaban a formar y a coger el cazo. Las manos nos apestaban. Aquello era inhumano, pero el hambre nos obligaba a comer. Con tanto asco y suciedad que tuve que aguantar, mi estómago quedó herido, enfermo, para toda mi vida.

Me pregunto cómo podíamos resistir con lo que comíamos. Le llamaban el rancho. Por la mañana nos daban un cazo de agua sucia y fría, una especie de caldereta con malta. Al mediodía, unas pocas judías como piedras de duras y ciento cincuenta gramos de pan, y por la noche otro cazo de lentejas con piedras y arena.

En la primavera del 39 la comida empeoró. De tantos que estábamos no cabíamos ni de pie. A las siete de la tarde nos repartían dos sardinas rancias, pero apenas podíamos beber agua porque muchos grifos estaban cerrados.

Todos nos infectamos con grandes picores por todo el cuerpo. Se nos hicieron unas costras que chorreaban sangre. Como estábamos tan apretados en la celda, y en aquellas formaciones continuas, nos rozábamos sin querer unos con otros y estábamos en un puro alarido.

Dieron aviso al médico, que dijo que era sarna bastante infectada. Así que en unos cubos grandes rebajaron zotal con agua, e íbamos pasando todos ante ellos. Los funcionarios nos frotaban todo el

cuerpo con unas brochas de pintar paredes hasta que se fue curando.

Pero además de esto, y por si fuera poco, sufrimos una plaga de piojos y chinches que nos encendían. Los cogíamos a puñados en el patio. Si nos quitábamos la camisa y la sacudíamos los veíamos correr por el suelo. Se nos subían por los pies. Al ir a cogerlos, saltaban volando. Yo no sabía que los piojos volaban, pero es cierto. Y casi eran peores las chinches que no veíamos, porque nos picaban por la noche por todo el cuerpo y nos lo dejaban en carne viva.

Las pocas ropas que teníamos las llevaron a las máquinas desinfectadoras, pero no solucionó mucho.

A raíz de la infección de sarna, vinieron unas monjas a hacerse cargo de la dirección de la comida. Mejoró algo unos días, pero después volvió a ser lo mismo.

Los veranos en el pueblo también los asociaba a la cena de mi abuelo. Siempre la misma. Unas lascas del pan del día anterior a las que añadía un poco de aceite de oliva y agua hirviendo. De pequeña me encantaba el ritual de la preparación. Verle con un cuchillo de punta redonda y el cuidado metódico que ponía para sacar de aquellas hogazas los finos trozos que echaba en una jarra de barro cocido. Imaginaba que era una delicia, algo extraordinario que superaba lo que nos aguardaba a los demás sobre aquella gran mesa de madera, cubierta con un mantel de hule con dibujos de limones y naranjas, en la que celebrábamos el final del día. Así lo pensaba hasta que una noche pedí cenar lo mismo que él. Mi abuelo se sonrió. Después de echar el agua hirviendo, y remover con delicadeza con una cuchara para que se empapase bien el pan, me puso en un cuenco un poco de sopa.

—¿Cómo sabe? —me preguntó curioso, con unos ojos que sonreían porque adivinaba mi contestación.

—Pues… es que no me sabe a nada —resolví con cara de auténtica sorpresa.

A aquellas sopas que imitaban a las castellanas de ajo, pero que nunca lo fueron, mi abuelo añadía a su dieta rebanadas de pan con miel, puré de patata, pescado a la plancha o una tortilla francesa. Comía poco, cocinado de la manera más sencilla posible y sin ningún condimento. Lo recuerdo siempre aquejado del estómago. Tenía

úlceras. Cuando protestábamos porque no nos gustaba la comida que nos daban, que solían ser las verduras o el pescado, nos decía de forma cariñosa que éramos unos privilegiados porque no habíamos conocido el hambre.

Muchos años más tarde, y porque le pregunté, me contó que después de la guerra, cuando volvió al pueblo, había llegado a perseguir a una gallina para quitarle un trozo de peladura de patata que llevaba en el pico.

Le imagino de joven corriendo por las calles polvorientas y secas, con esa pobreza de posguerra, señalado como el rojo que había salido de la cárcel. De forma recurrente me viene la imagen en un escenario similar en Ucrania, Siria, Gaza. Las guerras y sus víctimas. Los que ganan y los que pierden. Los que mueren y los que cada día deben seguir luchando por sobrevivir.

Pero pese al hambre de la época de la guerra, y de los años posteriores, la salud de mi abuelo se resintió en la cárcel. No era difícil que sucediese.

En uno de mis viajes a Zaragoza he visitado lo que queda de la cárcel de Torrero. Inaugurada en 1928, se cerró definitivamente en 2001, cuando fue sustituida por el nuevo centro penitenciario de Zuera. Se demolió en 2005, excepto las dependencias de lo que era la parte administrativa, que se han mantenido por su valor arquitectónico.

La cárcel fue un elemento no del todo ajeno en mi vida, y no solo porque mi abuelo hubiese estado allí. El instituto al que fui en los ochenta no estaba lejos, y cuando cursaba tercero de Bachillerato teníamos la mejor marca de velocidad en carrera. No era nada extraño, pues la profesora de Educación Física diseñó para nosotros

un circuito inquietante: debíamos pasar por delante de la cárcel y el cementerio. En pleno invierno, que oscurecía antes, en aquellas prácticas acelerábamos el paso movidos por el terror que nos inspiraban.

Torrero, además, en los años ochenta y noventa fue un barrio protagonista de la movilización social y cultural alternativa, y con el que se relacionaba, por ejemplo, gran parte de la corriente insumisa de España. A la cárcel de Torrero iban los aragoneses condenados por negarse a cumplir con el servicio militar, que entonces era obligatorio, y los sustitutivos trabajos sociales.

Lo reflejó muy bien Fernando Trueba en 1995 cuando filmó la salida de la cárcel de Félix Romeo, el escritor aragonés que abandonaba la prisión por la mañana y volvía para dormir en su celda cuando caía la tarde.

En el documental se ve cómo se abre la gran puerta principal que da a la avenida América y sale Romeo vestido todo de negro, pantalón vaquero, camiseta y camisa desabrochada. Lleva al hombro una pequeña mochila del mismo color y camina tranquilo hacia la cámara de los hermanos Lumière. Trueba la utilizó para rodar la escena y emular la primera cinta que ellos realizaron justo un siglo antes: *La Sortie de l'usine Lumière à Lyon* (*Salida de los obreros de la fábrica Lumière*). También como homenaje a la equivalente en España, esos doce segundos que son la mítica *Salida de misa de doce del Pilar.*

Han pasado treinta años del rodaje de Trueba. Alguna vez le pregunté por él a Luis Alegre, alma generosa con quien es un privilegio contar siempre como zaragozana.

Y me acuerdo de todo esto mientras paseo por esta avenida llena de historia. Félix Romeo tampoco está. La muerte se lo llevó por sorpresa en Madrid una mañana de octubre de 2011, cuando su corazón se paró en seco.

Si miro la puerta principal del acceso me sigue pareciendo imponente. Se mantiene también la garita del vigilante, del mismo ladrillo claro. Y camino alrededor de este perímetro con un ruido en mi cabeza, una voz que me martillea. Es una especie de lamento y a la vez reproche. Me digo lo mucho que me gustaría que mi abuelo estuviese vivo y hablar con él de todo lo que en su día no le pregunté. ¿Por qué no lo hice? Ahora, cuando miro hacia ese pasado no logró entender por qué no me interesó entonces. Y también me asalta la duda de cuántas veces, en sus silencios y miradas fijas en el horizonte, estaría sumergido, todavía, entre estas paredes que ahora son un fantasma de lo que fueron.

No recuerdo el día y el mes, con el paso del tiempo lo he olvidado, o he querido conscientemente no recordarlo. Sé que fue en 1938. Por todas las galerías y celdas sonaba la voz de un ordenanza que decía:

—Gabriel Fuertes Herranz. Si está, que salga.

Llegó al salón primero y al no salir, se marchó. Al poco rato volvió y en la puerta gritó:

—A ver ese Herranz, que sabemos que está ahí, que salga.

Al salir me preguntó por qué no lo había hecho antes. Le expliqué que los apellidos estaban cambiados, pero su respuesta fue:

—Venga, hombre, venga, tire ya pa'lante.

Cuando bajé con él me colocaron en una fila, y cuando me iban a poner las esposas les dije que quería hablar con don Julio, que era uno de los jefes de la cárcel. Se lo comunicaron y él ordenó que me pasaran a su oficina.

—¿Cómo no ha salido antes? —me preguntó.

—Mis apellidos son al contrario.

Don Julio me preguntó mi nombre, dije que era Gabriel Herranz Fuertes y miró mi ficha.

Después se dirigió a los guardias para decirles que no era yo, que el que buscaban tenía más de setenta años, viudo de Aliaga, Teruel.

Don Julio me dio las gracias y me devolvió al salón.

Después supe que aquel señor que buscaban estaba en el salón quinto, que habían destinado a la enfermería. Le faltaba una pierna

y andaba con muletas. Entre dos guardias lo bajaron a rastras.

Menos mal que me defendí y expliqué que tenía los apellidos cambiados. Menos mal que atendieron mi petición. Siempre tendré que agradecer a don Julio Martínez que, aunque tuvo el error de confundirse, también fue justo al escucharme y dejar que me explicase en aquella mañana negra. Esto me salvó la vida, puesto ya en la fila del camino hacia la muerte.

Esta mañana de finales de julio es fresca en Zaragoza. Parece que el calor agobiante de los días anteriores da un respiro y es agradable pasear por las inmediaciones de la antigua cárcel de Torrero. He llegado antes de la hora a la cita con Iván Heredia Urzáiz, uno de los historiadores que más ha estudiado esta prisión. Supe de él por Julián Casanova, que me recomendó su libro *Historia de la cárcel de Torrero (1928-1939). Delitos políticos y orden social*, y que recoge su tesis doctoral realizada en Zaragoza hace veinte años. Heredia Urzáiz hace un recorrido de la función de esta cárcel desde que el dictador Miguel Primo de Rivera la inaugurase en 1928 hasta el final de la Guerra Civil.

Hemos quedado en la parte de atrás de la puerta principal de la avenida América, en lo que era la zona de ingresos de los presos y las presas y que ahora es una gran plaza rectangular llamada de la Memoria.

Tras el saludo inicial, Heredia Urzáiz me explica que el espacio en el que nos encontramos se corresponde con lo que era la cárcel. Se accedía tras pasar una especie de claustro, que todavía permanece dentro de la parte administrativa, donde se fichaba y se clasificaba a los presos. Foso, galerías, celdas, patios, cerrojos, capilla, cocinas, salones, mazmorra de los condenados a muerte, torres de control y vigilancia, economato, comedor, jefatura de servicios, enfermería… son zonas contenidas en cualquier cárcel, pero que resultan más

siniestras si hablamos de las prisiones de aquellos años de la represión franquista.

Unos bloques de casas gestionadas por el Ayuntamiento han sustituido a las galerías y la parte destinada a las presas. Lo que sí han dejado como un recordatorio de las dimensiones de esta cárcel son los restos de los muros que marcaban su perímetro.

Los recorremos mientras hablamos de la función de las cárceles como satélites de castigo durante la Guerra Civil y la posguerra, y como instrumentos de depuración social y control ideológico.

Este académico asegura que la cárcel de Torrero fue un instrumento más para «higienizar» la sociedad y también para intentar reeducar a los desafectos al nacionalcatolicismo, el nuevo régimen que aunaba el pensamiento tradicional católico con las ideas fascistas de Falange. Por eso, me detalla, no solo se obligaba a los presos políticos a cantar los himnos nacionales, como el *Cara al sol*, y dar vivas a Franco, sino que volvieron las ceremonias religiosas dentro de la prisión que se habían eliminado durante la República.

Desde el 18 de julio de 1936, ser de izquierdas era un delito y se empezó a diseñar toda una legislación para perseguirlo y castigarlo. Asistir a misa era obligatorio, y se castigaba blasfemar, y romper la formación y el silencio con el que se debía acudir a la capilla.

Pero el afán purificador del franquismo llegó tan lejos que originó una superpoblación en las cárceles. La de Torrero, me explica Heredia Urzáiz, tenía capacidad para unos ciento sesenta presos, y llegó a albergar en noviembre de 1937 a casi dos mil reclusos, entre hombres y mujeres; y a 4.672 en junio de 1939. Podemos imaginar el hacinamiento de ocho hombres en una celda de 2,50 metros de ancho por 3,20 de largo.

—La situación era insoportable. No había espacio, platos, ni siquiera mantas suficientes para abrigar a todos los presos, que fueron víctimas del frío y la humedad. La prisión estaba expuesta al cierzo, el frío helador era constante los meses de otoño e invierno, y la gran mole de hierro y hormigón no tenía calefacción. De noviembre a marzo era abrumador el número de presos que sufrían bronquitis aguda —me cuenta.

Al hacinamiento se añadía la falta de higiene y el hambre. Los presos no tenían apenas acceso al agua y no se podían asear. Esto se agravaba para las presas, a las que privaban también de paños sanitarios para la menstruación como una forma de castigo de género con el que querían socavar su dignidad.

No puedo evitar sonreírme cuando Heredia Urzáiz, que también ha escrito *Encarceladas. Historia de las cárceles de mujeres de Zaragoza, 1936-1954*, detalla cómo las presas políticas querían diferenciarse de las comunes en su arreglo personal. Para ellas era importante ir limpias, peinadas e incluso maquilladas, pero hasta esto se lo arrebataron. Solo las que tenían familiares cercanos podían permitirse darles la ropa para que se la lavaran, porque en la prisión les dejaban una bañera de agua a la semana de la que las más de trescientas reclusas tenían que beber, y asearse ellas y sus hijos.

El hambre y la miseria fueron normales en Torrero. La cantidad designada para el mantenimiento del preso, que en la República era de una peseta con cincuenta céntimos, se bajó a una peseta con quince céntimos para una población reclusa que iba aumentando conforme los sublevados tomaban ciudades y pueblos, y que en Zaragoza se agravó especialmente a partir de marzo de 1938,

cuando las tropas franquistas ocuparon todo el territorio aragonés. Al final, el rancho del preso se reducía a unas sopas grasientas con unas pocas legumbres duras, patatas y tocino.

Esta asignación por recluso se aumentó en unos veinticinco céntimos en noviembre de 1939, a dos pesetas en 1941 y a tres en 1944, pero la miseria de la posguerra con la escasez de alimentos y la alta inflación de los precios hicieron que la comida en Torrero apenas mejorase.

Heredia Urzáiz me cuenta que fue el médico de la prisión, Carlos Rey-Stolle, el que insistió en que se debía mejorar la alimentación de los presos y las presas, pero no fue por humanidad, sino porque debía rendir cuentas a sus superiores, sobre todo después de la Ordenanza del 18 de julio de 1944, en la que se estableció que eran necesarias esas tres pesetas por recluso para garantizar la ingesta de más de mil quinientas calorías y evitar enfermedades por desnutrición y carencias vitamínicas. Unas enfermedades, se decía en la ordenanza, que al final «exigen gastos cuantiosos, al tener que aplicar dietas especiales hasta su curación, resultando gravoso para el Estado».

Fue una cuestión tan solo para economizar, y añade Heredia Urzáiz:

—El Estado franquista se dio cuenta de que era más rentable mejorar un poco la cantidad y la calidad de las comidas, porque al final el recluso enfermo salía más caro, había que pagarle medicinas y subirle su asignación diaria.

La ordenanza se redactó además mirando todas las epidemias que habían asolado a los presos los años anteriores. En abril de 1937 se detectó un primer caso de sarna que se extendió rápidamente. En

los meses centrales de 1938 se vacunó a los presos de tifus, que transmitían los piojos. Se les rapó el pelo y se impuso un rígido turno de duchas, y desinfección con zotal, como escribió también mi abuelo sobre aquellos días en los que estuvo aquí preso.

Las mujeres sufrieron además una epidemia de viruela, y el sarampión, me cuenta Heredia Urzáiz, mató en la primera quincena de abril de 1939 a seis mujeres y ocho niños, algunos de meses, que estaban con sus madres en la cárcel de la calle Predicadores, un antiguo caserón palaciego habilitado y abierto unos meses antes para derivar a las más de 412 presas que estaban en Torrero. El nuevo espacio de encierro llegó a contar con 675 mujeres a finales de 1939.

Tuberculosis, bronquitis y gastroenteritis fueron enfermedades habituales para unos presos que intentaban sobrevivir al hambre, la miseria, la suciedad y el hacinamiento, y también a vejaciones, torturas y maltrato en una prisión que fue un auténtico infierno.

Pero lo más siniestro de la cárcel de Torrero en esos años de la guerra y hasta mediados de los años cuarenta es que para muchos fue la antesala de la muerte.

La vida en Torrero era muy negra. Todas las madrugadas retumbaban las puertas y cerrojos. Iban a por los que estaban en la lista negra.

El cabo de varas se fijaba por la noche en qué fila estaban los desgraciados a los que tenía que llamar de madrugada.

Una de las muchas veces entró por la fila en la que estaba yo. Se llevaron a un compañero que estaba detrás de mí, y como estábamos tan apretados y juntos, sentados para dormir, al tocarle a él en la cabeza me rozó a mí también.

—No te llamo a ti, a este sí —me soltó.

Aquel chico se levantó cantando La Internacional*, se despidió de nosotros con el puño en alto y al grito de «¡Salud camaradas, venceremos!». Nosotros todos sordos, con miedo. La pregunta que siempre flotaba era: «Mañana, ¿a quién le tocará?».*

Otra madrugada sacaron a dos del salón primero. Uno se tiró por la barandilla y se mató. El otro echó a correr con toda su fuerza y se dio con la cabeza en una de las columnas que había. También falleció.

A raíz de estos sucesos, la tarde anterior a la «saca» encerraban en una misma celda a los que iban a fusilar. Le llamaban la «celda de la muerte» y estaba en la segunda galería. Allí pasaban su última y amarga noche esperando la madrugada, que llegaba con el pelotón de la muerte.

Antes de la «saca» los visitaba un cura para que se confesaran y besaran el santo Cristo, y salvar su alma en el otro mundo. Según decían, alguna vez el cura tuvo que salir «como rata por tirante».

Los guardias sacaban a los infelices lo mismo que cuando vemos en la televisión el documental de Rodríguez de la Fuente, cuando una manada de lobos coge en sus desgarradoras fauces a un infeliz conejillo.

Junto a Heredia Urzáiz, recorro el camino desde la que fue la cárcel de Torrero hasta el cementerio. Es un corto paseo de unos siete minutos, aunque para los presos y las presas que iban a fusilar se reducía a tres minutos porque los llevaban en una camioneta. Sobrecoge imaginar el ritual de la muerte que envolvía estas ejecuciones dictadas por los tribunales militares y firmadas por Franco, cuando nos dirigimos a la tapia trasera del camposanto donde se realizaban los fusilamientos.

El sol de esta mañana de julio acaricia los ladrillos de color ocre. Sobre la pared se ven algunos agujeros, desperfectos causados por los antiguos impactos de bala, y los ladrillos de la parte inferior, a la altura media de una persona, son más oscuros.

Durante los meses posteriores a la sublevación militar, el 18 de julio de 1936, y hasta agosto de 1946, unas dos mil setecientas personas fueron fusiladas aquí, y medio centenar eran mujeres.

Recupero el libro del capuchino Gumersindo de Estella que leí hace unos meses, *Fusilados en Zaragoza, 1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos.* El religioso fue testigo directo de estas muertes y escribió unas memorias que duele leerlas. Recibía a los condenados a morir en la capilla sobre las cinco de la madrugada. Hablaba con ellos, intentaba tranquilizarlos y que se consolasen pensando en la vida eterna. Una hora después, los guardias civiles les ataban las manos y los conducían a la tapia del

cementerio. Estaba con ellos hasta el último momento, y les daba la extremaunción antes de que el teniente les disparase en la cabeza el tiro de gracia.

En la comitiva fúnebre iba, además del director de la cárcel, o el juez autor de la sentencia y su secretario, el médico de la prisión, Carlos Rey-Stolle, que certificaba las defunciones.

> Entró el reo en la capilla con relativa serenidad. Era un chico de veinte años. Delgado de cuerpo y de rostro. De modales correctos y muy atento a la conversación… le pregunté de qué le habían acusado… me contó que le había tocado por sorteo ser espía en las filas de Franco… Fue hecho prisionero a principios de marzo. Y procesado en juicio sumarísimo urgente, como entonces se usaba, fue condenado a la última pena. Se portó en la capilla sumamente dócil… Ya no perdió la tranquilidad, ni al ser atado, ni al dirigirnos a la tapia en coche celular escoltados por guardias civiles. Nos colocamos de espalda a los fusiles, mirando a la tapia, y a un metro de distancia de ella. Lo abracé, le di a besar el crucifijo… A la voz de ¡Fuego! dada por el teniente, cayó de espaldas, muerto en el acto.
>
> Necesito ser de acero para no llorar.

Otras veces el condenado no podía, o no quería, buscar consuelo en la religión.

> El que rehusó las prácticas religiosas exclamaba quejumbroso e impaciente: «¿Por qué Dios permite esta injusticia? Yo practicaba la religión, pero ahora no quiero».

> «Las derechas están matando en nombre de la religión. Y una religión que les inspira tanta crueldad, no la quiero».

De especial crudeza son las narraciones de los disparos fallidos, cuando los reos ni siquiera estaban libres de un sufrimiento añadido porque quedaban malheridos hasta que los remataban con un tiro o dos en la cabeza.

> Observé que tras los tiros de gracia, uno de los presuntos interfectos respiraba aún fuertemente con leve ronquido, moviéndosele el pecho y el vientre, a pesar de que tenía el cráneo roto con abundancia de sangre que regaba y empapaba la tierra… Avisé al médico, pero este creyó que no había necesidad de más tiros.

Las ejecuciones eran tan cercanas a la cárcel que los presos podían escuchar los disparos o los gritos cada madrugada. Gumersindo de Estella relata que un día se dio cuenta de que habían protegido la tapia con una valla de tablones y tierra para evitar que las balas la traspasasen e impactaran en otras tumbas o nichos.

A la mayoría de los fusilados los enterraban en una fosa común, que eran dos zanjas de unos quinientos metros de longitud y de hasta cuatro metros de anchura. No sé si se trataba de la fosa a la que se refiere mi abuelo cuando explica en su manuscrito que los llevaban al cementerio a cavar tumbas y tocaba restos de cadáveres, pero contengo el aliento ante un pequeño monolito que recuerda que a sus pies descansan estos fallecidos.

Tras más de tres décadas de olvido, los restos se exhumaron en 1979. Las familias de 175 navarros y riojanos asesinados por falangistas de la Segunda Bandera del Tercio Sanjurjo pudieron recuperar sus restos.

Cuando se abrieron estas fosas aparecieron cajas amontonadas en filas con restos humanos. A excepción de los navarros y los riojanos,

más de dos mil quinientos fusilados en Torrero se trasladaron a este lugar. El alcalde Ramón Sainz de Varanda, el primero elegido democráticamente en Zaragoza, mandó levantar el pequeño monumento del monolito para recordar «a cuantos murieron por la libertad y la democracia durante la Guerra Civil y la posguerra».

Treinta años después, en 2010, se completó este homenaje con la escultura *Memorial a las víctimas de la violencia franquista*. Fuera del cementerio, rodeado de pinos, se levanta un gran bloque de hierro de color rojo. La escultura diseñada por Miguel Ángel Arrudi, Fernando Bayo y José María Castejón es un espacio abierto en su interior. El verso de Luis Cernuda, «Recuérdalo tú y recuérdalo a otros», está grabado en uno de los laterales. Pero lo que más me impresiona es una especie de gran pasillo en espiral, un camino que forman 3.543 placas de acero en recuerdo a los fallecidos en la guerra y a las víctimas de la represión posterior en Zaragoza.

En su mayoría, descansaron en fosas anónimas y se identificaron en una investigación dirigida por el profesor Julián Casanova. Por eso hay algunas placas que no tienen grabado el nombre, la edad y la fecha. La identificación ha sido imposible hasta el momento. El camino es más largo durante los seis meses de 1936 que siguieron a la sublevación militar, y durante la Guerra Civil. Hay algunas fotos en blanco y negro colocadas por hijos o nietos, pegatinas de la CNT, flores y poemas.

El golpe de Estado de los sublevados triunfó desde el principio en Zaragoza, y con la declaración del estado de guerra se extendió la campaña de terror contra todos los que defendían la República. Los cadáveres de cargos electos o de representantes sindicales, por ejemplo, aparecían en las calles de barrios rurales, a las orillas del

Canal Imperial de Aragón o en los terrenos yermos y descampados de Valdespartera. Los juicios militares para intentar regular y dar una apariencia legal a la represión aparecieron unos meses después, y fue entonces cuando se procedió a fijar el cementerio de Torrero como el lugar para cumplir con las sentencias capitales.

En el camino circular del *Memorial* llegamos al año 1937. Las placas de tres mujeres permanecen juntas: Simona Blasco, Selina Casas y Margarita Navascués Ventura. Las tres fueron fusiladas por intentar pasar a la zona enemiga junto a seis desertores del ejército franquista.

El capuchino Gumersindo de Estella refiere que protagonizaron una de las escenas más terribles momentos antes de atarles las manos y conducirlas a la tapia del cementerio. Con sus hijas pequeñas en brazos, y entre gritos y una lucha violenta, los guardias y las monjas consiguieron arrebatarles a las crías: «¡Que me la devuelvan, que la maten conmigo! ¡Verdugos!», gritó una de ellas. Los pequeños robados y arrebatados los llevaban al Hogar Pignatelli.

El historiador Heredia Urzáiz me cuenta que intentó localizar a algunos de estos descendientes de mujeres que sufrieron la represión pero que le fue imposible por la ley de protección de datos, que prohíbe facilitar información personal de nadie.

Llegamos al final del camino de las placas, que acaba en el año 54 con el nombre de dos maquis, y entonces entreveo tras los árboles una gran cruz de piedra blanca. Cuando nos acercamos, aparece imponente el *Monumento a los Caídos*. Recuerdo haberlo visto en la plaza del Pilar hasta que me fui a estudiar la carrera a Pamplona a principios de los noventa. Precisamente fue en ese año cuando lo trajeron aquí, aprovechando la remodelación de la plaza.

El monumento recuerda a los 3.936 fallecidos que lucharon por el glorioso Movimiento Nacional: «A los héroes y mártires de Zaragoza, que cayeron en la Cruzada de Liberación, 1936-1939».

Realmente, pienso, el cementerio es un lugar de memoria, y es muy simbólico que casi al lado del *Monumento a los Caídos* se levantase la escultura del *Memorial*. Que junto a los muertos de ideología de derechas, el clero, o los falangistas víctimas de la violenta y anticlerical primavera de 1936 y de la retaguardia republicana durante la guerra, no se olvide a los que también sufrieron la crueldad a manos de los que se aliaron con Franco y de la represión posterior como perdedores de la contienda.

La diferencia durante muchos años es que a los primeros se les recordó de forma recurrente y se les honró con placas en las calles o las fachadas de las iglesias, o con monumentos en pueblos y ciudades, mientras que a los segundos no solo no se les recordó, sino que intentaron que el olvido borrase sus nombres y sus historias.

El día 28 de abril de 1938, a las diez de la mañana, en la Audiencia de la calle Coso número 1 de Zaragoza, me celebraron el juicio de guerra sumarísimo.

Aplicándome el artículo 236, con el número de procesamiento 64.860, me colgaron el adjetivo de «adhesión a la rebelión». Era inocente, pero la petición del fiscal fue de pena de muerte, y si se eludía que fuese con treinta años de reclusión.

El secretario del procedimiento se llamaba Gerardo Matilla, el juez instructor, el capitán Cipriano Sanz. El defensor fue de turno y no lo llegué a conocer porque nunca tuvo la amabilidad de hablar conmigo, ni antes ni en los años posteriores que estaría en prisión.

Formaban la mesa de aquel tribunal otros tres o cuatro militares más, todos uniformados y con galones.

A mí me sentaron en el banquillo frente a ellos; a mi derecha, un guardia civil, y a la izquierda, otro.

Cuando el fiscal leyó el informe de acusación de los denunciantes en el que decían que yo era comunista, citó los nombres de todos los del pueblo que lo firmaban.

El defensor destacó que yo no sería tan extremista, como decían, porque había un hecho probado: los rojos estuvieron en Molina de Aragón y yo no había tenido ningún contacto con ellos.

El fiscal insistió en que no eran ni uno ni dos, sino ocho vecinos los que testificaban que sí que era comunista, y añadió:

—Este lo que pretendía era marcharse a la zona roja, emboscarse en la retaguardia y desaparecer de nuestras filas. Ya lo voy a arreglar yo.

El tribunal dijo que se levantaba la sesión y que se me llevasen a prisión.

A la salida del juicio, fuera de la sala y junto a las escaleras que llevaban al patio de la calle, había dos falangistas de guardia. Eran viejos y esmirriados. El fusil que llevaban en sus manos era más grande que ellos. Uno de ellos se dirigió a mí y me dijo:

—Vaya cara de criminal rojo y malo que tienes. Tres días te quedan de vida. Con esto que llevo, yo mismo te pegaré cuatro tiros. Con las ganas que tenemos de matar a todos los rojos, a ti que te tenemos ya en las manos no te vamos a dejar escapar.

Le miré en silencio. Estaba claro que el criminal era él, que sin conocerme de nada y a sangre fría decía que estaba dispuesto a matarme.

Uno de los guardias que me conducían, al oír aquellas palabras, me dijo:

—No le hagas caso, muchacho.

Escribo estos versos de aquel día del juicio:

Pasé por la sala del crimen
como si yo hubiese sido un criminal.
No tuve a nadie a favor de mi defensa
para mis derechos poderlos alegar.

Aquel fiscal militar
que me trató sin piedad,
pidiendo pena de muerte
sin causa y sin ideal.

Nunca pensé en la cárcel
ni sabía que existía,
y allí estuve inocente
pasando las mil y una.

Cuando salí de la cárcel
le dije al carcelero:
«Entré siendo inocente
y qué mal recuerdo me llevo».

Al transcribir el manuscrito de mi abuelo y volver a leerlo, siento que me he convertido es una especie de cirujana que inspecciona un cuerpo abierto, una buscadora de oro que mira cada piedra de la criba, aunque en lugar de pepitas doradas el tamiz me devuelve preguntas y pena.

A ratos debía parar, tomar aire y aliviar la angustia que me pellizcaba el estómago. Me impresiona cómo describe lo poco que valía un ser humano dentro de las cárceles franquistas, en la de Soria, en la de Torrero-Zaragoza y en la de El Dueso en Santoña (Santander). Cómo relata el hacinamiento, el hambre, las enfermedades y los fusilamientos. Describe su incomprensión ante el trato inhumano que recibieron, y me admira que sea capaz de no guardar odio, e incluso agradece que uno de los responsables de la cárcel de Torrero le escuchara para aclarar un malentendido que lo hubiese llevado al paredón.

Me llama también la atención que no ahonde en sus sentimientos, más allá del miedo que sintió cuando creyó que sería condenado a muerte, y cómo expresa en rima asonante, como si fuesen coplas, los pensamientos más profundos.

Intuyo que cuando lo escribió deseaba alejarse del dolor, que no quería remover sus pesadillas, que su objetivo no era hacer una terapia a través de la escritura. Pero lo que cuenta es suficiente para

entender que el horror le acechó siempre, a la espera de un descuido de su consciencia, a pesar de sus ganas de vivir.

Salvando las distancias, mi abuelo, un agricultor que aprendió a escribir usando piedras mientras pastoreaba, con las cuatro nociones básicas que le habían enseñado en la escuela, me recuerda a Jorge Semprún en su *La escritura o la vida*, donde narra su paso por el campo de concentración de Buchenwald. Son memorias atravesadas por el trauma. Semprún explica que la vida es imposible sin olvido y que la escritura le ha vuelto vulnerable al desasosiego de la memoria. Algo parecido le debió de pasar a mi abuelo.

En 1985 murió su hermano, que en los años de la guerra fue el jefe de Falange en el pueblo. El día de su funeral, mi tío Gabriel acompañó a mi abuelo cuando quiso bajar andando hasta su casa desde el cementerio de Torrero, donde habían enterrado a ese hermano que quizá podría haberle evitado los años de prisión si hubiese testificado que no era de izquierdas, comunista o rojo, como afirmaron los otros del pueblo. Así es una guerra civil, así fue la nuestra, y mi abuelo hacía ya tiempo que le había perdonado el que no le ayudase cuando le detuvieron en 1937, tal vez cuando más lo había necesitado. Y ese perdón se notaba porque en casa nunca escuché una mala palabra contra él y, aunque yo tenía catorce años cuando falleció, le recuerdo como un señor afable y encantador, de buen trato con nosotros, al igual que su familia.

Mi tío Gabriel me cuenta que mi abuelo andaba tranquilo pero que se puso muy nervioso cuando pasaron por la cárcel de Torrero, que empezó a llorar y tuvo que sujetarlo para que no se cayese. Le preguntó si era por su hermano. Mi abuelo señaló la cárcel y dijo que era por todo lo que allí había pasado.

El trauma estaba ahí.

También pertenecía a esa generación en la que los hombres no lloraban. Tampoco entonces existían terapias, ni psicólogos que ayudasen a cerrar esos agujeros del alma, y todo eso configuró su carácter reservado como una coraza para no sufrir en exceso con el recuerdo.

Entiendo así su estómago dañado, su excesiva prudencia, las palabras siempre justas y medidas, su discreción, sobre todo cuando estaba en el pueblo.

Solo al leer que ocho personas o más podían compartir una celda en la que había espacio para una sola, y lo insufrible que era dormir así, comprendo algo que me impactó muchísimo cuando me lo contó mi abuela.

Mi abuelo tenía una hermana, Victoriana, a la que quería muchísimo. Ella servía en una casa, en el número 17 de la calle Ruiz Tapiador, en Zaragoza. Los señores para los que trabajaba no eran adeptos al régimen franquista y no les importó contratar a mi tía abuela, e incluso le daban comida para que se la llevase a mi abuelo a la cárcel.

Cuando a mi abuelo le dieron la libertad condicional en 1941, pasó la primera noche en esta casa. De cenar le pusieron unos huevos fritos con pan blanco y unas manzanas, pero no pudo terminárselos. Luego le dejaron una habitación con una cama con un colchón de lana mullido y sábanas de hilo con olor a limpio. Mi abuelo fue incapaz de dormir en ella, se bajó al suelo y ahí logró conciliar el sueño hasta la mañana siguiente, que ya volvió al pueblo. Esto no lo cuenta en su diario. Tampoco la pena que le causó la muerte de su

hermana un año después por una infección en una muela. Mi tía abuela Victoriana tenía veintiocho primaveras.

Una vez, hace años, cuando hacía información de tribunales en Madrid, escuché a un hombre de etnia gitana echar a otro la peor de las maldiciones. A las puertas de los juzgados de Plaza Castilla, le deseó que «juicios tuviese, aunque los ganase». Aquello era, desde luego, lo más alejado de una bendición; más bien una especie de hechizo de sufrimiento y angustia. Enfrentarse a un proceso judicial quita horas de sueño y provoca ansiedad por mucho que se confíe en que la justicia está de nuestra parte. Pero frente a las pruebas o los testimonios también entran en escena, como otras actrices de reparto, la incertidumbre ante el oficio y la maestría de los abogados, y el sentido común del tribunal que cae en suerte. Y esto a pesar de que en nuestros tiempos rige la máxima de que todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, además de que hay separación de poderes y una profesionalización judicial.

No puedo imaginar por cuánto se multiplicaría la inquietud y la angustia de aquellos a los que se procesaba por rebelión a la causa nacional durante la Guerra Civil y la posguerra. Araña el estómago pensar en la agonía previa de los que partían de la única casilla de salida, la de culpables, en aquellos juicios sumarísimos sin garantías para ellos. Juicios sin togas, pero sí con galones, medallas y armas. Juicios que se celebraban para envolver de apariencia legal los asesinatos, los trabajos forzados o el saqueo de bienes económicos.

Juicios sumarísimos en los que hasta las defensas de los acusados eran militares. No había letrados que llevasen las causas, ni abogados de carrera que se preparasen las vistas orales para jugarse su caso en un pulso con el sistema. Ni siquiera podían perder demasiado tiempo con cada uno de los procesados, porque estos oficiales y soldados tenían la orden de no distraerse de sus cometidos principales dentro del Ejército Nacional. Unas horas de juicio, dos días como mucho para preparar qué decir en contra y a favor. Poco a favor, porque por algo los acusados estaban ahí, ya culpables por no apoyar la que ellos querían que fuera, y lo fue, la nueva España.

Mi abuelo fue uno de los casi seis mil presos que acabaron su condena en el penal de El Dueso, en Santoña. De ellos, cerca de cuatro mil estuvieron encarcelados por «adhesión a la rebelión». Irónica la calificación del delito, cuando los que se habían rebelado contra lo legalmente establecido habían sido ellos aquel 18 de julio de 1936.

En El Dueso estuvieron claros defensores de la República, cargos públicos, maestros, cualquiera de quien se había sospechado una mínima compenetración con los rojos o, como mi abuelo, pasivos ante la causa franquista, aquellos que no apoyaron con palabras o actos la rebelión militar y la cruzada de la Iglesia.

Y por si no tenían suficiente con la cárcel, a estos presos, y a otros represaliados, se les aplicó también la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939, por la que tenían que aportar al Estado parte de sus pertenencias o ganancias. Al final de la guerra, se subastaron obras de arte, casas y joyas. El nuevo Estado engordó así sus arcas

con decenas de millones de pesetas y logró empobrecer del todo a los que consideraba sus enemigos.

Ahora entiendo por qué mi abuelo, durante su libertad condicional, tuvo que escribir aquellas cartas periódicas al penal de El Dueso en las que detallaba que no tenía más medio de vida que lo que sacaba de trabajar las tierras de su anciana madre. Poco podía aportar por su escasez y su vida humilde en el pueblo, el mismo en el que mi abuela Victorina, muchos años después, cantaba a Imperio Argentina mientras ahuecaba el colchón de lana de su cama: «*El día que nací yo / ¿qué planeta reinaría? […] Yo haré lo que quieras / Rey de los luceros. / Y cuando él diga: / "Que la lleven presa", / le diré: "Te quiero"».*

Un mes y medio después, el 10 de junio, me llamaron para comunicarme la sentencia con la pena de treinta años de prisión.

Después tuve que firmarla y por un momento me sentí un afortunado al dejar atrás aquella cruz tan negra, aquel peso de una posible condena a muerte como dictaban para otros.

Habían sido 44 días de espera. 44 días de espanto. 44 días de una sola noche. 44 días viendo llegar el amanecer y pensando si sería el último para mí.

Hoy, al encontrarme entre los vivos me digo que entre los desgraciados yo fui afortunado, que casi cincuenta años después puedo contarlo, pero también guardo la fecha del juicio, aquel 28 de abril de 1938, grabada en mi memoria.

Me pregunto si todavía existirán los que ocupaban ese tribunal. Aquel día sentí frío, odio y repugnancia hacia aquel régimen que me había arrancado de mi casa. Pensé que en el banquillo en el que me sentaron debía estar el rebelde sublevado y no yo.

> En Zaragoza a veintiocho de abril de mil novecientos treinta y ocho. Segundo Año Triunfal, reunido el Consejo de Guerra… que el procesado Gabriel Herranz Fuertes, de 26 años de edad, vecino del pueblo… se había distinguido según declaraciones concordantes de diversos testigos, tanto antes como después del Glorioso Movimiento Nacional, por sus manifestaciones hostiles al mismo, habiendo sido llamado a filas el día 4 de marzo de 1937 por medio de papeleta duplicada con el fin de que efectuara su presentación ante la Caja de reclutas de Soria el 9 del mismo mes, firmando el correspondiente recibo de dicha orden, marchando el citado procesado a los dos o tres días del pueblo, escondiéndose en una paridera y siguiendo en dirección a la zona roja con el fin de eludir el servicio en nuestras filas, pretendiendo llegar a Noguera, pueblo que en aquella fecha se encontraba en poder del enemigo, y entrando equivocadamente en Orihuela del Tremedal por haberse despistado, siendo detenido en este último pueblo por fuerzas de la Milicia del alférez honorario…
>
> De la relación de hechos que precede se desprende claramente que en la actuación del procesado concurren los elementos tanto de orden intencional como material indispensables para demostrar su oposición al glorioso Movimiento Nacional y, en consecuencia, su adhesión a la rebelión.

La sentencia es una especie de texto continuo escrito a máquina en el que después, para dar respiro a la lectura, alguien a mano intercaló las comas tal y como lo reproduzco. Desconozco si se leyó en la sala ante mi abuelo y su abogado defensor, otro militar designado por el régimen para este proceso sumarísimo, o si tan solo se la comunicaron después en la cárcel de Torrero. En cualquier

caso, entiendo el alivio que sintió, tal y como lo cuenta en su diario, al saber que por lo menos seguiría respirando. El tribunal dictó esta pena cuarenta y cuatro días después de la celebración del juicio.

> Apareciendo el procesado como responsable en concepto de autor del referido delito por ejecución directa, material y voluntaria.
>
> Zaragoza, 7 de mayo de 1938, segundo Año Triunfal, se le condena a la pena de reclusión perpetua, hoy treinta años de reclusión mayor.

Ya no siento, madrecita de mi vida,
el bullicio de la vida del país.
Estoy triste y solitario en una celda
sin saber por qué motivo estoy aquí.

Hay momentos que la pena me atormenta
al faltarme el cariño de tu amor.
Tengo miedo, mucho miedo
de que no vuelva a tenerte cerca de mi corazón.

(Estribillo)
Yo no puedo vivir,
madre, en esta prisión
y al no poderte ver
llora mi corazón.
Yo no puedo vivir
sin aire, luz ni sol
y al no poderte ver
sangra mi corazón.

En mi hermana, la que tanto he querido,
pienso mucho, no lo puedo remediar.
Ella me escribe entristecida
y me dice que jamás me olvidarán.

Mayo 1938-1986

Esta es una canción dedicada a mi madre y a mi hermana cuando pesaba sobre mí la pena de muerte. La escribí en el patio de la cárcel de Torrero con la música de la copla Limón, limonero*, transformada en* Prisión, prisionero*.*

Allí estuve tres años y tres meses. En total, 1.185 días.

Cuando el historiador Iván Heredia Urzáiz y yo bajamos del camposanto volvemos a ver espacios con pinos que dan sombra a los vecinos del barrio que a esa hora disfrutan de su lectura del periódico.

—Algunos de estos pinos los plantó mi abuelo —digo casi sin ser consciente de haber expresado en alto un pensamiento, un recuerdo de su diario que he verbalizado al ver esos árboles de troncos rectos y hojas de agujas.

En aquellos años treinta del siglo pasado no había absolutamente nada en las inmediaciones de la cárcel. Entre la prisión y el núcleo urbano solo existían unos extensos terrenos yermos. «El trabajo os hará libres» era el lema que se leía a la entrada del campo de concentración de Auschwitz, y algo parecido en esencia implantó el franquismo en sus cárceles.

Heredia Urzáiz ha estudiado el Decreto 281 de 1937, por el que los presos tenían el derecho y la obligación de trabajar, sobre todo para la reconstrucción de un país en ruinas, y la Ordenanza del 7 de octubre de 1938, que ofrecía a los «prisioneros de guerra y presos rojos» la redención de un día de pena por una jornada de trabajo. Detrás había toda una concepción ideológica, y también material. Así me lo explica:

—Por un lado, los propagandistas del régimen justificaban el trabajo como un legado divino, trabajar es cumplir la voluntad de

Dios y no les debemos quitar el trabajo, aunque estén presos; y también con el principio católico de que con el sufrimiento del esfuerzo el recluso podía expiar su culpa. Pero también era una forma de que el penado contribuyese a su mantenimiento en la cárcel.

El que trabajaba cobraba dos pesetas por jornada, y algo más si estaba casado por la Iglesia y su mujer se encontraba en zona sublevada, y una peseta adicional por cada hijo menor de quince años que estuviese bautizado. Pero de este salario se le quitaba una parte para su manutención y otra para su familia. Al final, el interno solo recibía cincuenta céntimos. La redención de la pena por trabajo tuvo también el objetivo de reducir la población reclusa en un sistema penitenciario que no tenía medios ni infraestructuras para sostenerla durante tres décadas. En abril de 1939 había doscientos setenta mil presos en España. Nunca antes había habido tantos y salía muy caro mantenerlos en un país destruido y hambriento. La situación insostenible fuerza a que Franco apruebe la ley de conmutación de penas de 1940.

A mi abuelo se le aplicó en mayo del siguiente año. En su expediente se incluye el papel oficial en el que se propone el cambio de su condena de treinta años, que se hubiese extinguido el 2 de marzo de 1967, por la de seis años y un día de prisión mayor, y la libertad en dos fases: primero condicional y después total en 1943.

En el mismo barrio de la cárcel estaba la casa en la que servía mi tía abuela Victoriana. Mi abuelo cuenta cómo esa familia le acogió las primeras noches tras salir en libertad, cuando aún no había vuelto al pueblo.

Antes de bajar hacia la plaza de las Canteras para dirigirme hacia allí, le pregunto a Heredia Urzáiz qué fue lo que más le costó a la hora de trabajar para su tesis sobre la cárcel de Torrero. Me cuenta que lo más difícil fue acceder a la documentación cuando todavía no existía la Ley de Memoria Histórica de 2007. Todos los papeles se habían llevado a un almacén a las afueras de Zaragoza, y fue la universidad la que tuvo que presionar para que fuesen trasladados al Archivo Provincial, donde su director le permitió consultarlos. Cuatrocientas cajas con documentos desordenados, sin catalogar e incompletos, porque muchas fichas de personas que habían estado presas a partir del año 36, y que vivían todavía, estaban en la nueva cárcel de Zuera. Pero, aun así, encontró muchos datos económicos para empezar a investigar, por ejemplo, las asignaciones de manutención del preso, o las actas de disciplina con las que dibujó el esquema organizativo de las cárceles franquistas.

Los centros penitenciarios reproducían el organigrama social. La jerarquía se respetaba de forma vertical, desde el director hasta el eslabón más bajo, los cabos de varas de los que mi abuelo también habla en su diario, y que eran los ayudantes de los guardianes.

El cabo de varas no era una figura oficial, de hecho eran presos comunes que colaboraban porque a cambio conseguían beneficios penitenciarios. Muchos de ellos, además, comulgaban con los principios del nuevo régimen. Ante el gran número de internos era imposible mantener el orden y controlar al personal solo con los guardianes. A los cabos de varas se les entregaba una porra y algunos ejercían una gran violencia sobre los presos políticos a pesar de que, en teoría, el maltrato físico estaba prohibido.

Heredia Urzáiz no habló con nadie que estuviera en Torrero. Los que no habían fallecido no querían hablar de su experiencia, pero tampoco necesitó esos testimonios de vida para seguir su metodología de investigación. Accedió a actas, libros y expedientes, datos impresos negro sobre blanco de una radiografía del horror.

Me despido de él agradeciéndole todo el tiempo que me ha dedicado y su trabajo, que me ha servido para completar y comprender lo que escribió mi abuelo, y me dirijo hacia el número 17 de Ruiz Tapiador.

Quiero pasear por esa calle tranquila que acaba, o empieza, según el sentido, en el Canal Imperial de Aragón. Localizo el número. Es una casa modesta de unos cuatro pisos, pero su diseño es más propio de finales de los sesenta, o principios de los setenta. No queda nada de aquella en la que Victoriana estuvo trabajando de sirvienta unos años antes de morir demasiado joven por una infección, y en la que Gabriel sintió que su vida empezaba de nuevo mientras intentaba conciliar el sueño en el suelo, huyendo de una cama demasiado cómoda para él…

Tras la sentencia continué en la prisión de Torrero. Los domingos nos formaban y nos bajaban al centro de las galerías, donde decían misa. Todo el rato permanecíamos formados y firmes. Por todos los lados había guardias vigilando, y al mínimo movimiento que hacía alguno de nosotros le apuntaban el nombre. Sabíamos que después venía el castigo, que, como mínimo, era limpiar durante un mes, descalzos y arremangados hasta las rodillas, los suelos de las galerías, aunque fuese pleno invierno con los hielos y los pisos encharcados de agua.

El primer invierno que pasé en esta prisión nos condujeron a todos los del salón primero a confesarnos. En una especie de claustro, junto a una columna había un cura sentado con sus sayones que le cubrían los pies y un sombrero. Un guardia nos indicaba que pasásemos de uno en uno. Cuando me tocó a mí, le di los buenos días y me contestó:

—Ave María Purísima, arrodíllate.

A continuación me hizo las siguientes preguntas:

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Quién te ha traído? ¿Qué has hecho? ¿Has visto asesinar a algún sacerdote? ¿Has maltratado de palabra u obras a algún religioso, religiosa, personas de orden o de derechas?

A las dos últimas preguntas contesté negativamente, y entonces me aconsejó que tuviese paciencia, que los jueces resolverían mi

caso. También que él y la Santa Madre Iglesia todo lo perdonan y que rezase un padrenuestro y los mandamientos de Dios.

Mientras estuve en esta prisión fui castigado dos veces. La primera, como no teníamos posibilidad de lavarnos la camisa, un día me la quité en el patio y le di un remojón aprovechando que en ese rato sí había agua al abrir el grifo. Hicieron lo mismo otros compañeros y las tendimos en los salientes de los ladrillos de la pared.

Al rato salió un guardián al que llamaban «el Tuerto» y gritó:

—Esta ropa ¿de quién es? Salgan a recogerla.

No salimos ninguno por temor al castigo. Volvió a gritar por segunda vez que saliéramos, y advirtió que no se nos iba a castigar. Así que fuimos a recuperar la ropa, pero entonces nos hizo formar, nos apuntó los nombres y el número de salón y nos echó tres meses de limpieza.

El cabo encargado de la limpieza era preso común de Used. Estaba allí por haber matado a su novia. Me conocía de verme por el patio con los de Molina. Cuando bajé a la llamada de la limpieza me preguntó quién y por qué me habían castigado. Le dije que había sido el Tuerto y por tender la camisa en el patio. Echó mano de la lista, me borró y ya no bajé más a limpiar.

La segunda vez fue en pleno verano. En el salón, los grifos del agua estaban cerrados. Solo se podía beber la que daban con el rancho y que repartía con otro preso que no la quiso compartir. Le dije:

—¿Tú eres compañero? Vaya compañero estás hecho.

Se chivó al cabo de varas del salón, que me castigó a un mes de arresto y a limpiar el retrete, aunque a los tres días me levantó el

castigo del arresto.

Durante los 1.185 días que estuve allí, en el salón primero, conocí a tres cabos de varas. El primero, José María, era preso común; también el segundo, que era de Sigüenza, y el tercero, que se apellidaba Torres. Este era el más temerario de todos, un maldito legionario de Franco.

La limpieza del salón la hacíamos por turnos. Un día que me tocó a mí, coincidí con otro que estaba castigado. Sin saber por qué, con toda su furia, Torres empezó a darle sablazos por todo el cuerpo. Se ensañaba en las partes más sensibles, en la cara, la cabeza y la tripa. Lo dejó tirado en el suelo en un charco de sangre. Cuando terminamos la limpieza, bajamos al patio y al infeliz ya no lo vimos nunca más.

Era horroroso ver pegar de aquella manera. Siempre llevaba la vara en la mano, y gozaba cuando veía el temor en los ojos de alguno.

Una temporada hubo también unos veinte moros presos a los que pusieron en un salón aparte. Rancho aparte y plato lleno. A nosotros nos mandaban pelar las patatas que después ellos se comían. Encima, nos ponían a uno de ellos de vigilante para que no nos pudiésemos comer ninguna.

«Eres de la clase fuerte de la sociedad, porque tienes genética campesina pero también formación intelectual». La frase me la dijo un chino nonagenario, al que entrevisté en Pekín en 2021 cuando preparábamos un *Informe Semanal* sobre los cien años de la formación del Partido Comunista chino y los nuevos retos del país.

La rescato ahora porque me sirve para mirar de nuevo de dónde vengo y cuál ha sido la historia de mi familia en esa España del siglo pasado, en la que en un pueblo de Castilla-La Mancha debíamos esperar a que el sol calentase el agua en unos barreños para bañarnos. Un pueblo de calles de tierra, de humildes casas de piedra y adobe en las que, todavía a finales de los setenta, no llegaba agua corriente y siempre se tenían a mano velas y linternas porque cualquier tormenta suave con sus cuatro rayos y truenos podía provocar un apagón. Casas en las que el retrete se encontraba en las antiguas cuadras, donde antes se guardaban los animales. Las mujeres iban a la fuente con sus tinajas y botijos, y la ropa se lavaba con una pastilla de jabón en el lavadero. No recuerdo problemas de sequía, el agua era abundante y los arroyos bajaban llenos.

Este es el pueblo en el que yo pasé los primeros veranos de mi infancia. La casa de mis abuelos es la última si se mira desde la ermita de la carretera. En los años setenta ellos ya vivían en Zaragoza, pero todo se había mantenido igual. Para mí era como retroceder en el tiempo.

Las paredes eran de barro cocido y por el techo asomaba la paja que servía para aislar el tejado. Mi abuela siempre nos hacía dormir de lado para que ninguna brizna se nos pudiese meter en los ojos cuando aún estábamos despiertos.

Los colchones se hundían en cuanto la lana cedía a nuestro peso, y si íbamos en Semana Santa, parecía que las sábanas estaban mojadas del frío que hacía. Las nieves de las ventiscas cubrían por la rodilla a los mayores y la comida se preparaba siempre en la lumbre de la chimenea con las trébedes, los pucheros de barro y las parrillas para asar.

Era un pueblo de la España interior, tocado durante gran parte del franquismo por la pobreza y el olvido, lejos de Madrid, Zaragoza, Valencia o Barcelona. A estas ciudades acabaron emigrando los de la generación de mi madre. En los años cuarenta y cincuenta, fue la migración interna necesaria. Las mujeres, en su mayoría, se empleaban en el servicio doméstico de casas pudientes. Los hombres tenían más opciones de trabajo.

Mi madre tenía catorce años cuando les planteó a mis abuelos que se quería ir a servir. A ellos les parecía demasiado chica y, para quitarle la idea de la cabeza, le dijeron que estaban de acuerdo siempre y cuando fuese capaz de levantarse temprano y llegar sola hasta el autobús de línea, que salía de donde acababa el pueblo. Mi madre siempre cuenta entre risas que tuvieron que salir corriendo detrás de ella cuando al día siguiente, a las seis de la mañana, oyeron cerrarse la puerta de casa y la vieron, con paso firme y decidido, abrirse camino sobre la nieve virgen.

Nació en 1944, un año después de que a mi abuelo le diesen la libertad completa. Mi madre había ido a la escuela del pueblo, en la

que el crucifijo y los retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera presidían una docena de pupitres de madera. Un pasillo separaba el aula de las muchachas de la de los muchachos. Aprendió a leer, a escribir y las matemáticas básicas. También memorizó la lista de los reyes godos, que todavía es capaz de recitar.

Estaba ávida de saber en aquellos tiempos de «la letra con sangre entra», de los libros controlados y censurados a favor de la «España, una, grande y libre», de los mapas de Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, o de las Vascongadas. Mi abuela siempre se preocupó de que las niñas fuesen limpias a la escuela, en perfecto estado de revista de los pies a la cabeza: caras lavadas y sin una legaña, bien peinadas, con la ropa que ella misma les cosía y los zapatos desgastados pero relucientes. En el pueblo no había estudios más allá de la escuela elemental, por eso mi madre siempre tuvo claro que debía ayudar a sus padres e irse a trabajar a una ciudad como antes lo habían hecho otras.

Era un entorno duro. Temperaturas muy frías en invierno, la tierra no era fácil de trabajar, y comían por el intercambio de un saco de harina por unas gallinas, o de unas habas secas por un trozo de tocino.

Tras pasar más de cuatro años en prisión, mi abuelo regresó al pueblo en 1941. Tenía casi veintinueve años y la marca de ser el rojo en libertad condicional, que se tenía que presentar cada quince días en la casa del juez y escribir todos los meses una carta al penal de El Dueso en la que informaba de sus actividades y de sus ganancias. Pero a Victorina, de veinte años, la hija de Toribio, no le importó.

Mi abuela, según nos explicaba, tenía algún pretendiente que otro, pero sentía que tenía que esperar a que Gabriel volviese. Se hicieron

novios a los pocos meses. Mi abuelo tocaba la guitarra y componía coplas para ella. Eran felices sin mucho, o lo intentaban al menos.

Los veo en el retrato colgado en la casa del pueblo, con mi madre y mi tía muy pequeñas subidas en un caballo de madera. Las nenas con un vestido sencillo de volantes en las mangas; ellos, de paño oscuro, con una mirada que expresa que todo debe y puede mejorar dibujada en su rostro curtido por el sol del campo.



Mi abuelo no había conocido nunca la abundancia. Tanto su padre Pascual como su madre Dolores tenían hijos de otro matrimonio anterior. Se casaron cuando ambos enviudaron y al final se juntaban para comer diez hermanos, nueve por parte de padre y uno de madre.

En otro escrito que estos días me ha regalado mi tío Gabriel, mi abuelo relata lo que era comer en esa casa: «Se ponía en la mesa una sartén con gachas, de patatas o una sopa, y al minuto ya no había para repetir. Todos estábamos contentos y todos trabajábamos más que podíamos. Yo era el encargado de llevar los pesados fardos de paja para los animales desde el pajar de la fuente».

Y esto era antes de que la guerra y la posguerra trajeran más hambre y miseria, con cientos de miles de muertos entre 1939 y 1945. Años de cartillas de racionamiento. Faltaban penicilina y medicamentos. Cualquier infección podía ser mortal, como le pasó a mi tía abuela Victoriana, a la que un flemón en una muela se la llevó en unos meses.

En el pueblo no había casas destrozadas por los bombardeos, pero en la de mi abuelo convivían con el desgarro interno por lo que él había sufrido.

Cuando entré en el salón primero no me dieron ni plato ni cuchara. Los tenía que compartir con otro preso, hasta que pude hacerme con una lata de sardinas como recipiente. El agua la bebía a sorbo, y cogía las judías con la mano hasta que me mandaron un cubierto de casa.

En el patio de la cocina había un pequeño lavadero para la ropa, pero como éramos tantos se pasaban los meses y nunca nos tocaba lavarnos la camisa que llevábamos sucia cuatro o cinco meses. Los retretes eran de patines y rara vez tenían agua corriente. Formábamos en fila y, a toque de corneta, teníamos que hacerlo rápidamente. Cuando te tocaba, como no tenía agua, había que hacerlo evitando tocar la taza. No sabías ni dónde poner los pies. Al final te acababas manchando. Era un verdadero asco.

En esta prisión de Torrero había dos jefes. Se turnaban el servicio cada veinticuatro horas. Los dos eran militares retirados. Uno se llamaba Julio Martínez. El otro Julián y creo que se apellidaba igual, pero este era mucho más severo. Cuanto más hielo hacía, más pronto de madrugada nos bajaba al patio.

No recuerdo el nombre de los guardianes, pero el más cruel de todos venía del penal de Orduña. Por el encare tan feroz que tenía le decíamos «el Tigre». Decían que lo habían trasladado porque en Orduña daba malos tratos a los presos. Tenía muy mal aspecto, feroz, con la violencia en la cara, muy agresivo.

En cualquier momento salía al patio y teníamos que formar deprisa. Pasaba revista, y como salía solo por castigarnos, si le parecía que alguno no estaba firme, o que giraba solo un poco la cabeza, le golpeaba. Gozaba con torturarnos, mientras gritaba: «¿Qué pensáis, que estamos aquí en las tribus de las hordas rojas? ¡¡Pues no, estáis con Franco!!». Cuando terminaba de pasar revista nos hacía cantar el Cara al sol *con varios vivas a Franco.*

Una vez que gritaba «Rompan filas», debíamos irnos andando sin parar, porque estaba al acecho por si había algunos en corro hablando.

Nos tenía atemorizados.

Estuve entre las rejas de la cárcel de Torrero tres años y tres meses de hambre, frío, terror y miedo. Sufriendo toda clase de torturas bajo el mando de unos hombres que a veces parecían fieras.

Así era Torrero, y todas las cárceles del franquismo. Formaciones continuas a toque de corneta, frío, hambre, miseria de piojos, chinches, sarna, contagios infecciosos, insultos, castigos sin fundamento, trabajos forzados. Celdas sin váteres ni agua. Comer de pie por falta de espacio, dormir sentados o amontonados.

A pesar de todo lo sufrido en mi cautiverio, mis adversarios denunciantes de información falsa están perdonados, pero jamás olvidados. Nunca pensé en pedirles responsabilidades, aunque merecido sería.

Es julio y aprovecho unos días de vacaciones para ir al pueblo. En recuerdo a mi abuela he llegado a la hora de comer. Mi madre ha estado una semana preguntándome qué quería que guisara para ir a comprar a las localidades de al lado, que son más grandes. Es imposible decirle que no a unas chuletillas de cordero o a unas buenas lentejas con verduras.

En verano el pueblo huele a brasa, al verde de los pinos, a campos segados. Se viste del bullicio de la gente que llega, y los días se nos alargan con libros y conversaciones a la sombra del ciruelo que hay en nuestra puerta. Pero esta vez llevo en la bolsa de viaje la agenda de las entrevistas a los descendientes de los que señalaron a mi abuelo. He ido apuntando ideas y preguntas que me han surgido, aunque en realidad son los mayores del lugar los que te entrevistan nada más llegar. Esas cuestiones que no cambian con el paso del tiempo. «Eres la nieta de la Victorina, ¿verdad? ¿Dónde vives ahora? ¿Estás para mucho tiempo? ¿Te quedas para las fiestas?».

Mañana empiezo a preguntar yo. Intuyo que no va a ser fácil con todas las dudas que traigo.

El día 15 de febrero de 1941 fui trasladado en compañía de otros 199 compañeros. Éramos doscientos, todos condenados a treinta años, que nos destinaban al penal de El Dueso, en Santander. Desde la cárcel de Torrero nos bajaron en camiones a la estación del Norte, donde nos tenían preparado un tren jaula de transporte de ganado. Los vagones estaban muy sucios de paja y «moñigas» de cerdo.

Al pasar por Miranda de Ebro, la vía estaba cruzada de árboles. Permanecimos en el tren desde las doce del día 15 hasta que la vía quedó libre en la tarde del día 17.

No nos dieron nada de comer. Helados de frío por la corriente de aire dentro de la jaula, y hasta sentados nos dábamos con la cabeza en el techo.

Por la noche del día 17 de febrero llegamos a Bilbao. Nos alojaron en un edificio grande, decían que era la tabacalera, y allí pasamos la noche. Seguíamos sin comer absolutamente nada desde que habíamos salido de Zaragoza hacía tres días, hasta que el 18 por la mañana nos dieron un bollo de pan de poco más de cien gramos.

Aquella mañana nos llevaron andando por la orilla de la ría hasta la estación. Aquel tren era normal, de viajeros. Nos bajaron en un apeadero del pueblo de Cicero, que está a ocho kilómetros de Santoña, y desde allí fuimos andando hacia nuestro nuevo y desolador destino.

El hijo de Aquitanio H.

> Aquitanio H., vecino del pueblo y viudo, declara:
>
> —Que sobre el prisionero Gabriel Herranz Fuertes, la conducta pública observada por él mismo como vecino es buena, la privada la ignora, y la político social en todo momento manifestaba sus ideas de extrema izquierda. No sabe si ha podido tener intervención en algún acto.
>
> Abril de 1937

—Cuando ganaron los socialistas por primera vez, como sabía cómo pensaba yo, me preguntó: «No nos pasará nada, ¿verdad?». Yo le dije: «No, no, padre, esté usted tranquilo que lo que va a pasar va a ser muy bueno». Y él me contestó: «Bueno, si tú lo dices».

Aquitanio, que era el jefe de Falange en el pueblo cuando empezó la Guerra Civil, le preguntó esto a su hijo Pedro en 1982 tras el triunfo de Felipe González en las urnas. Me lo cuenta el propio Pedro. Su padre y mi abuelo eran hermanos. Nosotros, primos.

Pedro nació en 1947. Mi abuela lo amamantó. Aunque no es de mi generación, más bien de la de mis padres, sentí que era con él con quien debía hablar primero. Hace unos días le escribí. Le dije que necesitaba su ayuda para un libro en el que estaba trabajando. No le di muchos más detalles, pero enseguida me invitó a su casa. Él vive con su mujer en un pueblo cercano al nuestro.

Reconozco que no dormí mucho la noche anterior. Era la primera entrevista que iba a hacer, y además sobre lo que me parece lo más impactante del diario de mi abuelo: el relato sobre un hermano que no ayuda abiertamente al otro porque considera que tiene unos ideales políticos diferentes.

Cuando llego a su casa me reciben como siempre, con gran cariño. No es una extraña la que les visita, pero esta vez me siento como una intrusa que les va a remover el pasado con una historia que puede ser incómoda para ellos y que, quizá, ni siquiera conozcan.

La mujer de Pedro está leyendo *La península de las casas vacías*, el libro de David Uclés. Hablamos sobre la novela, las acuarelas que ella pinta, y de la obra de teatro que han preparado para representarla en el pueblo durante las fiestas de agosto.

Pedro me confiesa que está intrigado desde que recibió mi mensaje, así que les enseño el que podría ser el prólogo de este libro, donde explico mi proyecto de recuperar la memoria de mi abuelo, sin resentimiento, pero con una deuda moral con él, y les cuento mis ganas de saber cómo les han contado a ellos la guerra y la posguerra. Les muestro también la agenda manuscrita de mi abuelo, que Pedro contempla con admiración, y me pide que al menos le deje leer cómo empieza y cómo acaba.

Cuando me la devuelve, soy yo la que paso las páginas para buscar la carta de su padre, fechada en 1937. Mi abuelo, ya en prisión acusado de ser de izquierdas, le había pedido que testificase a su favor porque con su declaración quizá le dejasen en libertad.

> Recibí tu carta y referente a lo que dices, yo no sé siquiera si han pedido esos informes. Si fueron malos no me culpes, y si son buenos no me lo

agradezcas.

Por la Santa Causa Nacional no te verías donde te ves.

El hijo de Aquitanio la lee despacio, como si necesitase asimilar cada palabra, respirar en cada coma de lo escrito por su padre.

—No sé si sabías de esta carta —le digo.

Me responde que se había enterado de esta misiva porque mi tío Gabriel se lo había contado hacía unos meses, pero que antes de esa conversación él no sabía nada.

—Fíjate que me quedé más agarrado al ingenio para dar una respuesta tan ambigua, por una parte, y de autodefensa, por otra, que al hecho de que no hubiese sido valiente y le dijera: «Yo voy contigo a tal sitio y declaro a tu favor» —me explica—. Claro, luego lo piensas y dices, estamos en el año 37 y las cosas pintaban francamente mal. Se estaba engañando al no tomar una postura clara. Lo que no sé es si, aparte del escrito, él habló con su hermano (tu abuelo) y le explicó que no se lo podía decir de otra manera porque tendrían más problemas que soluciones. Eso ya no lo sé. Si yo hubiera conocido esta carta, sí que le hubiera preguntado.

Le invito a recordar qué le contó su padre de la Guerra Civil y me dice que le hablaba de los robos en el pueblo, sobre todo después de 1939 con alguna incursión de los maquis, del hambre que pasaban los soldados, aunque él no estuvo en el frente, y de las muertes de un hermano de su madre y de un cuñado que habían estado en el frente de Teruel. Una historia dura para la familia, porque uno, el tío Oroncio, se fue con los nacionales, y el otro le fue a buscar con la excusa de cobrar unas gallinas y unos kilos de trigo que habían vendido a los militares, pero ninguno de los dos regresó. Oroncio es uno de los que declaró que mi abuelo era rojo.

Lo peor para su familia, me detalla, es que jamás aparecieron los cuerpos de ninguno de ellos, aunque el nombre de Oroncio figure en Cuelgamuros como uno más de los mártires caídos por España.

—En el pueblo flotaba una especie de alegría ficticia. Yo he visto a mi padre llorar varias veces —me reconoce—. Una de ellas, cuando me cantaba *La Banderita*, ese himno que decía algo así como: «Banderita tú eres grande, banderita tú eres libre», en relación con el lema «España, una, grande y libre». Y a veces he pensado que lloraba por lo que había pasado con su hermano. De la guerra siempre me habló mal, no como el tío Federico, leal también a Franco y que siempre contaba actos gloriosos del frente. Yo le pedía más batallas, y un día me dijo que no me iba a contar más porque a mi padre no le gustaba. Es un detalle para entender la forma de digerir todo esto por parte de mi padre. A mí me ayuda a verlo desde otra perspectiva.

Recuerda también que a su padre, los que le hicieron jefe de Falange, le dieron una pistola que después guardó en casa. A él se la enseñó de chico y le dijo que se la había traído de la guerra de África. Y me explica:

—Los de la Falange le debieron de pedir que la tuviese siempre dispuesta por si aparecían los maquis, pero nunca se usó, excepto cuando mis hermanas la cogieron y, como si fuera un juego, la una le disparó a la otra. Afortunadamente, la bala impactó en el techo y no hubo que lamentar ninguna desgracia.

Le pregunto también si su padre, que en 1921 hacía el servicio militar en Zaragoza y tuvo que alistarse para ir a la campaña de África, seguía siendo falangista pasada la primera posguerra, ya en los años cincuenta y sesenta.

—En la parte social, seguro. Y esto lo puedo confirmar porque lo escuché varias veces cuando hablaba con el médico, que venía a casa a visitarlo cuando estaba enfermo. Siempre decían: «Cuando vuelvan los nuestros». Yo me preguntaba a quiénes se referían, y con el tiempo he entendido que eran los falangistas camisas viejas, porque comentaban: «Estos que hay ahora dicen que sí, pero no son de los nuestros». Pienso que de toda la unificación de los grupos en el franquismo, eran más de figuras como Ridruejo o Serrano Suñer, por ejemplo.

La niñez de Pedro transcurre en plena dictadura. Se ve acudiendo con la cartilla de racionamiento al colmado a por una botellita de aceite. Al horno donde mi abuela siempre le daba pequeños trozos de masa cocida, y no cree, o no llegó a percibir, que hubiera división entre los vecinos, aunque ellos de pequeños sí que jugaban a ser rojos o azules.

—Yo sí que sabía lo de tu abuelo porque entre los chiquillos siempre había alguno que lo soltaba y aludían a mi tío el «rojo». Yo no entendía muy bien a quién se referían porque tenía muchos tíos, hasta que pregunté en casa y me dijeron: «Tu tío Gabriel estuvo con los rojos».

Escucho atentamente su relato y esta parte me sorprende porque nadie en mi familia me ha contado algo así. Le planteo si esto no segregaba a mi abuelo de alguna forma, porque se le señalaba y hasta los que eran entonces chiquillos lo comentaban, supongo que porque lo oirían en casa.

Pedro no descarta que hubiera desprecios, y quizá diferencias con respecto a otros en el racionamiento de alimentos.

—Estoy seguro de que ahí hubo discriminación muy clara, aunque yo no te lo puedo asegurar, ni lo oí contar.

Luego añade que no recuerda haber visto a mi abuelo en bodas, bautizos, en misa, aunque sí en entierros, y que solo se le viene a la cabeza una Nochebuena que estuvo en la hoguera de los chiquillos porque tiene la imagen de su padre fumando y hablando con su hermano Gabriel.

Me gusta cuando afirma que nunca vio resentimiento en mi abuelo, y hacemos una pausa para tomar un refresco que nos ha traído su mujer.

Ella es de una ciudad del sur y tiene grabadas también imágenes terribles de esos años de posguerra y dictadura. Quizá la que más le impactó fue la del entierro de uno que «se había echado al monte». Recuerda que en una esquina del cementerio, sobre una caja, dos ancianos y una joven lloraban desconsolados mientras el resto del pueblo, con el cura al frente, señoritos de cortijo y el alcalde, lo estaban celebrando.

Pedro me cuenta también que en el pueblo de al lado fue un falangista el que consiguió salvar del paredón a sus cuatro vecinos detenidos por los requetés. Había algún gesto de humanidad, quizá pocos, decimos, porque la guerra saca más lo malo que lo bueno de la gente.

Le pregunto entonces cómo reaccionó su padre cuando murió Franco.

—Nosotros lo estábamos celebrando y cuando hablé con él no me expresó ni alegría ni disgusto. Sí que dijo que «a todo cerdo le llega su San Martín», pero más como una frase hecha, tampoco detecté desprecio. Luego, durante la Transición y el proceso democrático se

sintió bien. Le entraron dudas cuando ganaron los socialistas, pero comprobó que España era una democracia y que lo que pasaba era bueno. Murió tres años después, en 1985.

La tarde va cayendo lentamente tras las ventanas pintadas a mano y se respira la paz de un pueblo tranquilo al que le quedan pocos días para que se llene de veraneantes, los descendientes de quienes en el pasado vivieron allí y que vuelven a sus raíces para pasar unos días de descanso.

Sobre la estantería del salón tienen los retratos de sus padres: los de él, tal y como les recuerdo. A los de ella, al ser del sur, no los conocí. A través del cristal enmarcado me miran anclados en el pasado, en ese tiempo de infancia para mí.

Pedro me agradece la conversación y este libro. Me dice que es necesario. No hemos juzgado, pero sí hablado, el mejor remedio contra el miedo y los errores.

Ha habido un momento en que se ha emocionado.

Entramos en el penal de El Dueso sobre las cuatro de la tarde del día 18 de febrero. Aquello era más negro que la boca de un lobo. Qué puertas, qué cerrojos, qué desconsuelo al ver aquello. Entramos formados por la galería de la parte derecha, planta baja, y conforme íbamos pasando nos dejaban de seis en seis en cada celda.

No recuerdo exactamente qué número me tocó a mí, pero sí que me fijé que en su puerta, en la parte de fuera de la celda, estaba pintada la bandera española con una inscripción que decía: «Aquí sufrió el martirio el general Sanjurjo».

En aquella celda el suelo era de tierra, muy húmeda, no tenía ventana, solo una rejilla pequeña en la puerta. Tampoco había luz eléctrica, ni váter, ni agua; solo las cuatro paredes desnudas.

De los seis, solo teníamos manta y colchoneta otro y yo, que las traíamos de Zaragoza. A mí la colchoneta me la dejó un compañero de Molina que salió en libertad quince días antes de que yo partiese para Santoña.

Las poníamos atravesadas para echar el cuerpo los seis y, acurrucados de frío, pasábamos unas noches infernales. Menos mal que al mes nos cambiaron, si no, en aquellas condiciones, hubiésemos perdido hasta la vista.

Nos llevaron a la segunda galería, planta tercera. Esta celda era mejor en apariencia. No tenía humedad, el suelo era de yeso y contaba con una ventana con gruesas y espesas rejas, aunque sin

cristales. El techo tendría unos tres metros de altura. Desde esta celda, por las noches, oíamos estrellarse las olas del mar en los muros del penal por la parte del este. Desde la ventana veíamos el mar y los barcos. Esta celda también estaba vacía de todo, sin váter o agua.

Sobre las siete de la mañana nos abrían las puertas media hora para salir a los servicios. Después volvían a cerrar con cerrojos y llaves y ya no podíamos salir hasta el día siguiente a la misma hora, excepto una vez a la semana que nos sacaban al patio.

Teníamos escondidos entre las ropas algunos botes de los de las conservas de tomate para hacer pis.

Recuerdo una noche que le dio a uno que era madrileño dolor de tripa y tuvo que hacer de vientre en el plato de coger el rancho. Parece de risa, pero es cierto.

La comida era también muy mala. Sobre la una del mediodía nos daban un cazo de bisaltos duros como piedras; otros días, habas en grano incomibles y un bollo de unos cien gramos de pan de maíz o serrín. No podíamos tragarlo, se pegaba en la boca, se hacía una pasta pegajosa. La cena era sobre las siete de la tarde, un chicharro de lata en conserva de vinagre. A los quince días de estar allí no podíamos ni ir al baño, estreñidos con aquellas comidas.

Los domingos nos sacaban a los barandados de las galerías y abajo, en el fondo, un cura celebraba misa y por medio de un altavoz el sonido llegaba a todas las plantas.

Durante los ciento dos días que estuve en el penal de El Dueso, nos bajaban una vez por semana al patio y nos duchaban. Las duchas eran normales, pero en medio tenían una manguera enchufada y el guardia que estaba vigilante, cuando a él le parecía,

ponía a alguno en la manguera, abría la llave y le soltaba un río de agua con tanta fuerza que había hombres tan deshidratados y débiles que no podían aguantarla de pie y caían al suelo. El vigilante seguía echándole agua, ahogándolo, y allí quedaba tirado hasta que con la ayuda de los demás se levantaba.

En aquel enorme patio con más de media hectárea de terreno no veíamos el sol, siempre había niebla arrojando agüilla y con la brisa del mar nos helábamos de frío.

En aquel horroroso patio veíamos escenas de dolor. Los que llevaban ya algún tiempo estaban tirados por los rincones, sin fuerzas para estar de pie y para guarecerse algo de la gélida brisa. Daba pena verlos. De ropa solo llevaban un pantalón y una camisa «desgarradica», enseñando sus carnes. Todos los que llegamos de Zaragoza lo comentábamos: «Si no tenemos la suerte de salir pronto de aquí, conforme ahora vemos a estos, otros nos verán así a nosotros».

El nieto de Fidencio P., que también es hijo de Rodolfo M.

> Fidencio P., casado, labrador y natural del pueblo, declara:
>
> —Que conoce al encartado; que la conducta pública como vecino del pueblo ha sido buena, la privada la ignora, y la político social observada por el mismo ha sido izquierdista, ignorando los hechos en los que haya podido tener interactuación. Que lo declarado es cuanto le consta de lo preguntado.
>
> Abril de 1937

Fidencio P. dejó una gran descendencia, aunque sus nietos, ni siquiera Edelmiro, uno de los mayores, pudieron disfrutar de él mucho tiempo. Edelmiro tenía cuatro años cuando su abuelo murió, y lo que sabe de la guerra de los mayores se lo transmitieron más su madre y su padre, Rodolfo «el de los canteros», que tuvo que alistarse en el bando nacional porque era, me dice, lo que dominaba en el pueblo en el año 37.

Fidencio fue uno de los cuatro nombres de los «respetables» de derechas y mayores del pueblo que mi abuelo dio al juez con la esperanza de que testificasen a su favor. Su nieto Edelmiro, también sobrino de otro de los acusadores, me cuenta que lo desconocía. Tampoco sabía que mi abuelo fue condenado a treinta años ni que estuvo más de cuatro en la cárcel.

—Tanto tiempo, ¿eh? Y sin haber hecho nada. Yo tenía la idea de que había sido algo más liviano —me dice, y además me reconoce

que en su casa había escuchado que, mientras algunos se la habían jugado en el frente, Gabriel había estado «guardadico» en la cárcel.

Siento una especie de punzada al escuchar esa expresión con la que sus mayores describieron entonces la experiencia de mi abuelo, como si estar entre aquellas rejas franquistas hubiese sido un privilegio y una garantía para burlar a la muerte. Me acuerdo de Miguel Hernández y de otros tantos que no pudieron sobrevivir en esas celdas, en esos penales de tortura y horror.

Edelmiro me cuenta que la desgracia se cebó con su familia. En el 38, su abuelo perdió a su hijo Críspulo y a su yerno Oroncio, y la miseria se llevó a tres familiares más. Su madre, me dice, heredó esa tristeza. Se llevaba bien con todo el pueblo, pero le quedó el resentimiento de lo que habían hecho los rojos, aunque Edelmiro y su mujer le dijeron más de una vez que si había unos culpables fueron los que se levantaron en armas contra lo que había sido legalmente elegido.

Pero asegura que tampoco contaban mucho de la guerra. Su padre solo hablaba si él le preguntaba. Así le relató que el día que llegó al frente, le ordenaron colocarse de centinela, que los tiros empezaron enseguida y se escondió tras unos sacos. Al rato el capitán le gritó que ese no era su sitio y que si volvía a esconderse, él mismo le disparaba. O que otro día estaban manteando a uno y, cuando estaba arriba, le alcanzó una bala disparada desde no se sabía dónde y que, impresionados, lo recogieron ya muerto.

Edelmiro y el resto de los hijos se enteraron, por ejemplo, de que su padre había estado en un hospital en Vitoria porque cuando murió su madre encontraron unos papeles en el piso; unas cartas en las que daba esta dirección.

—Creo que de la guerra sabían menos que nosotros ahora. Mi padre y otros estuvieron en el bando nacional porque eran los que movilizaban aquí; si hubiesen sido los republicanos se habrían alistado con ellos. De hecho, tu abuelo tuvo que escaparse para no ir a filas. Pero era una generación que apenas sabía leer, eran muy ignorantes e iban donde se les mandaba, y no sabían siquiera si se podían negar. La mayoría no se planteaba lo contrario de lo que les ordenaban.

Es cierto que trabajaron desde niños en el campo, en las minas, en las resinerías. Algunos, como Rodolfo, se fueron del pueblo siendo críos y al volver no se les reconocía porque se habían convertido ya en hombres, como me cuenta su hijo.

—Hay una cosa que siempre hemos comentado, y es que tu abuelo era de una familia que destacaba por su excepcional inteligencia, desde tu bisabuelo Pascual —me dice con una sonrisa refiriéndose a que fueron autodidactas en el leer y el escribir.

Reconozco que siento orgullo cuando escucho esto.

Le pregunto algo que se me hace difícil: si sabe si a su padre le tocó alguna vez estar entre los que fusilaban a los presos, porque él mismo, muchos años después, le confesó a mi abuelo que en aquellos días enfermaba solo de pensar que uno de aquellos reos podría ser él.

Edelmiro se sorprende mucho.

—No quiero decir que no sea verdad, puede que lo sea —me contesta—. Pero nunca me dijo nada de que participase en algún pelotón. Si fue lo que ocurrió, se debió de sentir tan mal por tener que participar en algo así que se lo llevó a la tumba.

Me relata que su recuerdo es que su padre y mi abuelo se llevaban bien después de la guerra, que incluso le viene la imagen de haberlos visto juntos y charlando en más de una ocasión por el pueblo.

Vuelvo a su abuelo para retomar lo que declaró sobre el mío de que era de izquierdas.

—¿Por qué habría dicho esto?

Edelmiro me cuenta algo que yo desconocía y que es divertido si después no hubiese estallado una guerra civil. En tiempos de la República, en el pueblo, como en muchos otros, se celebraban dos bailes: uno para los más conservadores y de derechas, y otro para los partidarios del Frente Popular.

—Quizá tu abuelo fuese con otros del pueblo al de las izquierdas —me comenta—. Aunque con veintipocos años también puede ser que fuese porque iba más gente cercana a él, o le gustase más el ambiente.

La charla con Edelmiro es de lo más agradable, pero tengo que ponerle fin porque se acerca la hora de la comida. Antes de despedirme, les digo a él y a su mujer algo que siento de verdad, y es que les aprecio mucho porque conmigo siempre han sido muy cariñosos.

Edelmiro también se emociona y me cuenta lo que en los pueblos llaman un chascarrillo, o la «copla» que a mi abuelo le sacaron desde muy pequeño. Corría 1918 o 1919, uno de los escasos años que mi abuelo fue a la escuela. Tendría seis o siete años. El maestro vivía en la casa de los padres de Edelmiro, y un día que salió el nombre de Gabriel exclamó:

—Ese crío es listísimo, pero que muy listo, aunque las Sagradas Escrituras no le entran.

Nos reímos. Algo me suena, porque mi abuelo en su día me contó que no lograba entenderlas, que para él eran tan solo un relato maravilloso, pero irreal.

Varias veces nos llevaron formados a sacar piedra a una cantera que estaba fuera de los muros, a unos quinientos metros. Éramos borricos de carga. Desfilábamos por delante de la cantera y nos decían: «Coge esa piedra, échatela al hombro y al penal. Déjala y ven a por otra». Y así varias veces cuesta arriba. Al final lo teníamos que hacer ya sin fuerzas.

Quienes vivimos aquellos acontecimientos sentimos carne de gallina en el alma. El mundo de Caín y de la Guerra Civil que siguió vigente cuarenta años, pero al morir el dictador pasamos a un mundo nuevo para las páginas de los libros de historia.

Ahora, cuando escribo esto, solo hace once años que todos recordamos los últimos fusilamientos que ordenó ejecutar el general Franco en la madrugada del 27 de septiembre de 1975. Todas las peticiones de clemencia las desoyó, incluso por tercera vez la del papa Pablo VI.

Entró con sangre y con sangre terminó.

La historia que relato, estremecedora hasta los tuétanos, la sufrí en mis propias carnes.

El penal de El Dueso limita al este con el mar Cantábrico. Un gran y altísimo muro lo rodea, y cada cien metros hay una garita de vigilantes. Toda la noche estaban gritando: «Centinela alerta», y contestaban: «Alerta está».

Así estuve en este penal, hasta que en una revisión del expediente me redujeron la pena seis años y un día de prisión mayor. Como llevaba ya cumplidos cuatro años, dos meses y veinte días, más la redención de pena por el trabajo del año 37 y 38, y el indulto de la terminación de la guerra, me concedieron la libertad atenuada mientras en Madrid resolvían la libertad definitiva.

La nieta de Segundo L.

> El vecino Segundo L., casado, labrador y natural del mismo pueblo, declara:
>
> —Que la conducta político y social privada del prisionero la ignora. Que públicamente era de ideas izquierdistas y que no sabe si ha interactuado en algún acto en contra del Movimiento Nacional.
>
> Marzo de 1937

La calle del Hoyo, por la de Lenin; la del Cántaro, por la de Carlos Marx. El callejón de la Piedra Rodada, por la de los Milicianos, y la plaza Mayor, por la de La Bastilla Tomada. Así aparecieron rebautizados todos los rincones del pueblo esa mañana de diciembre de 1935, víspera de Navidad. El trazo de las letras con pintura roja era firme, hecho sin prisas y con seguridad. Se notaba, decían las mujeres en el horno, que las había pintado el que proclamaba que era el elegido para acometer la Revolución, así con mayúscula.

—El tío Quintín era enjuto de carnes porque, como decía su madre, los nervios se lo comían por los pies desde que lo amamantaba, y casi treinta años después de esas primeras leches gritaba la igualdad de clases a todo el que le quisiera escuchar. Cada ser humano debía tener techo, comida y escuela, y si para ello había que hacer una revolución, pues se hacía y santas pascuas. Pero nueve meses después no solo no lideró una revolución a lo ruso, sino que se alistó para ir al frente con el bando nacional y luego se

hizo militar de Franco. Un soldado que fue ascendiendo grados en la chusquería del Ejército Nacional.

Es el caso más curioso que recuerda la nieta de Segundo L., de las poquísimas cosas que le contó su abuelo de aquellos años que, me dice, calificaba de «infames». Y me lo cuenta porque sugiere que quizá mi abuelo Gabriel acompañaba al tío Quintín a realizar esas acciones revolucionarias. Le pregunto si esto lo tiene confirmado y me dice que no, que solo son imaginaciones suyas porque nadie se lo dijo. Yo jamás había escuchado esta historia del tío Quintín, y mucho menos que mi abuelo le acompañase.

Se sorprende cuando le cuento que su abuelo Segundo acusó al mío de ser de izquierdas y que eso contribuyó a que lo encarcelaran. La veo incómoda y trato de explicarle que no es mi intención juzgarle.

—Eran otros tiempos y quizá se sintieron de alguna forma obligados o coaccionados a declarar en contra de alguien, en este caso de tu abuelo —me dice—. Entiendo que no sería algo de lo que presumir después, así que lo mejor para él fue guardar silencio sobre esto el resto de su vida.

Ella, cuando era pequeña, sí que oyó hablar en casa de a qué bando pertenecía cada uno, de la historia del tío Quintín y de que Gabriel, mi abuelo, estuvo escondido con otros dos en los zarzales de la Vera cuando lo llamaron para alistarse y que después huyó. Pero desconocía que hubiera estado en prisión, y además tanto tiempo.

—De la historia en general sé de la peregrinación sin precedentes que se hizo con el cadáver de José Antonio Primo de Rivera desde Alicante hasta El Escorial porque esto lo contaba mi padre y también

lo he leído en alguna novela. Un delirio. —Y concluye—: En realidad apenas sé nada de la guerra, nunca pregunté mucho, porque no me interesaba y siempre he pensado que era algo de los abuelos que ya queda muy lejano.

¿Habría escrito este libro si hubiese estado en el otro lado de la historia? ¿Si mi abuelo, en vez de ser un represaliado del franquismo, hubiese sido el verdugo, el carcelero o un delator? ¿Si me hubiera llegado el manuscrito de una confesión con la que buscaba la expiación de una culpa demasiado pesada para él durante toda su vida?

Llevo días pensando en esto. En realidad empecé a darle vueltas tras hablar con los dos primeros nietos de los acusadores de mi abuelo. He intentado ponerme en su lugar para llevar a cabo estas entrevistas complejas. Y no solo porque pongo una verdad incómoda ante ellos y ellas, aunque esto es parte de mi oficio, sino porque no puedo dejar de lado el afecto que siento hacia muchos de ellos. Me veo a mí misma como la enfermera que debe hacer una prueba médica a una amiga y sabe que le va a doler. No es agradable que te descubran, o te recuerden, que tu padre o tu abuelo contribuyó a meter en la cárcel a una persona que no había hecho nada. Que delató, acusó y señaló en tiempos de guerra.

Y ante ese desconcierto, estupor, extrañeza y quizá enfado disimulado, sé que yo reaccionaría igual. Pero también estoy segura de que querría saber más. Después de reflexionar, he descubierto que sí escribiría un libro si estuviese en sus mismas orillas. Para mí sería una travesía más compleja y más dolorosa todavía que esta, pero me lanzaría al viaje con la seguridad de que voy a salir más

fuerte. Buscaría las razones de esa aparente miseria humana de uno de los míos y me agarraría a cualquier resquicio que lo justificase; somos humanos. Me examinaría para ver si hay algo en mí de él, me cuestionaría si nos ha hecho bien el olvido y el silencio colectivo, y sería consciente de los riesgos que entraña la desmemoria, sobre todo en los tiempos actuales donde hay un auge de políticas populistas y mitificaciones de dictadores pasados por simple desconocimiento.

Cuando leí *Los amnésicos*, recuerdo la admiración que sentí hacia su autora, Géraldine Schwarz. El relato arranca con el descubrimiento de que su abuelo había sido uno de los alemanes que se dejaron llevar por la corriente hitleriana, que miró para otro lado ante todas las atrocidades que cometieron contra los judíos y que se aprovechó de ello cuando compró a bajísimo precio la empresa de una familia señalada que acabó asesinada en Auschwitz. La historia es de una valentía sublime, de una generosidad sin límites y de una constancia admirable por querer conocer la verdad y contarla en un libro.

Con este pensamiento, me sumerjo de nuevo en el mío.

Debo escribir un mail a otros dos nietos. No he podido verme con ellos en persona en el pueblo y quiero pedirles una entrevista por videoconferencia. No sé cómo se me hace más difícil contar en qué consiste este viaje a nuestro pasado y a nosotros mismos, si en persona o en un correo.

El día 1 de junio de 1941, al mediodía, cuando se aproximaba la hora de coger el cazo de habas, llegó la sorpresa. Un guardia con una lista en la mano abrió la puerta de la celda y dijo mi nombre:

—Gabriel Herranz Fuertes.

—Presente.

—Coja lo que tenga ahora mismo, que se marcha en libertad.

Fue una auténtica sorpresa. Deprisa, nos dimos un abrazo con los compañeros de celda, que se quedaron desconsolados.

Bajé a la oficina y firmé los papeles. Allí estaban otros dos compañeros de Huesca de los que llegaron desde la prisión de Zaragoza, que también quedaban en libertad.

Nos dieron los papeles, nos abrieron las puertas y VOLAMOS.

Llegamos a Santoña, de donde salía un autobús que combinaba con el tren de Santander. Y estando en la puerta del garaje del bus, se me acercó disimuladamente un personaje y muy bajito me dijo:

—¿Sabes cómo se llama el guardián que mató a un preso de una patada en sus partes?

Le dije que no sabía nada y muy silencioso se fue. A día de hoy me sigo preguntando quién sería este hombre.

Ahora, casi cincuenta años después, al penal de El Dueso en el que estuve ciento dos días le dedico estos versos:

Cuando salí del penal
por cuatro puertas pasé,

cuando me vi fuera de los muros
esta canción canté.

Adiós penal de El Dueso,
cementerio de hombres vivos,
donde inocente he sufrido condena
por culpa del franquismo.

Adiós penal de El Dueso,
con tus enormes cerrojos y cadenas,
con unos guardianes poco gratos
con su camisa azul y sus flechas.

Adiós penal de El Dueso,
ya se va un inocente
con tristes horas sufridas
que son recuerdos para siempre.

En aquel horroroso patio
y en aquellas celdas asesinas,
en las que para nosotros no había piedad
en las veinticuatro horas del día.

En el cemento del patio
escribí esta canción,
aquí el bueno se hace malo
y el malo se hace peor.

Ay prisión, prisionero,
qué palabras más tristes oí,
qué desconsuelo.
Me comí el rancho en un bote,
dormí en el suelo,
tuve de to, no me faltó de na,

piojos, ladillas y sarna
y tristes horas las del alba.

Cuando cogimos el autobús,
para adelante yo iba mirando
viendo aquel maldito penal
que atrás se iba quedando.

Aquí cierro estos versos reales
aunque podía escribir más.
Nunca olvidaré
aquel maldito penal
con aquel régimen dictatorial.

1941-1986

El nieto de Oroncio F.

> Oroncio F., labrador, casado y natural del mismo pueblo del encartado, declara:
>
> —Que la conducta política privada de dicho individuo la ignora. Que públicamente sus ideas políticas y sociales eran izquierdistas antes y después del Movimiento Nacional. Que ignora si ha tenido intervención en hecho contrario al Movimiento.
>
> Marzo de 1937

Oroncio F. murió en la guerra. En el año 1937, en el frente de Teruel, en la parte nacional. Su mujer y su yerno Fidencio nunca recuperaron su cuerpo, y hay quien dice que siempre dudaron de que los restos a los que pusieron su nombre y llevaron al Valle de los Caídos fuesen realmente los suyos.

Antes de irse hizo la declaración sobre las ideas de mi abuelo, que calificó de «izquierdistas». El nieto con el que comparto generación no sabía nada de esto. Como muchos, tuvo a este abuelo en el bando nacional y al otro, en el republicano.

A Oroncio no le conoció, y solo sabe de él por algunas cartas que mandó a su abuela desde el frente. En estas misivas le contaba la dureza de la contienda, el hambre y la esperanza de volver más pronto que tarde.

Con el otro abuelo le ocurrió que cuando quiso hablar con él sobre esa etapa de su vida, ya era muy mayor y falleció.

Le pregunto si le trasladó a sus padres ese interés por saber, si hablaron alguna vez en casa de la guerra y lo que vino después.

—Capítulos sueltos —me dice—, como el de la aparición del esqueleto del que se sospechó que podía ser del tío Críspulo, que quizá lo mataron para robarle el dinero. O de los que eran muy de misa y los que menos. También surgió alguna vez la conversación de los que eran considerados más ricos en el pueblo, con una idea un tanto peculiar de la riqueza porque, al final, todas las mujeres «ricas» tuvieron que irse a servir a las ciudades, y en el caso de los hombres trabajaban en el campo, al igual que los pobres. Ser más rico era tan solo tener una mula más, un terreno de labranza más grande o poder comer dos trozos de carne en vez de uno, o ninguno.

Me reconoce que él tampoco se ha interesado mucho por el pasado.

—Si nuestros mayores no lo hablaron y decidieron seguir hacia delante, no tiene mucho sentido que nosotros lo hagamos —asevera.

Como a todos, le agradezco que me haya escuchado tras explicarle el porqué de este libro, que surge de una deuda personal, y que me haya contado lo que sabe.

Me doy cuenta de que, además del nieto de Oroncio, casi todos los entrevistados me hablan del esqueleto que apareció en el pueblo a finales de los ochenta, y del que se sospechó que podría ser Críspulo. Todo resultó ser un misterio que no duró nada porque, desde el principio, su familia quiso resolverlo con la rapidez con la que un azucarillo se disuelve en el café. Pero, quizá por esto, el cadáver sin nombre se ha convertido en una leyenda que ya tiene más de cuatro décadas. Una incógnita sin resolver, y muchas preguntas en el aire. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿quién?

En el pueblo todos lo cuentan, aunque cada cual a su manera. Algunos no se acuerdan de quién lo encontró y otros hasta enseñan el lugar exacto donde, a principios de los ochenta, apareció aquel conjunto de huesos humanos. Era un muerto sin pretensiones, sin ninguna intención de ser una amenaza para nadie, aunque se acabó convirtiendo en un fantasma molesto para la amnesia colectiva.

Inquietaba la blancura de sus fémures y su cráneo masculino, y asustaba por ser el único, que se recordase, que se había presentado por sorpresa desde el más allá, y a casi un kilómetro del cementerio.

—Pero, hombre, ¿tú qué haces aquí? —dijo Marcelino, que fue quien lo encontró.

Primero susto, claro, porque esa mañana él solo quería hacer un canalillo de riego. Por eso cavó allí, cerca de su huerto de lechugas, pero su azada se topó con algo que no era una piedra. Y después del sobresalto, se puso en acción. Avisó a la alcaldía. La noticia corrió por las cuatro casas habitadas del pueblo y las de los alrededores. Y así empezaron las dudas ante la falta de certezas.

Se tiró del recuerdo y todos llegaron al mismo pensamiento, aunque pocos se atrevieron a verbalizarlo. En el pueblo solo había un desaparecido: el tío Críspulo, que en el 37 se fue hacia Teruel. Unos cuentan que quiso buscar a su cuñado Oroncio, que luchaba en el Frente Nacional, y otros que se marchó para cobrar las gallinas y los kilos de trigo que su suegro había vendido a los militares. El caso es que a Críspulo se le vio tomar la última curva del pueblo aquella mañana de junio y nunca más volvió. Se convirtió en otro ausente de la guerra. Con sus veintitantas primaveras, no regresó en el Año de la Victoria, ni al siguiente, ni al siguiente.

Críspulo dejó a su mujer con un niño pequeño, Felipe, al que le alimentaron la esperanza de la vuelta de un padre al que solo ponía cara por el retrato que su abuela tenía encima del hogar. En él se veía a un mocetón aparente y de sonrisa generosa. En una mano llevaba una bota de vino, y con la otra sujetaba la cuerda de un pollino. Pero, al final, Felipe nunca pudo compartir con su padre Críspulo un almuerzo en los trigos o acompañarle con un trago de vino en el baile de la cosecha.

¿Qué le había pasado? ¿Llegó a verse con Oroncio en el frente de Teruel? ¿Había cobrado las gallinas y el trigo? ¿Volvía al pueblo y le asaltaron para robarle el dinero? ¿Le mataron porque se resistió?

Todas estas preguntas que sus familiares se hicieron en aquellos años de miseria y rabia se replantearon de nuevo muchas hojas de calendario después, con el hallazgo del cadáver en el prado de la fuente. Habían pasado unos cuarenta y cinco años, pero los hijos de Felipe no quisieron que su padre reviviera aquella pena y el dolor que de vez en cuando le pellizcaba el estómago, y decidieron cubrir de silencio aquel esqueleto condenado a no tener nombre, ni historia, ni pasado, aunque sí una sepultura cristiana en el cementerio.

Nadie se atrevió a indagar más, aunque permanece la duda de si aquellos huesos eran de Críspulo. La posibilidad recorre el pueblo, es como un espíritu que regresa al lugar cada vez que lo nombran.

Esta vez he sido yo quien lo ha invocado con mis preguntas. Y ahora miro su tumba sin nombre, ausente de los honores de un soldado desconocido. Sobre ella, ni siquiera la inscripción que leí en muchas cruces del cementerio británico de Bayeux en Normandía: «Conocido solo por Dios».

Canto a aquel 1 de junio de 1941 que me dio la libertad.

Canto a mi madre
que me vio otra vez nacer,
cantó a mi tierra
que me vio crecer.

Canto al aire y al sol
que me dieron oxígeno y calor
para recobrar lo perdido
en aquellos profundos años de presidio.

Tengo el corazón herido
sin poderlo resolver,
con tristeza recuerdo a mi padre
que no me vio volver.

La vida en libertad es bella.
LA VIDA EN PRISIÓN Y SIN CULPA ES MUY TRISTE.

Estuve entre las rejas de las cárceles del franquismo cuatro años, dos meses y veinte días de hambre, frío, maltratos y miedo. Mudo y sordo.

Cuando salimos de Santoña, en pocos minutos llegamos al apeadero del pueblo de Cicero. Allí llegó el tren que venía de Santander para ir a Bilbao. Subimos al tren y desde las ventanillas

veíamos poco porque había niebla, pero se divisaba aquella montaña con su famoso penal de El Dueso y el pueblo de Santoña al fondo. Qué rápidamente lo perdimos de vista.

Llegamos a Bilbao y como no había combinación tuvimos que hacer noche. Uno de los de Huesca tenía un familiar en esa ciudad y allí nos dejaron quedarnos.

Llamé a Zaragoza a mi hermana Victoriana. Le dije que estaba en libertad, que pasaba la noche en Bilbao, que salía por la mañana y que llegaría a las cinco de la tarde a la estación Zaragoza norte.

Cuando llegó el tren, ella ya me estaba esperando. Muy contentos, emocionados de la alegría, nos abrazamos.

Victoriana estaba sirviendo en la calle Ruiz Tapiador, 17. Sus señores le dijeron que me llevara a su casa para estar unos días juntos. Se portaron muy bien conmigo.

Mi hermana me tenía preparada la ropa. Me lavé, me mudé de todo y me fui a arreglarme el pelo. Me hice tres fotografías. Pesaba cuarenta y siete kilos. Había perdido quince desde que salí de casa en 1937.

En casa de los señores de mi hermana estuve tres días, y regresé al pueblo en su compañía.

La nieta de Jaime R.

> Jaime R., de cuarenta y cinco años de edad, casado, labrador, natural y vecino de este pueblo, declara:
>
> —Que la conducta político social pública y privada del vecino, privadamente la ignora; públicamente, por demostración del mismo cuantas veces ha habido ocasión de demostrarlo, es de ideales comunistas antes y después del Glorioso Movimiento. Que no le consta ni sabe si ha tenido intervención en algún hecho contrario al Movimiento. Que nada más sabe ni puede decir.
>
> Marzo de 1937

En casa de la nieta de Jaime nunca se escuchó que se hubiese delatado a Gabriel, y me dice que no tenía ni idea de que mi abuelo hubiese estado preso en la Guerra Civil y años posteriores.

—Yo tenía seis años cuando falleció mi abuelo, pero no recuerdo que en casa se contase algo de esto, aunque mis padres tampoco hablaban mucho de la guerra y la posguerra. Quizá generalidades, como que había maquis por el entorno, que se pasaba hambre y penurias y que era una vida muy difícil.

Como si pensara en alto, añade que quizá en las casas donde la guerra se sufrió más de cerca, como en la mía o en la del tío Blasco —otro hermano de mi abuelo—, hablásemos más de ello, pero no tanto en el resto.

Según escribió mi abuelo en sus memorias, pues se lo contaron muchos años después de salir de la cárcel, Jaime animó a los otros

tres del pueblo a testificar sobre sus ideales políticos, y acordaron, en una especie de bodega que tenía en su casa, decir todos lo mismo para que fuese más creíble.

Esto no se lo he explicado a su nieta porque no he tenido ocasión, pero imagino que si no conoce el estribillo, no va a saber el resto de la letra de la canción.

—No puedo ayudarte más —me dice—. Si sé algo de la guerra es por mi tío Serafín, que estuvo en el frente de Teruel y los últimos años relataba el horror y el sinsentido de todo, pero nunca contó nada de nadie del pueblo.

Como a todos los que entrevisto, se muestra maja. Me dice que si se enteraba de algo más me contaría, pero al igual que otros, no me llamó ni me escribió. Me hubiese gustado, pero no sucedió. No les culpo. Soy yo la que hace este viaje en el que compruebo que el final llega enseguida en algunos caminos que se convierten en una especie de callejón sin salida. Tampoco me engaño. Sabía que me podía encontrar con estas conversaciones cortas, con esta falta de recuerdos por diferentes motivos.

El día que consulté el expediente del juicio de mi abuelo, me informaron de que en el archivo figuraba otra persona con los mismos apellidos. Se trataba de mi tío abuelo Blasco. En el pueblo se sabe más de su historia porque, a diferencia de mi abuelo, hacía gala de no haber perdonado y de ser comunista.

Blasco se escapó en 1937, un mes antes que Gabriel. Afiliado a la UGT, llegó primero a Valencia y después a Guadalajara, donde estuvo trabajando un mes. Pero un buen día, para sorpresa de todos, volvió al pueblo y se entregó. Imagino que fue cuando la ciudad pasó a ser de los sublevados y pensó que, para estar igualmente bajo los franquistas, allí por lo menos estaba en su casa. Lo ingresaron en la prisión provincial de Zaragoza durante sesenta días, pero no lo llegaron a condenar. Blasco alegó que se había marchado a la zona roja engañado, que otro del pueblo le había convencido de que había trabajo y se ganaba mejor salario, aunque después, explicó, se había dado cuenta de que no era verdad. En su favor pesó que tenía dos niños pequeños y un hermano ya detenido, y que Blasco siempre fue especial, con una cabeza difícil, propensa a la tristeza.

Mi abuelo no escribe de él en el diario, y siempre tuve la impresión de que apenas hablaba sobre Blasco porque, en el fondo, le dolía. Le dolía que su hermano, siete años mayor, no le hubiese perdonado por una riña que tuvieron de pequeños y que ese rencor lo hubiera

llevado hasta el límite de no ir al entierro de su misma madre, mi bisabuela Dolores, solo porque esta había vivido con mi abuelo. Pero también le apenaba su enfermedad, de la que decía que de haber contado con ayuda médica, quizá habría conseguido vivir con un poco más de paz y felicidad, y por eso a mi abuelo le entristecía que se rieran de él y le negasen su historia.

Me he encontrado en la fuente con Irene, su nieta. Le he contado que estoy escribiendo un libro y, sin haberlo planificado, hemos empezado a hablar de cómo le afectaron los tiempos de la represión a su abuelo.

—Mi abuelo estaba resentido con todo el pueblo por lo mal que se lo hicieron pasar en la posguerra, y en especial con su otro hermano, Aquitanio, del que decía que era el responsable de que Gabriel las hubiese «pasado putas» —me reconoce.

Irene desconocía que mi abuelo estuvo más de cuatro años en prisión. Su abuelo siempre le había contado que el tío Gabriel había pasado un año en la de Zaragoza.

Lo que sí me relata es que Blasco le decía que ni él ni Gabriel se podían negar a nada de lo que les mandaban en aquellos años cuarenta y cincuenta. Que siempre los elegían para los trabajos más costosos.

—Eran los apartados, los marginados, los arrinconados, con los que nunca contaban para las decisiones. Incluso el cura le pegó a mi abuelo una bofetada cuando le encontró cerca de la ermita un domingo y guardando, obligado, las ovejas de otro.

Blasco fue el blanco de todas las burlas. Era el raro del pueblo y, además, rojo. Irene me dice que llegó a ver el carnet del Partido Comunista de su abuelo y que este lo rompió la noche del 23F por

temor a lo que pudiera pasar, angustiado ante unas posibles represalias. Él ya nunca perdió el miedo a una nueva guerra.

Vivió con su hija y su yerno, el hijo de Críspulo que suponía que a su padre le habían matado los de izquierdas. Por un lado y por el otro había una herida, y, como dice Irene, era mejor no hablar.

Quiero recordar una escena de cuando yo tenía ocho o nueve años. Bajé a su casa con mi abuela. Es verdad que el tío Blasco me imponía mucho respeto por todo lo que se decía de él y porque siempre estaba como enfadado.

Entramos en la cocina y él se hallaba sentado en un sillón, vestido con un traje de pana negra, camisa blanca y con su boina. No me acuerdo si fue en el transcurso de una conversación o lo dijo de repente, de forma espontánea, pero mencionó que él también había estado en la cárcel como mi abuelo. Enseguida su hija, la madre de Irene, le soltó que no dijese tonterías y que no se inventase «esas cosas tan disparatadas».

Irene tiene otra imagen de ella misma de muy pequeña escuchando La Pirenaica. Su abuela lloraba y le pedía a Blasco que la apagase porque alguien los podía descubrir y llevárselo de nuevo. De hecho, años después, cuando ya se sabía quiénes eran Carrillo y la Pasionaria, le contaron que una noche alguien del pueblo se había colocado debajo de la ventana de su casa para espiar por si escuchaban esta emisora en la que hablaban los líderes de la resistencia en el exilio.

Le digo a Irene que he escrito también un relato sobre los restos que se encontraron en el pueblo. Que muchos dicen que ellos no quisieron comprobar entonces si eran los de su abuelo paterno, Críspulo.

—Fue mi madre la que pidió que dejaran la historia después de que yo hablase con un vecino de Santa Eulalia —me explica—. Me contó que a Oroncio y a Críspulo los mataron delante de él cuando bombardearon la iglesia de su pueblo, y que debían de estar en una fosa que no se ha abierto todavía.

Me despido de Irene en el cruce de la carretera que parte el pueblo en dos, por un lado se va hacia al norte y por el otro hacia el sur. Reconozco que con cada historia que me van contando se me abre un abismo de sensaciones. Es como un milhojas con base de tristeza.

Al pasar por el pueblo vecino entré en el cuartel de la Guardia Civil porque me habían dicho que me tenía que presentar.

Me dijeron que debía entregar tres fotografías tamaño carnet: una para ellos, otra para el cuartel de Molina y otra para Guadalajara. Como no tenía otras, les dejé las que me había hecho a los tres días de salir de la cárcel. Ahora me hubiese gustado tenerlas y adjuntar una a este libro para que se viese lo delgadico que estaba.

En el cuartel estaba de guardia Bruno, que era de otro pueblo de al lado y que nos conocíamos, y al verme me dice:

—Tú por aquí.

—Sí, voy al pueblo —le contesto.

—Pues por mí no estarías en libertad.

—Creo que usted conoce mi buena conducta como vecinos de pueblo.

—Sí, pero a la hora de la verdad te querías ir con los amigos del pillaje y del crimen.

El comandante del puesto de la Guardia Civil me dijo que él podría hacerme ir cada quince días, pero que sabía que mi conducta era buena, que no me iba a meter en nada, y que no quería perjudicarme.

—Y si alguien se mete contigo, vienes y me lo dices a mí —concluyó.

Llegué al pueblo y me presenté en casa de Salmerón Gómez, al que le habían nombrado juez después de que fuese alcalde. Cuando entré a la cocina estaba allí sentado uno que era familiar cercano de los que habían dado informes sobre mí y mis ideas, dijeron, de izquierdas.

Al verme, bajó la cabeza y durante el tiempo que estuve ni me miró ni me dijo nada.

Le presenté a Salmerón Gómez las certificaciones de libertad que decían que me personase en la casa del juez todos los primeros y quince de cada mes.

Los leyó detenidamente.

—Ya veo tu buena conducta en la prisión. A mí me es igual que te presentes o que no; pero si un día preguntan y has venido, diré que sí, y si no has venido, tendré que decir que no —me dijo.

Me presenté cada quince días en su casa, hasta el mes de octubre de 1943 que me dieron la LIBERTAD DEFINITIVA.

Durante los dos años y cuatro meses que estuve en libertad atenuada, todos los primeros días de cada mes, tenía que escribir una carta a la dirección penal de El Dueso. El contenido era el siguiente:

> *Ilmo. Sr. Director de la colonia penitenciaria de El Dueso, Santoña.*
>
> *Con fecha del día primero del año X, hago la entrega en este Ayuntamiento de…, provincia de Guadalajara, de la carta de presentación para que la remita a su digna dirección.*
>
> *Haciéndole constar que trabajo tierras de mi ya anciana madre, sin que obre en mi poder ahorro alguno de ninguna especie.*
>
> *Dios guarde a su Ilmo. Sr. muchos años.*
>
> *GABRIEL HERRANZ FUERTES*

Vuelvo a mirar los documentos de los archivos militares. El entonces alcalde del pueblo pregunta si mi abuelo debe seguir presentándose en su casa para fichar.

> Al director de la colonia penitenciaria de El Dueso, Santoña.
>
> Como alcalde tengo el honor de remitir a Vd. escrito presentado en esta alcaldía por el vecino de esta localidad, D. Gabriel Herranz Fuertes, para su remisión a ese centro, el cual se encuentra disfrutando los beneficios de libertad condicional, y correspondiente al mes de marzo último.
>
> Ruégole comunique a esta alcaldía si el penado Gabriel Herranz Fuertes ha de seguir la presentación en esta casa ya que, según la certificación de liberación condicional que obra en poder del mismo, en esta fecha queda extinguida la condena.
>
> Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista
>
> 3 de abril de 1943

Cuando en 1943 le dieron la libertad completa, mi abuelo se liberó de presentarse ante el juez Salmerón Gómez, pero aun así siguieron años de silencio, de ver, oír y callar, de no llamar la atención y mucho menos dar pie a cualquier problema. Años de miedo, años de desconfianza, años infames. Se notaba más en los pueblos, donde todos saben de todos y se conocen desde siempre y por generaciones pasadas. El de Gabriel y Victorina tenía unos doscientos cincuenta habitantes y, entre ellos, no faltaba aquel que apuntaba a los que no iban a misa o a quien osaba hacer un mínimo

comentario sobre la República. Esos nombres pasaban a ser sospechosos de inmediato.

Rosa Luis Fernández pasó la frontera una fría mañana de noviembre de 1939. Con la mano derecha agarraba al pequeño de sus seis hijos, un crío de siete años que preguntaba si por fin habían llegado a su nueva casa nada más pisar suelo francés. Con su brazo izquierdo sostenía el peso de su madre septuagenaria, rota y sin esperanza en un horizonte nada afable, ante unos gendarmes a los que no entendían pero que las empujaban para que continuasen hacia delante. No era fácil moverse, avanzar entre esa masa humana sin perder de vista a sus otros cinco hijos, a los que había pedido que no se separasen de la mayor de quince años.

Atrás, en ese punto señalizado con un cartel en el que se leía LE PERTHUS, habían dejado al padre. La última imagen que tiene Rosa de su marido es la de él acercando los pies descalzos del pequeño a una hoguera tímida hecha con cuatro maderas que recogió en el camino. Después los separaron; los hombres se quedaban aparte como combatientes del ejército republicano, a los que tenían que requisar las armas antes de llevarlos, dijeron, a un campo.

Unos meses después de cruzar la frontera, Rosa Luis Fernández está en un refugio en Montguyon, en el departamento de Charente-Maritime, en la costa atlántica. El 19 de abril de 1940 escribe a un organismo que presta ayuda a los niños refugiados españoles. Les cuenta que está desesperada, y que se dirige a ellos con nobles fines en busca de alivio para sus hijos y su anciana madre.

Su esposo, les dice, se encuentra recluido, está muy enfermo a causa de las innumerables penalidades que ha sufrido como combatiente desde el principio de la guerra en España. No pueden esperar su ayuda y sus hijos andan con los pies en el suelo y casi desnudos. A esto se añade la congoja de no saber qué va a pasar con ellos si finalmente, como ha oído, los refugios van a disolverse. No tienen a dónde ir, no tienen en qué trabajar. Les pide, por eso, si pueden recogerlos bajo tutela, y les asegura que ella y dos de sus hijas, las de quince y trece años, están en condiciones de trabajar. Podrían lavar, planchar o coser en el mismo sitio en el que las acogiesen, hacer el trabajo que ellos viesen, también cuidar niños.

Rosa insiste en lo triste que es verse desamparada con tanta familia y un porvenir tan incierto, y les pide otro favor, otra molestia, pero es que la necesidad obliga porque no tienen de dónde sacar un franco. Ropa y calzado, sobre todo lo último, y añade los sexos y las tallas de zapatos de sus seis hijos. Del 38 para la más mayor al 31 para el pequeño. Ella y su madre, también el 38.

Se despide a la espera de la contestación con el corazón de madre y dando gracias anticipadas.

El exilio es otra de las caras de la represión. La carta que he leído en el Archivo Nacional de París se ha cruzado para un reportaje para TVE y he querido contarlo también aquí. Parecidas a la carta de Rosa hay más de dos mil. Cartas que encogen el estómago y emocionan por su dureza, pero también por su humildad. Cartas que hablan de la necesidad de lo más básico, porque estar sin ropa, sin zapatos y sin una pastilla de jabón es indigno. En algunas de ellas aparecieron también unas plantillas, unos simples trozos de papel recortados sobre el dibujo del contorno de unos pies pequeños.

Las misivas enviadas a esta Comisión de Ayuda dormían en cajas de cartón con el epígrafe «Archivo de Moscú», hasta que en 2018 las descubrieron dos profesoras españolas que imparten clases en la Universidad de París 8. Mercedes Yusta, historiadora, y Marta López-Izquierdo, lingüista, llevaron al Archivo a sus alumnos de tercer grado. Se trataba de una práctica para aprender a consultar bases documentales y pidieron fondos sobre la migración española. No podía ser de otra manera, porque los jóvenes estudiaban español, pero es que además tanto la Universidad de París 8 como el Archivo Nacional de París están en Saint-Denis, en una *banlieue*, como se llama en Francia a los barrios periféricos, y este acogió el mayor grueso de la migración española económica. Así fue, sin esperarlo, como aparecieron estas cartas. La conservadora del Archivo les entregó varias carpetas con algunas de ellas.

Cuando entrevisté a Mercedes y a Marta fue imposible no contagiarse de su entusiasmo mientras me contaban el hallazgo de este tesoro, o cómo se podía consultar la página web que han creado: carexil.huma-num.fr, donde van digitalizando las cartas transcritas junto a las originales e indican desde qué campo de concentración, refugio o casa de acogida fueron escritas.

Pero, sobre todo, al igual que a ellas, cada carta me trasladó al horror de un exilio que no me habían explicado antes. El exilio como una auténtica crisis humanitaria. El exilio como una catástrofe de dimensiones inhumanas.

En el frío otoño de 1939, en dos semanas pasaron la frontera francesa medio millón de españoles. Algunos malheridos y enfermos, niños que se perdieron en el trasiego del paso, ancianos que no pudieron soportar el camino y murieron. El exilio de personas

anónimas que veían su vida en peligro conforme los sublevados iban ocupando sus pueblos y ciudades. El exilio de los arrollados por la historia, ya fuesen fusilados, depurados, encarcelados u obligados a trabajar forzosamente en la primera posguerra.

Cada carta me inquieta, me apena, me despierta la curiosidad de saber más sobre esas mujeres. Qué vida llevaron, si volvieron a España o se quedaron en Francia, cómo les afectó la Segunda Guerra Mundial, que empezó cuando terminó la guerra civil española. Algunas que habían conseguido cierta estabilidad, y que estaban en casas con mejores condiciones que en los campos de concentración, se vieron de nuevo en la calle porque había que acoger a compatriotas franceses víctimas de la ocupación nazi.

En cuanto a los hombres, tampoco corrieron mejor suerte. Desde los barracones de los campos de concentración, de los que no habían salido desde que llegaron, como en Argelès-sur-Mer, desde las cuevas de las montañas o desde su escondite en los bosques, salieron como parte de la Resistencia con el ejército francés a combatir el avance de las tropas alemanas de Hitler. Y allí volvieron después de haber luchado valerosamente y haber liberado pueblos, cuando el general Charles de Gaulle les pidió en 1944 que se volviesen a su país. Grandes olvidados en los libros de historia hasta que Evelyn Mesquida habla de ellos en *Y ahora, volved a vuestras casas* y *La Nueve*, con la historia de los más de ciento cincuenta españoles que formaron el batallón bajo mando francés y que fue el primero que entró en París para liberarla el 19 de agosto de 1944.

Como dice Mercedes Yusta, no se puede decir que Franco nos salvase de la Segunda Guerra Mundial porque esta nos impactó de lleno, y no solo porque mandase a la División Azul para ayudar a los

alemanes contra los rusos. Esto fue tan solo la manera en que Franco quiso saldar la deuda con Hitler por su participación en los bombardeos con la Legión Cóndor durante la Guerra Civil.

Por cierto, ya sabemos que en toda guerra hay una lucha por controlar el relato, y en la nuestra se hizo patente en varias ocasiones. Una de ellas fue cuando los sublevados quisieron hacer creer que el bombardeo de Guernica fue obra del frente enemigo. La periodista británica Fifi Roberts lo cubrió para el diario londinense *News Chronicle*. Como recoge Bernardo Díaz Nosty en su libro *Lo contaron al mundo. Periodistas extranjeras en la Guerra Civil,* Roberts no solo narró para su periódico el horror de la destrucción, sino que sobre el terreno descubrió dos bombas alemanas que no habían explotado. Su trabajo arrojó luz sobre la procedencia del ataque, ante la incertidumbre de la autoría que había en el extranjero.

Otra periodista, la estadounidense Virginia Cowles, recogió las palabras del capitán Aguilera Munro, oficial de Prensa y Propaganda del régimen y enlace con los periodistas extranjeros. En uno de los paneles explicativos de la exposición que organizó la Unesco en París en julio de 2025, basada en el libro de Díaz Nosty, se reproducía lo que escribió la periodista estadounidense:

> El capitán Aguilera que habla un inglés fluido, vestido con botas y espuelas, tenía un Mercedes amarillo y sobre el asiento trasero de color negro llevaba dos rifles de repetición. Son majos estos alemanes, aunque un poco serios, nunca se les ve con mujeres, pero supongo que no han venido para esto. Si matan suficientes rojos, podemos perdonarles cualquier cosa.

Curiosamente, la guerra civil española fue el conflicto bélico al que se desplazaron más reporteras y fotoperiodistas hasta ese momento. Unas doscientas mujeres, sobre todo estadounidenses, británicas y francesas, armadas con sus máquinas de escribir y sus cámaras fotográficas, llegaron a España para informar de una guerra que, como muchas contaron, se les quedó en el corazón. Algunas formaban parte de las Brigadas Internacionales, y la mayoría estuvo en los frentes republicanos, aunque hubo también quien publicó sobre asesinatos a sacerdotes y saqueos de conventos e iglesias por parte de milicianos. La sueca Anna Lenah Elgström entrevistó a Carmen Polo, a la que describe como una encantadora joven de treinta y cinco años, dulce y elegante, que tiene la mentalidad de una niña, no sabe idiomas y responde con firmeza, a través de su traductor, que su marido cree que el lugar de la mujer está en el hogar.

Solo en los tres años de la contienda murieron más de cuatrocientas mil personas de una parte y de la otra. El trabajo de estas periodistas pioneras, silenciado en España por la dictadura franquista, fue clave para arrojar luz sobre la colaboración de Hitler y Mussolini con Franco, y sobre cómo Alemania experimentó con la capacidad destructiva de la Luftwaffe, con sus aviones de combate, para después emplearla en la Segunda Guerra Mundial.

Llevamos once años sin Franco. Con su muerte el 20 de noviembre de 1975 en el hospital universitario de La Paz en Madrid empezaba en España una nueva etapa.

Francisco Franco Bahamonde, que nació en El Ferrol, murió rodeado de los más sofisticados aparatos, que prolongaron durante un mes una auténtica agonía, y en soledad absoluta, solo custodiado por los hombres de su guardia.

Moría el «jefe del Estado» español que había despreciado al ejército, a la Falange y a su propia familia, y que nunca quiso compartir el poder.

Hace once años, entre miedos, temores y preocupaciones, empezábamos a vivir una nueva esperanza.

En Sevilla, un perfecto desconocido, fichado por la policía y llamado por sus compañeros de partido «Isidoro», escuchó, como uno más de los cientos de miles de españoles que nos habíamos levantado con la noticia en Radio Nacional, que el jefe del Estado había muerto.

Ese desconocido, siete años después de la muerte de Franco, se convirtió en el primer presidente de un gobierno socialista. Algo impensable en aquella fría madrugada de noviembre cuando España se paralizó para enterrar toda una era y un capítulo negro de la Historia de este país.

Volverán los nuevos tiempos,
los que se quedaron atrás,
las palabras sin censura
de lo que tuvimos que callar.

Volverán los que se fueron,
que tuvieron que marchar,
cruzando de nuevo
sobre el río Libertad.

Volverán las aguas puras
con toda normalidad,
con sabor a vino y rosas
esos tiempos volverán.

Siempre les dije a mis hijos:
«Esto tiene que cambiar,
es posible que yo no lo vea
pero vosotros lo veréis».

Con un poco de suerte
el cambio vi llegar
y secarse aquellos lodos
de aquellas aguas de atrás.

Fuimos a cinco mítines
con toda normalidad,
y con el puño en alto
cantamos la Internacional.

El nieto de Ladislao B.

> Ladislao B., agricultor y natural del pueblo, declara sobre Gabriel Herranz Fuertes:
>
> —Que como vecino de este pueblo observó buena conducta, pero políticamente venía haciendo alarde y manifestando públicamente antes y después del Movimiento sus exaltadas ideas comunistas hasta la fecha en la que se fugó. Que una vez iniciado el Movimiento no puede manifestar si habrá tenido interacción alguna en labores realizadas contra el Ejército.
>
> Firmada en abril de 1937

No había hablado nunca con Matías, el nieto de Ladislao. Es de otra generación y por lo tanto de otra cuadrilla. Cuando yo era pequeña, él era de los jóvenes y no había mucha relación porque la diferencia de edad suponía entonces una barrera. Tampoco he coincidido con él las últimas veces que he ido al pueblo, ahora que esa barrera está más diluida. De hecho, tuve que pedir su teléfono y le escribí un correo al que me contestó enseguida y con una amabilidad exquisita.

Su abuelo Ladislao fue uno de los cuatro «respetables», de derechas y de más edad del pueblo y a los que mi abuelo pidió informes sobre sus ideas políticas para el juez. Como los otros tres, declaró que era de izquierdas, en concreto de «exaltadas ideas comunistas».

Matías se mostró sorprendido, no sabía nada de esta historia.

Al final hemos hablado largo y tendido. Me cuenta que apenas conoció a su abuelo materno, y que tenía su imagen asociada a un retrato gigante que presidía su casa. Ladislao posaba con traje militar y un enorme bigote. Aquel hombre que los miraba a través del cristal enmarcado le transmitió siempre poder y mando.

A sus tres hijas, una de ellas la madre de Matías, les exigía respeto y dedicación a la casa. Era autoritario y se creía uno de los mandamases del lugar.

Tras la muerte del abuelo, cuando él era muy pequeño, con sus padres todo lo referente a la Guerra Civil era tabú.

—Tenían un bar en los años cincuenta y debían servir a todos por igual —me explica—. Sabían que detrás de la barra y en la tienda les tocaba ver, oír y callar. También desmontar su dormitorio y mudarse a otra habitación de la casa cuando llegaba un médico nuevo o un maestro, o el cura decidía pernoctar en el pueblo.

Matías sí recuerda cómo el grupo de los que mandaban hacían gala de ello. Los convencidos de derechas, algunos eran parientes suyos, se consideraban los ricos solo porque tenían algunas cabezas de ganado más. Aquellos que exigían una mesa en la cantina y levantaban a quienes estuviesen, solo porque eran ellos. Aquellos que delataban para que se multase al vecino porque estaba trabajando en un día festivo. Aquellos que vivían en una zona determinada del pueblo y se les reservaba más y mejor carne en el reparto del racionamiento. Aquellos que se arrimaban a la Iglesia porque era símbolo de poder.

—Tengo la imagen de un sacerdote montado a caballo del que colgaban una gallina pelada y dos liebres. A las autoridades se les

daba siempre comida, unos huevos o algo de caza, para tenerlos contentos —dice.

A veces, esa diferencia sutil de considerar a uno más rico que al otro la marcaba el hecho de tener hijos varones que podían trabajar en el campo.

—Mi abuelo, con ese carácter mandón, al final no podía valerse por sí solo en las tierras porque únicamente tenía hijas, que entonces hacían las labores propias de su sexo: cocinar, limpiar la casa, coser…

Me cuenta que su padre hacía con mi abuelo la «yunta». Era el sistema por el que dos vecinos compartían el único animal que tenía cada uno para arar o labrar; y que de los dos bailes que había en la República, ellos hacían el de los de izquierdas y menos pudientes. Mi abuelo llevaba la guitarra y su padre, la bandurria. Sabía que ellos tocaban estos instrumentos. Me lo contó muchas veces mi abuela Victorina, que era amiga de la madre de Matías.

Al escuchar a mi abuela hablar de aquello me daba la sensación de que rejuvenecía y volvía a unos tiempos felices, en los que ni se imaginaba que pudiera haber una guerra ni todo lo que trajo.

Matías también cree que la posguerra fue más dura en estos pueblos porque, además de ser pocos, la mayoría de los vecinos estaban emparentados entre sí.

En cuanto al silencio y el desconocimiento que dicen tener todos sobre la historia de mi abuelo y sus «verdugos sociales», me comenta que él ha oído mucho en el pueblo una expresión que repetían algunos de la generación de sus padres. Los que eran más de derechas, tras la muerte de Franco, decían que «esas cosas de la

guerra y la posguerra era mejor olvidarlas porque ya se encargaría Dios de arreglar todo».

El padre Benito la lio aquel domingo de confesiones generales de 1942. Sonaron las campanas sobre las diez de la mañana. En el pueblo todos identificaron el tañido. Tocaba rendir cuentas y confesar los pecados. Era obligatorio. En la puerta de la pequeña iglesia, el monaguillo, un chaval con poca alegría en el rostro que había venido del pueblo de al lado, apuntaba los nombres de los que iban entrando.

En cosa de dos horas, el padre Benito ya había escuchado las manchas del alma de cada uno y dictado rezos de penitencia, y tenía prisa por acabar de oficiar la homilía para disfrutar del almuerzo con un buen trago de vino en casa de los de siempre. Tan contento estaba con la asistencia a las confesiones que profirió desde el púlpito que, en la fe del perdón de los pecados, solo habían faltado dos o tres cabras sarnosas.

A Agustina se le dibujó el disgusto en la cara, pero lo disimuló como pudo a la vez que miraba a los bancos contiguos para confirmar que su padre no estaba presente.

Esperó nerviosa a que terminase la misa, besó la mano del cura, hizo corrillo con algunas vecinas y cuando vio que su tía Matilde bajaba para su casa, fue tras ella.

La tía Matilde, la más beata del pueblo, aguantó tranquila el enfado de Agustina, la hija de Pilón, una de las «cabras sarnosas» que iba pregonando que él ni muerto entraba en la iglesia. La tía

Matilde le contestó que ella no era responsable de lo que predicaba el cura y, aunque la expresión que había utilizado podía estar mal, Agustina tenía que estar de acuerdo en que era una forma de decir que los que vivían sin pedir la misericordia de Dios estaban más cerca del diablo.

Así se quedó la cosa. A Agustina no se le iba el disgusto, y ni ganas le quedaban de saludar a su tía cuando la veía en el horno o en la faena del campo. Las dos familias, emparentadas entre sí, estuvieron distanciadas varios meses.

El padre Benito, por su parte, hizo su informe para la diócesis. Estaba satisfecho porque hasta en los pueblos más pequeños de Guadalajara conseguía llenar la iglesia. De acuerdo al modelo del nacionalcatolicismo, al que también profesaba una gran fe, seguía esa máxima de que después de vencer había que convencer. Él, como un soldado de Cristo que era, estaba convenciendo, aunque para ello dividía, marcaba, clasificaba y apuntaba a los que eran parte de ese desecho social condenado al infierno en vida.

El sacerdote, que venía de Burgos y rondaba la cincuentena, siempre recordaba la primera vez que llegó a este pueblo y le hablaron de la leyenda del cura muerto en el camino. Le enseñaron el lugar en la pista, un recodo en medio del campo en el límite de dos términos municipales. Por allí, en 1897, pasó a caballo el cura que encontró la muerte cuando alguien, escondido entre los matojos, le disparó tres tiros. Algunos decían que un vecino del pueblo de al lado confesó antes de morir que fue él, y que lo hizo a conciencia porque aquel cura se acostaba con su mujer.

El padre Benito contaba este asesinato en otras localidades de su demarcación y a otros curas, pero solo para resaltar su dura labor en

tierras de pecados mortales, como el que iba contra el quinto mandamiento. Obviaba el de no desear a la mujer del prójimo, o el voto de castidad de todo sacerdote. Y esto era así porque no se creía que la causa de la muerte se debiera a un lío de faldas, a un desliz ante la tentación del demonio en forma de mujer.

—El pueblo es majo. La mayoría son de los nuestros, buenos feligreses, pero hay tres o cuatro con los que no hay manera —decía.

Y acababa siempre alabándose a sí mismo por lo piadoso que había sido al no multar a Ramiro con las cinco pesetas de sanción por no cumplir con la obligación de asistir al último entierro.

—Puse cara de creerme que realmente se le había escapado la mula por la carretera, como me dijo su hermano; en fin, que a veces más vale hacerse un poco el tonto. Para que luego digan que si la Iglesia no se hubiese sumado a los sublevados no habría habido guerra…

Nathalie es francesa porque su abuelo Moisés pasó la frontera cuando acabó la Guerra Civil, con una mano delante y la otra detrás. De una de ellas perdió cuatro dedos cuando un tiempo después la metió en una trituradora para quitar una piedra atravesada en la máquina de una cantera tomada por los nazis en Ossès.

Nathalie lo había conocido siempre así, con su mano incompleta. Por eso, y aunque en los últimos años de su vida Moisés se emocionaba cuando recordaba aquel desgraciado accidente, y cómo había tenido que ir a trabajar quince días después por temor a que lo deportasen a Alemania, a ella no era lo que más le impactó de todo lo que su abuelo le había contado de sus inicios en Francia.

A Nathalie la imagen que se le quedó grabada fue la de una tripa de vaca vieja hirviendo en una lata en la playa de Argelès-sur-Mer. Aquella casquería que se coció durante días y que, aun así, había que masticar durante largos minutos para convertirla en una bola que pasase por la garganta.

Me lo cuenta sentada en el salón de la casa de sus padres.

He cogido el tren esta mañana desde París y, dos horas después, nos hemos fundido en un abrazo en Burdeos. El reencuentro ha sido emocionante porque llevábamos treinta años sin vernos. Luego nos hemos puesto al día de nuestras vidas antes de sumergirnos en la memoria.

Sus padres, Pablo y Ángeles, a los que he visto este verano en el pueblo, me esperan también emocionados en la puerta de su bonita casa con un enorme jardín en esta región de vinos y castillos. Es un día de lluvia que invita a recogerse.

Lo primero que me dicen es que ellos sí que sabían la historia de mi abuelo. Moisés les contó que Gabriel estuvo en la cárcel y que lo pasó realmente mal.

Pablo cree recordar que incluso le dijo que alguien había avisado en el pueblo de que mi abuelo se había ido a la zona de los rojos, pero no recuerda si le dijo el nombre de esta persona.

—Moisés también huyó, pero le contó a todo el mundo que se iba a las filas de Franco para que nadie tomase represalias contra sus padres —me explica—. Se escapó cuando ya había estallado la guerra, pero no me acuerdo de la fecha exacta. Se fue con otro del pueblo y, cuando llegaron a un punto, Moisés se dirigió hacia la zona de Zaragoza y el otro hacia Teruel. Quizá el otro fuera tu abuelo.

Le digo que, hasta donde sabemos, él salió del pueblo solo sin despedirse de nadie, y solo continuó su camino. Aunque le insisto en si cree que los dos habían quedado en algún punto del trayecto.

Me contesta que no lo sabe y me narra su periplo. Moisés estuvo primero de cocinero en Zaragoza con los republicanos, después fue a Barcelona y al final cruzó la frontera por Le Perthus, en febrero de 1939, cuando ya habían perdido la guerra.

En su exilio pasó meses en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, y en el 41, cuando los alemanes ocuparon Francia, le trasladaron a otro campo cerca de Burdeos. Trabajó en la cantera, donde estuvo a punto de perder la mano derecha, y una vez que los aliados liberaron Francia, consiguió un empleo en unos almacenes

de Burdeos, y después en un garaje. En esta ciudad conoció a María, una valenciana que había llegado a Francia en un barco con destino a Barcelona, pero que, sin saber muy bien por qué, cambió el Mediterráneo por el océano Atlántico y acabó en Burdeos. María arrastraba también la sombra de la muerte de su novio en plena guerra, y el haber perdido al hijo que esperaba de él en ese barco, en el que luchó durante días contra una infección. Ella consiguió salvarse, pero el bebé que llevaba en sus entrañas no sobrevivió, y además se le arrebató la posibilidad de poder engendrar más hijos.

María y Moisés empezaron una vida juntos en Burdeos como migrantes. Miraban hacia su país y lo veían encerrado en una dictadura de la que no llegaban muchas noticias. Pero en 1945 hubo una que corrió como la pólvora por todos los hogares de los exiliados españoles: el generalísimo permitía volver sin represalias a todos los que se marcharon durante la guerra si no tenían delitos de sangre. Fue entonces cuando Moisés acarició la idea de ver de nuevo a sus padres y sus hermanos, a los que su corazón nunca había abandonado, y tampoco su cabeza porque, durante todos esos años que había estado fuera, les estuvo mandando parte de su salario para que fueran sobreviviendo.

La esperanza de la vuelta le daba fuerzas y otro propósito para vivir, pero aun así pasaron cinco años desde esta amnistía hasta que Moisés se decidió a desandar el camino que había hecho catorce años antes.

Pablo me cuenta que prefirió llegar al pueblo de noche y esconderse en casa de mi abuelo Gabriel, que ya se había casado con Victorina y tenían dos hijas, mi madre y mi tía.

—Moisés se encontraba seguro en casa de Gabriel y le pidió que avisase a sus padres de que estaba allí. Aquella primera vez no se dejó ver mucho por el pueblo. No se podía sacudir la sensación de miedo que le acompañaba como una sombra fiel —añade,

Después, en el año 53, fue María quien hizo el viaje. Habían acordado hacerse cargo de uno de sus sobrinos y llevárselo a Francia para que pudiese estudiar. Fue así como Moisés y María adoptaron a Pablo, que llegó a Burdeos con cuatro añitos.

Pablo se emociona recordándoles.

—Moisés y María fueron unos padres para mí, pero también los que había dejado en el pueblo porque, desde que cumplí los diez años, Moisés me enviaba cada verano para que estuviese con ellos y les ayudase en el campo. A pesar de que era un niño, viajaba solo enlazando trenes y recorría kilómetros entre dos países que entonces eran antagónicos; y cuando cruzaba la frontera —sonríe— era como pasar de un paisaje en color a otro en gris.

Le pregunto si Moisés hablaba alguna vez en el pueblo de la guerra o de política. Me contesta que nunca: ni cuando vivía Franco, ni después, en la democracia. Bueno, quizá con mi abuelo sí, pero esto lo suponemos, no tenemos la certeza. Las palabras que utiliza Pablo son «miedo» y «desconfianza». Además, su familia no era nativa de allí, llegaron por el trabajo de pastoreo, y no tenían detrás la historia generacional que en un pueblo pequeño, para bien y para mal, aporta raíces y lazos con el resto de los vecinos. Siempre fueron extranjeros, incluso antes de exiliarse a Francia.

A Pablo también le llama la atención que en el pueblo nadie hable de la guerra y la posguerra de una forma normalizada.

—Es como si nunca hubiese pasado, como si hubieran querido olvidar a conciencia.

—¿Moisés se consideraba de izquierdas en la guerra? —le cuestiono.

—Mi padre defendía que se debía respetar lo que salió en las urnas aquel febrero de 1936. No militaba en ningún partido de izquierdas; es más, dudo que supiera siquiera qué siglas había. Con quienes no comulgaba era con los golpistas, y en el pueblo, con los que se creían por encima de ellos por comer un poco más de carne que el resto.

Acerca de si hubo represión y señalamientos, Pablo cree que sí, y quizá por eso a Moisés no le gustaba volver mucho en los veranos.

—«Han venido los franceses» —apunta Nathalie desde la cocina, donde ayuda a su madre a preparar el aperitivo—. Era lo que oía de pequeña cuando llegábamos al pueblo, y no siempre lo decían con tono cariñoso.

La comida y la sobremesa son un regalo de tiempo. Ángeles se ha preocupado de preparar platos franceses: *canard* y un gratinado de patata. Hablamos de Francia, de mi vida en París, damos un paseo por su jardín y, sin darme cuenta, la tarde se desliza hacia el momento en que me acompañan a la estación. Antes, Pablo me muestra una caja antigua de latón. Al abrirla salen unos anillos de color blanco y una figura alargada con forma de puente… Me explican que los hizo Moisés en Argelès. Con su navaja tallaba los huesos de animales que se encontraba en el campo de concentración. Podría ser una de esas figuritas que se ven en las tiendas de recuerdos y que compramos cuando vamos de visita a una ciudad. Pero sobre una de las caras del puente no puso «Rdo.

de…». Con tinta roja de la sangre de algún bicho, escribió: «Nunca olvidaré».

La bisnieta de Patricio G.

> Patricio G., natural del mismo pueblo que el prisionero, labrador, casado y de cuarenta y seis años, declara:
>
> —Que la conducta por el mismo Gabriel Herranz Fuertes en cuanto vecino de la localidad fue buena durante el tiempo que permaneció en este pueblo, y que su conducta político-social antes y después del Movimiento demostraba, cuantas veces se le presentó ocasión para ello, sus exaltadas ideas extremistas. Que no sabe si ha tenido interacción alguna en hechos realizados en contra del Ejército Nacional.
>
> Abril de 1937

Otra declaración como las anteriores, firmada ante el alcalde del pueblo y requerida por el gobierno militar de Soria, adonde llevaron a mi abuelo cuando le detuvieron.

En el caso de Patricio G. me ha costado localizar a sus descendientes, y finalmente es con una de sus bisnietas con quien he podido hablar. Cuando me contesta al mail muestra gran interés por estos temas, y está de acuerdo en que hagamos una videoconferencia.

Miranda tiene algo más de treinta años y unos ojos llenos de curiosidad. Quizá porque todo le queda muy lejano, cuando le leo lo que declaró su bisabuelo materno me escucha como si fuese parte de una ficción. Lo primero que me pregunta es si voy a cambiar los nombres, y le garantizo que sí.

Como me imaginaba, de esta historia de acusaciones y víctimas no sabe nada, pero hace hincapié en que ella también se interesó por cómo pasó la guerra su familia. Antes de que falleciese, se lo preguntó a su madre y no le contó mucho. Le dijo que, como en todas partes, había habido gente más de Franco y otros menos. Que dos o tres consiguieron huir de España, que alguno murió en el frente, y que a uno lo metieron en la cárcel porque se declaró comunista. Este no fue mi abuelo, sino su hermano mayor, mi tío abuelo Blasco.

Me cuenta que quería mucho a sus abuelos maternos porque prácticamente la criaron ellos.

—La «Abu» era una mujer sumamente religiosa y decía que Franco había hecho algunas cosas buenas, que con él no había tantos robos y delincuencia, y que si se era decente y cumplidora se vivía más o menos bien y con dignidad. Que la derecha era orden y ley, porque si la izquierda hubiese seguido gobernando la caótica República todo habría sido peor. Pero cuando se lo discutía, ella acababa diciendo que en realidad se vivía mejor sin dictadura, aunque también había mucho libertinaje. De su padre, mi bisabuelo, siempre decía que era un hombre que se vestía por los pies y que, aunque era autoritario, velaba por el bien del pueblo. Que, por ejemplo, estaba pendiente por si entraban los maquis a robar o a hacer alguna barbaridad, y vigilaba que todos se comportaran y fuesen buenos vecinos.

Le digo que a lo mejor por eso acusó a mi abuelo de ser un extremista, pero Miranda no recuerda que le hablasen de nadie en concreto del pueblo. Lo que sí tiene claro es que su bisabuelo era de derechas y hacía gala de ello. Le suena que alguna vez se mencionó

en casa que tenía un arma y que se llevaba muy bien con los falangistas de otros pueblos.

Miranda se acuerda de mi abuela Victorina porque según dice era muy alegre, y que cuando era muy pequeña le regaló un cuento. También le suena que en su casa contaban cómo los mozos habían ido a cantar una noche a casa de mis abuelos una canción que decía: «*Olé balón, mi balón*». Todo porque mi abuela comentó en el pueblo que sus hijas le habían traído de Zaragoza a mi tío, que entonces era pequeño, un bonito balón. Miranda me cuenta que nunca vio la gracia de aquella serenata nocturna y que le seguía pareciendo una de esas bromas pesadas en las que solo se ríen quienes las hacen.

Calculamos que eso sería a finales de los años sesenta antes de que se marcharan a vivir a Zaragoza.

De golpe, como algo que emerge sin querer, me sobreviene la sensación de haber vivido algo parecido un verano. Recupero una historia perdida, desdibujada, y me devuelve un malestar similar a cuando te despiertas de un mal sueño.

¿Cuántos años tendríamos? Yo, que soy la mayor de mis hermanos, unos doce quizá. Nos encantaba coger renacuajos en la fuente y cuidarlos en unos botes de cristal hasta que veíamos que les empezaban a salir las patitas, perdían la cola y se convertían en unas bonitas ranas. Me viene la imagen como un fogonazo, e incluso ahora que la escribo me emociona, la felicidad en nuestros rostros uno de esos días soleados y eternos con olor a Nivea, con nuestras rodillas raspadas y llevando una lata con una rana enorme, como pocas se veían, que nos habíamos encontrado en una charca. Íbamos riendo, despreocupados, por el centro del pueblo. Yo, con

una camiseta roja y una falda de lunares que me había hecho mi madre. Mis hermanos y mis primos, con pantalones cortos.

No sé qué fue lo que les molestó tanto, lo que movió a unos chavales a camuflarse en la noche para reírse de nosotros. Acudieron con unas linternas y se colocaron en una de las ventanas de la parte baja de la casa. Golpes, risas, burlas sobre que nos comíamos las ranas porque no teníamos otra cosa… Fue un tormento vernos en la diana de aquella situación molesta e incomprensible. No sé muy bien cuánto duró, pero mi padre salió iracundo para enfrentarse a ellos y aquello inflamó los ánimos en el pueblo. Durante todo el verano oíamos a nuestras espaldas cómo nos llamaban «ranas», y no dejaron de meterse con nosotros.

Desconozco si nos siguen llamando así, si al final nos hemos quedado con ese mote que, como suele pasar en los pueblos, solo te lo dicen a la cara si es cariñoso.

No había vuelto a recordar este capítulo del final de mi niñez en el pueblo, pero veo que mis abuelos ya sufrieron algo parecido. ¿Se perpetúan en las familias las mismas formas de canalizar las miserias humanas y los malos sentimientos?

Miranda me confiesa que no va al pueblo desde hace mucho tiempo. No le gusta. Nunca tuvo un grupo de amigos de verdad, y una vez que murieron sus abuelos y luego su madre, rompió el vínculo con ese lugar en el que sí que notaba que sus mayores se transformaban cuando llegaban.

—Esto siempre me llamó la atención —me cuenta—. Veía en ellos una actitud distinta a la que tenían en la ciudad. Era como si interpretasen un papel, parecían menos libres porque pensaban mucho todo lo que decían y hacían, y a la vez se daban importancia.

Hasta se compraban ropa para estrenarla allí, y se llevaban las cuatro joyas que no se ponían habitualmente.

Esto era a finales de los noventa, cuando todavía le hacía ilusión ir a las fiestas de agosto y tomar la sangría sin alcohol que preparaban para los pequeños en la plaza. Después, cuando ya tuvo otras opciones de veraneo, se le hacía más cuesta arriba pasar un mes en el pueblo.

—Siempre intuí que allí había muchas historias y por eso ya tengo ganas de leer tu libro. Por cierto, dices que la gente te ha respondido bien cuando le has contado lo de sus abuelos, ¿crees que ha sido porque te ven más como una periodista y no como alguien que es de allí?

—¿Te ha pasado a ti? —le pregunto.

—Un poco sí, tenía curiosidad por hablar contigo porque sigo tu trabajo.

Me sonrío, pero reconozco que este planteamiento me ha dejado pensativa.

En los años setenta el pueblo se quedó medio deshabitado. Al igual que mis abuelos, otros se marcharon a vivir a Madrid, Valencia, Teruel, Zaragoza, Barcelona o a pueblos vecinos más grandes. Algunos no volvieron en muchos años y sus casas terminaron vencidas por el paso del tiempo y la virulencia de los inviernos. En mis recuerdos habito este paisaje de tejados semihundidos y ventanas desvencijadas. De casas sin alma, donde solo entraban los pájaros anidados, o el silbido del viento que se atrevía a explorar las estancias. De chiquillos, aquellas viviendas rotas eran el objetivo de nuestros juegos de osadía.

—¿A que no te atreves a ir hasta la casa de la loma y quedarte allí diez minutos de noche? ¿Y con los truenos de una tormenta?

Los juegos en los que creíamos ser exploradores tenían por escenario estas casas, o una cuesta que unía el pueblo con el camino del lavadero en la que se tiraban las basuras y en la que nos parecía que hallábamos grandes tesoros.

Creo recordar que fue en este vertedero donde un día encontramos una especie de medalla gigante con la cara de Franco y un carnet de la Falange Española de las JONS, con la fotografía de su dueño bajo la insignia del yugo y las flechas. La medalla estaba ya oxidada y el carnet descolorido. Nos llevamos aquel botín para enseñarlo en casa, pero con las mismas nos dijeron que lo devolviésemos a la basura si lo habíamos sacado de allí, y si no,

también. Allí lo dejamos de nuevo. Alguien había querido deshacerse de su pasado y las principales pruebas se quedaron en aquel montículo de despojos de la vida diaria.

Mi madre prefiere subir al cementerio a primeras horas de la mañana. Lleva un ramo de flores frescas y una botella con agua para rellenar el jarrón que hay a los pies de la tumba de mis abuelos y de mi tía abuela Victoriana. Hoy la he acompañado. Hemos subido la cuesta por detrás de la casa para ir al Cerro, y he abierto la pesada puerta de hierro del camposanto. Mi abuela, mi abuelo y su hermana descansan bajo un mármol gris con sus nombres grabados, la fecha en la que se marcharon y la inscripción: «El olvido no existe en nuestros corazones porque vuestro recuerdo es eterno». Al lado de ellos están las tumbas del que fuera alcalde en la primera posguerra y de algunos de los que señalaron a mi abuelo como «rojo»… «Es lo que tienen los pueblos pequeños, viven juntos y descansan juntos durante toda la eternidad», pienso.

Mi madre retira las flores marchitas y pone las frescas que crecen en el jardín de casa, unas campanillas blancas con margaritas color malva y espliego. Es en ese momento cuando le digo que estoy escribiendo un libro sobre el abuelo a partir de su diario, y que querría que me contase recuerdos de cuando ella era pequeña y también que me aclarase algunas dudas que tengo. Sus ojos se iluminan y me dice que le gusta la idea.

Unas horas después estamos sentadas en el sillón del cuarto de estar, con la grabadora del móvil activada. Nos hace gracia vernos en este papel, y no sé a cuál de las dos le resulta más extraño. Quizá

mi madre nunca imaginó que un día a sus ochenta años su hija le iba a pedir que le contase si su padre les hablaba mucho de la guerra.

—Bueno, no hablábamos todos los días, claro, pero sí que sabíamos que se marchó para no alistarse con los de Franco, que le detuvieron y después estuvo en la cárcel. Decía que había sido un horror y que algo así, una guerra civil, no se debería repetir nunca —me cuenta—. Mi padre tenía pesadillas con la guerra cuando estaba enfermo. Lo pasó tan mal que lo revivía cuando tenía fiebre.

Ella sabía quiénes eran los que habían declarado en contra de su padre. Se enteró y de algunos no le extrañó, porque en el pueblo todos conocían la ideología de cada uno.

La conversación nos conduce hasta otro lugar, inesperado para mí. Mi madre sí que se sintió marcada como la hija de los rojos, aunque no por su cuadrilla. Ninguno de sus amigos le dijo nunca una palabra, pero sí que lo notaba, por ejemplo, con algunas maestras de la escuela.

—Una de ellas nos enseñó un cántico en latín dedicado a la Virgen. Yo no entendía nada y dije que me parecía muy triste, que sonaba como una canción para un muerto. Yo tendría seis o siete años, y me echó una reprimenda que, ya ves, se me quedó grabada. Muy furiosa, me soltó algo así como: «¡Claro, tú qué vas a decir!».

Mis abuelos sabían que en el pueblo había algunos que avisaban a los profesores de que ellos eran de izquierdas y que mi abuelo había salido de la cárcel después de la guerra. Incluso, recuerda mi madre, llegaron a avisar a una familia de Guadalajara con la que la abuela estuvo viviendo un mes mientras mi tía estaba hospitalizada a la

espera de que la operasen de apendicitis. Mi abuela Victorina les limpiaba la casa y les hacía la comida.

—Había de todo entonces —me dice—, porque otra familia del pueblo le ofreció dinero al abuelo para afrontar los gastos de la operación. Él se lo agradeció mucho, aunque no lo aceptó.

Entre risas, mi madre me relata también que estaban obligados a besar la mano del cura cuando pasaba por la escuela, y que iba con frecuencia. Todos ellos tenían que acercarse y tocar con sus labios la mano gorda y roja del sacerdote. A ella le daba mucho asco, me confiesa, porque estaba caliente después de sacársela de entre las largas sotanas.

—Estábamos tan marcados que si el abuelo no iba a misa se comentaba, y si íbamos, también. Fíjate que un día estaba en casa de mi mejor amiga de la cuadrilla y vino su madre con otra que debía ser cuñada o algo así. Mencionaron que la misa había estado muy bien y que la iglesia estaba a rebosar, que hasta los rebeldes habían ido. Yo entonces ya entendía un poco y me dije: «Pobre padre, qué desgracia estar siempre en el punto de mira».

También me cuenta que cuando se moría alguien, mi abuelo era el primero que estaba en la iglesia, y que ayudaba a preparar el entierro, aunque no tuviese una especial relación con el fallecido. Cree que esto lo hacía porque lo sentía, pero también para que no le pudiesen decir nada en contra.

Bebe agua, hace una pausa y entonces me revela algo muy auténtico que yo desconocía.

—Algo que no sabe nadie de este pueblo es que tu abuelo iba a misa de once todos los domingos cuando empezó a vivir en

Zaragoza. Había un sacerdote en Santa Engracia que le gustaba mucho. Se sentía libre para ir o no, y eso le agradaba.

Hablamos del año 1969. Al parecer, se hicieron tan amigos que mi abuelo le repartía la hoja parroquial, y el religioso le visitó dos años por Navidad y le llevó un regalo. El primero fue una linterna; el otro, un termómetro para medir la temperatura exterior que ahora está a la entrada de la casa del pueblo. Este sacerdote fue el que en 1970 casó a mis padres en esa iglesia del centro de la ciudad.

Mi madre me explica que, además, en el pueblo la abuela sí que iba a misa y que el abuelo nunca le dijo que no lo hiciese. El padre de mi abuela, mi bisabuelo Toribio, era socialista, pero también era sacristán, así que ya fuera por esto o porque le gustaba, los domingos se acercaba al segundo toque de las campanas.

—Por eso yo en casa vivía una especie de democracia. Mi padre siempre respetó lo que hacía mi madre —me asegura.

Antes de hablar de cuando llegaron a Zaragoza, le pregunto si sufrieron algún tipo de discriminación, por ejemplo, en el racionamiento de la comida, pero dice que no. Que, como a todos, cada mes les daban una botella de aceite, un kilo de azúcar y un paquete de tabaco, que su padre vendía porque no fumaba.

En casa tenían un cerdo, gallinas y cabras. Los huevos que ponían las gallinas a veces se cambiaban por arroz. Plantaban trigo, lentejas y garbanzos. Se comían muchas gachas, harina con agua y un poco de aceite, y sus padres tomaban agua de cebada tostada, a la que decían «café». No recuerda haber pasado hambre, pero ella no comía mucho. La abuela la llamaba «Yo ya no quiero más». A finales de los años cincuenta se abrieron dos tiendas en el pueblo, y el

horno estaba cerca de nuestra casa. Las mujeres iban con el pan amasado y el hornero lo cocía.

Fue por aquel entonces, en 1958, cuando mi madre se marchó a servir un año a Valencia. Se le hizo muy largo porque para ella supuso un gran cambio. Todo era nuevo. Llegó a una casa en la que había cuarto de baño, algo que nunca había visto antes.

Al año siguiente se fue a Zaragoza. Tenía quince años y a los dieciocho empezó a salir con mi padre, que era el hijo de los porteros del edificio en el que estaba trabajando. Fueron años duros, pero también bonitos, me dice. Hizo un curso de corte y confección porque le gustaba mucho coser. Salían, iban al cine Dorado, al Palafox o al Coliseo. También a los ejercicios espirituales porque los señores de la casa le daban días libres para que acudiera.

—Eran charlas, ¡y no veas qué charlas nos daban los curas! Un día nos dijeron que si teníamos novio, nos daban un beso y nos gustaba, entonces éramos unas guarras. ¿Tú crees que se puede decir esto? Yo además era una inocente, porque en aquel entonces no se hablaba de sexo y no sabía nada.

Así es, en el ideario franquista todo estaba encaminado a que la mujer fuese ama de casa y madre, siempre al servicio absoluto del hombre.

—Las mujeres, nos decían, tenéis que complacer al hombre, tener siempre la comida preparada, ser obedientes, ayudarle y servirle porque él viene cansado del trabajo. Y yo pensaba: «¡Jolines, pues yo también trabajo y a mí no me cuida nadie!».

Recuerdo, le comento, que en la casa de Zaragoza había un libro en la estantería que se titulaba algo así como *Manual de la buena*

casada. Se ríe y me dice que alguien se lo regaló, pero que no se acuerda de quién.

Lo que está claro, coincidimos, es que la mujer era tratada como un ser inferior y entre la Iglesia y Franco trazaron un único modelo de mujer, a la que llamaron «un ángel del hogar».

Mi madre seguía teniendo entre sus amigas a algunas del pueblo que también fueron a Zaragoza de sirvientas. Una de ellas era la hija de Rodolfo M., que estuvo en los pelotones de fusilamiento de los presos de la cárcel de Torrero. Le pregunto sobre este asunto y me dice que nunca ha hablado con su amiga de esto; es más, no cree que ella conociese algo de ese pasado de su padre. Mi madre dice que tal vez Rodolfo solo estuvo en las listas de fusileros, y a lo mejor nunca le tocó ir a la tapia del cementerio.

—Era una vida en la que Franco era omnipresente —recuerda—. En el NO-DO, en la radio, en los periódicos… A tu abuelo le regalé una radio con mi primer sueldo. Se la encargué a un señor que estaba poniendo el suelo de parquet en la casa en la que yo estaba y que tenía una tienda en Tamarite de Litera. Pero cuando me la trajo, era tan básica que no tenía onda corta, que es donde se sintonizaba Radio Pirenaica.

Le brillan los ojos al narrar cómo en el pueblo pasaban todos por casa del tío Juan para escuchar esta emisora.

—Yo era pequeña, pero me acuerdo de que los que salían hablando siempre decían cosas malas de España, y pensaba que tenían razón, que éramos muy pobres, como destacaban, y que debía ser cierto que la única carne que se comía en algunos sitios era la de caballo. Como se hacía en Francia, tenía muchas

interferencias, pero nos enterábamos de cosas, claro —relata entre risas.

Mi madre asegura que mis abuelos fueron felices en Zaragoza, que disfrutaron de la ciudad y que al ver que sus hijas estaban bien y después llegamos nosotros, ellos daban gracias a la vida. Ese agradecimiento lo percibí siempre en ellos, que fueron para mí unos segundos padres, como también mis abuelos paternos.

Abrazo a mi madre porque en ese momento se le cae una lágrima.

—Yo puedo decir que tuve una infancia feliz a pesar de todo. No teníamos mucho, podíamos estar marcados, pero nos sentíamos muy queridas por nuestros padres, y creo que no echábamos nada en falta. Nunca vi a mis padres reñir, ni escuché una palabra más alta que otra. Bueno, alguna vez a la abuela con su madre porque tenían su genio, pero se les pasaba enseguida. Y no sigo porque si lloro, adelgazo. —Las risas tras ese comentario se oyen en toda la casa.

Apago la grabadora.

Hoy, 18 de julio de 1986, se cumple medio siglo de la guerra civil más cruel de nuestra Historia reciente. La guerra civil de 1936. A los que nos tocó sufrirla y, sobre todo, fuimos víctimas de la primera posguerra, siempre tenemos una herida sin cicatrizar, aunque también tenemos la unánime voluntad de que no vuelva a pasar. De que nunca en España se viva una orgía macabra de hermanos contra hermanos y de hijos contra padres.

Que no se repita la pesadilla del odio, del hambre, del silencio, del miedo.

Quiénes fueron cómplices y culpables es ya secundario, al final, incluso los peores fueron también víctimas.

Es bueno que se recuerde todo lo que pasamos para que no se vuelva a repetir, por eso dejo esta escritura que doy por terminada.

El diario de mi abuelo es tan diario que para finalizar habla, por ejemplo, de Juan Carlos I como el monarca que salvó la democracia en 1981 ante el intento de golpe de Estado, o de las elecciones de 1982 en las que el triunfo del Partido Socialista Obrero Español acabó con el centro derecha de Adolfo Suárez, presidente del Gobierno desde el 3 de julio de 1976.

A mis abuelos les gustaba el rey. Tanto en su casa como en la de mis abuelos paternos se escuchaba con atención su Mensaje de Navidad. Para ellos era una figura de libertad que había abortado el plan de los golpistas franquistas. Juan Carlos I era sinónimo de Transición, lo mismo que para mí lo eran Los Payasos de la Tele o las revistas de *Cambio 16* que mi madre leía y guardaba en un armario del salón.

Me pregunto qué dirían ahora si supieran de los escándalos del ya rey emérito.

Acaban de cumplirse cincuenta años de su ascenso al trono y estos días todos los corresponsales españoles en París andamos enloquecidos con la publicación en Francia de su libro de memorias, *Reconciliación*. El rey ha escrito sobre su vida y su reinado para que otros no cuenten su historia, según dice. Y de su lectura saco la imagen que quiere dar de sí mismo, que es muy parecida a la que tenían mis abuelos de él. Esa primera parte de su reinado en la que era un monarca respetado, y del que todavía no se sabía mucho de

sus sombras y sus devaneos sentimentales porque la prensa los tapaba.

En el capítulo del 23F quiere dejar claro que no hubo connivencia por su parte con los golpistas y reconoce que, quizá, tendría que haberse tomado más en serio la advertencia que Milans del Bosch le hizo a su padre don Juan en una cena, cuando le dijo que antes de retirarse sacaría los tanques a la calle. Hace hincapié en que le dolió la traición de Alfonso Armada, al que tenía por un leal amigo, y que se dio cuenta enseguida de que, en esas dieciocho horas de secuestro del Congreso de los Diputados, Armada solo buscaba dar la imagen de que estaba junto a él, o que iba al hemiciclo en su nombre, para que pareciera que el rey apoyaba el golpe militar. Por eso, escribe, le dijo a Adolfo Suárez que Armada era un traidor.

Una vez más, como siempre que leo o me cuentan algo sobre la Transición y este momento de tensión que se vivió en nuestro país, pienso que me hubiese gustado ser periodista en esa época y también en lo difícil que tuvo que ser para muchos colegas que tuvieron que lidiar con capítulos convulsos, el miedo a la involución o la lucha por la libertad de expresión.

La imagen de la España que despegaba hacia la modernidad llegaría ya en los noventa, con los Juegos Olímpicos en Barcelona o la Expo de Sevilla. Ese fue el verano de mis primeras prácticas en el *Heraldo de Aragón*, cuando cursaba tercero de Periodismo, y resultaba de lo más rompedor hacer un reportaje sobre tatuadores profesionales que habían abierto sus talleres en Zaragoza.

Fue el primero que publiqué en un periódico y salió en la edición del fin de semana. La noche del viernes quedé con mis amigos para celebrarlo y se me hizo tarde, o temprano, según se mire. Ya había

amanecido cuando volvía a casa. Soplaba un poco de viento y por el paseo de la Constitución vi rodar la hoja de un periódico. Cuando me acerqué, vi que era el reportaje de los tatuajes. Me eché a reír, sin saber si aquello era una buena o mala señal de lo que estaba por venir. Compré unos churros, chocolate y me fui a casa de mis abuelos. Les llevaba también el periódico de ese sábado.

Sabía que mi abuelo me iba a llamar «rondanchina», como siempre me decía cuando salía de fiesta, pero también que le agradaría ver mi primer trabajo periodístico.

Cómo pasa el tiempo. ¿Qué sentiría al ver a su nieta mayor hablar en TVE de ese rey que respetaba? ¿Qué pensaría sobre las amistades peligrosas, dinero y mujeres que le forzaron a abdicar y a marcharse de España? Pasa el tiempo, pero la Historia no se detiene.

Ahora que llego al final de este viaje, me siento tranquila, aunque siguen sin respuesta muchas de las preguntas que tenía. No he podido averiguar quién, o quiénes, llamaron a las autoridades para avisar de que mi abuelo se había fugado del pueblo, o si los «verdugos sociales» eran conscientes de que podían mandar al acusado de «rojo» a la muerte ante un pelotón de fusilamiento.

Le culparon de tener extremas ideas izquierdistas, según me han contado, porque hacía el baile, se sabía que votó al Frente Popular, o porque no era muy amigo de ir a misas.

No sé si realmente con los que he hablado desconocían la historia del todo, o si la han querido ocultar porque es mejor así. Comprendo que quizá sea más cómodo no levantar alfombras. Intuyo también que en un pueblo tan pequeño se corrió la voz de que preparaba este libro y algunos ya sabían de qué quería hablar con ellos cuando les contacté. Para las entrevistas elegí a los descendientes que creí que me podían arrojar más luz. He visto emoción en algunos, en los más mayores, pero también desinterés e incluso incomodidad en los más próximos a los de mi edad y amigos de la pandilla.

Me hubiese gustado confirmar que realmente mi abuelo salió solo del pueblo en el 37 porque lo decidió así, y no porque algo se torció en posibles encuentros con alguien.

Mi viaje queda incompleto por ello, pero sabía que iba a ser difícil y que al final la mayoría me iba a contar el olvido. Mi tranquilidad

viene por haberme atrevido a mirar el pasado y haber conseguido que otros lo afrontasen, aunque solo fuera durante unos minutos.

Pocos conocían lo que vivió mi abuelo. Ninguno, me han dicho, sabía que había estado tantos años en la cárcel, y que los suyos contribuyeron a ello. No sé cómo procesaron después la conversación, lo que sintieron al saber, o recordar, el lado en el que estuvieron sus padres y abuelos…

Me siento bien por haber mirado dentro de mí para comprender mejor de dónde vengo y, con ello, hacerme más fuerte. La vergüenza nunca deberían sentirla las víctimas.

Reconozco que en la travesía interna he tenido tormentas y que, conforme iba avanzando, me sentía más vulnerable. He llegado al final y ahora me da pena cerrar este ejercicio de reencuentro con los míos, que he acompañado con los discos de mis padres. Los Pekenikes, Cecilia o Los Brincos. La carpeta donde los guardo me huele a la transición democrática. También he escuchado las coplas de Imperio Argentina, Miguel de Molina, pasodobles y zarzuelas; la banda sonora de aquellos años cuarenta y cincuenta que vivieron nuestros abuelos. Me he acordado mucho de ellos.

Hace unos cuantos años hice para el telediario un reportaje sobre las fiestas de los pueblos en agosto. Propuse sacar el de mi familia porque daba el pregón la tía Ramona, que había cumplido cien años. Además de a ella, entrevisté a mi abuela y al tío Serafín, que murió pocos meses antes de escribir esto con ciento cinco años. Los mismos que tendría mi abuela si viviera.

Serafín venía mucho a hablar con mis abuelos. Fue otro damnificado de la guerra porque le llevaron obligado a combatir en

el bando nacional. «De frente y *pa'l* frente», le dijeron cuando no era más que un crío.

Sus nietos sí que le preguntaban a veces. Les contó que en Teruel morían congelados todos los que no eran de la zona, que metían la cuchara en una misma lata y seguían comiendo aunque se les cayeran dentro los mocos a causa del frío, o cómo se salvó de la muerte por unos segundos cuando le cambió a otro el puesto en la trinchera.

Cómo me hubiese gustado hablar con él y con otros muchos.

De nuevo agradezco a mis abuelos que me permitieran crecer en un ambiente sano donde si hablaban de lo que pasó lo hacían sin odio, a pesar del trauma.

Agradezco también cómo han reaccionado todos a los que me he dirigido para escribir este *Cuéntame el olvido*. La educación y la amabilidad han sido exquisitas, me hayan contado más o menos en una especie, a veces, de desmemoria colectiva.

Pienso esto mientras miro la fotografía que me acompaña allá donde vaya. La tengo siempre sobre la mesilla, al lado de mi cama, pero estos días la he traído al escritorio. Bajo un cielo azul, con el paisaje amarillo de campos de trigo recién cosechado y el verde del pinar, mi abuelo, con las mangas de la camisa remangadas, pantalón gris de tela y boina negra, mira a la cámara tranquilo. Es una de las pocas imágenes que conservo de aquellos veranos junto a mis hermanos. Solo el mayor de ellos se gira justo cuando disparan la foto. Parece que mira al abuelo, o a mí, que sostengo una lata plateada. Supongo que dentro habría renacuajos.

Yo un día me iré
y los pajarillos seguirán cantando,
y este manuscrito queda
en el cajón de la mesilla de mi cuarto.
En él se puede leer
que estuve encarcelado por Franco.

Gabriel Herranz Fuertes
Zaragoza, 31 de diciembre de 1986

Fechas especiales para recordar:

18 de julio de 1936 — Sublevación militar contra el gobierno de la Segunda República elegido democráticamente en las urnas. Empieza la Guerra Civil.

1 de marzo de 1937 — Los sublevados de Molina de Aragón, cabeza de partido, llaman a mi quinta.

7 y 11 de marzo de 1937 — Detenido y encarcelado en Soria.

14 de mayo de 1937 — Procesado por adhesión a la rebelión.

23 de noviembre de 1937 — Traslado a la cárcel provincial de Zaragoza. Prisión de Torrero.

28 de abril de 1938 — Celebración del juicio.

10 de junio de 1938 — Me comunican la sentencia: treinta años de reclusión por el delito de adhesión a la rebelión.

15 de febrero de 1941 — Me trasladan al penal de El Dueso, en Santoña, Santander.

1 de junio de 1941 — Me conceden la libertad atenuada.

8 de octubre de 1943 — Recibo el certificado de libertad definitiva.

Cómo pájaro Herido:

Después de penosos años, y largos sufrimientos en las cárceles de Soria, Zaragoza, y penal del Dueso-Santoña, en la dictadura franquista, regresé a mi pueblo Natal en Libertad atenuada.

Con un pedazo de Historia prendido en el pecho.

Agradecimientos

Ahora que empiezan los mercadillos de Navidad en París, he comprado una bolsa de tela de algodón. Cuando la vi en los puestos de Hôtel de Ville pensé que era la mejor para guardar la agenda-libro de mi abuelo, que durante más de un año ha estado en mi escritorio, se ha tomado cafés conmigo en París, y ha vuelto a viajar por Francia y España.

Se merece un respiro, el cuidado adecuado para una joya que ya se ha convertido en inseparable.

Este *Cuéntame el olvido* es, sobre todo, este diario que, incluso, mi pareja se leyó emocionado antes que yo. Gracias, Jon Barandica, por animarme siempre a escribir, a pesar de todo el tiempo que te quito.

Gracias a mis amigos, a Josefina, Valentín, Paloma, Natacha, María Antonia, Raquel, Andrés T., Elena… por estar también ahí en mis días nublados. Y a Marta Busquets, allá donde esté.

A los historiadores que no han dudado en ayudarme. Iván Heredia, Nicolás Sesma o Carmina Gustrán, que contestaron a mis llamadas y mis mensajes y que ofrecieron luz en mis dudas y desconocimiento. Y a mi profesora de instituto, María Ángeles Miguel, por aquella charla inspiradora que comenzó una tarde de verano en Panticosa y continuó con un envío de libros sobre la Guerra Civil a París.

Gracias a mis editores por confiar nuevamente en mí, y sobre todo a Virginia Fernández que desde el principio le encantó la idea y apostó por ella, así como a todos los que han dado forma a este libro.

Y gracias, Ignacio, por tu generosidad al prologar este *Cuéntame el olvido*. Para mí es un regalo que estés en él. Como sabes, no solo te leo, sino que te subrayo.

A mi familia por aguantar las tormentas de preguntas.

Y sobre todo, gracias, Gabriel y Victorina. Aquí la «rondanchina» sigue soñando con vosotros y os echa de menos enormemente.

Os quiero.

Nota bibliográfica

Casanova, Julián, *et al.*, *Víctimas de la guerra civil*, Barcelona, Temas de Hoy, 1999.

—, *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, 2022.

Cifuentes Chueca, Julia y Maluenda Pons, Pilar, *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-39)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995.

De Estella, Gumersindo, *Fusilados en Zaragoza, 1936-1939: tres años de asistencia espiritual a los reos*, Zaragoza, Mira Editores, 2014.

Del Rey, Fernando, *Retaguardia roja: violencia y revolución en la Guerra Civil española*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021.

Díaz Nosty, Bernardo, *Lo contaron al mundo: Periodistas extranjeras en la Guerra Civil*, Sevilla, Renacimiento, 2025.

Espinosa Maestre, Francisco, ed., *Violencia roja y azul, España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010.

Heredia Urzáiz, Iván, *Delitos políticos y orden social: historia de la cárcel de Torrero (1928-1939)*, Zaragoza, Mira Editores, 2005.

Jackson, Gabriel, *La República española y la Guerra*, Barcelona, Booket, 2024.

Ledesma, José Luis, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003).

Martín Nieto, Isaac, «Primaveras trágicas, rebeliones militares y terrores rojos en España. La violencia política de 1936 en la provincia de Guadalajara», *Historia Contemporánea*, n.° 66 (Junio de 2021), pp. 465-492.

Sesma, Nicolás, *Ni una, ni grande, ni libre: La dictadura franquista*, Barcelona, Crítica, 2025.

«Mavi Doñate ha acertado a escribir uno de esos libros necesarios que llenan vacíos, subsanan olvidos y reparan injusticias».
Del prólogo de Ignacio Martínez De Pisón



Gabriel fue uno de tantos hombres a los que la Guerra Civil robó la juventud. En 1937 fue capturado por soldados nacionales, encarcelado y juzgado por «adhesión a la rebelión» con los testimonios de ocho vecinos de su pueblo. El fiscal solicitó para él la pena de muerte y terminó condenado a treinta años de prisión, de los que cumplió cuatro y algunos meses en condiciones infrahumanas.

En 1941 recuperó la libertad —vigilada por el nuevo régimen— y regresó a casa en silencio, confinando los recuerdos más oscuro de

su encierro entre las páginas de un diario de tapas marrones. Mientras en España empezaban a soplar vientos de cambio, Gabriel avivaba los rescoldos de su memoria para que su sufrimiento y el de tantos otros como él no quedaran reducidos a cenizas y borrados para siempre de la Historia.

Cuéntame el olvido es el reencuentro de Mavi Doñate con su abuelo Gabriel. A partir de la lectura de su diario —en el que descubre que él siempre supo los nombres de aquellos que le denunciaron—, emprende una emocionante investigación histórica y familiar que rinde homenaje a los hombres y las mujeres para los que la guerra no terminó en 1939 y cuyas vidas se perdieron entre las trincheras, el exilio y las cárceles. Su búsqueda, dirigida con pulso periodístic firme y delicado, nos sitúa frente a algunas verdades incómodas y nos advierte del peligroso efecto de la desmemoria colectiva en las generaciones futuras.

«Mavi Doñate ha acertado a escribir uno de esos libros necesarios que llenan vacíos, subsanan olvidos y reparan injusticias».
Del prólogo de IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Mavi Doñante Herranz (Zaragoza, 1971) ha desarrollado una larga trayectoria periodística en medios como la agencia EFE, Europa Press, RNE y TVE. Corresponsal de RTVE en Asia-Pacífico entre los años 2015 y 2021, sus crónicas diarias desde China sobre el origen y el desarrollo de la Covid-19 se convirtieron en referencia imprescindible para comprender el nuevo orden internacional surgido de la pandemia. Fruto de aquella experiencia publicó su primer libro, *Bajo la mirada del dragón despierto* (Plaza & Janés, 2022).

En octubre de 2021 se trasladó a París, desde donde ha explicado al público español los vaivenes de la política francesa, el caso Pelicot o los juegos olímpicos del verano de 2024.

Sus excelentes coberturas informativas la han hecho merecedora de varios de los premios más prestigiosos de la profesión, entre los que se cuentan el José Manuel Porquet, el Ondas a la mejor presentadora, el Cirilo Rodríguez o el Manuel Chaves Nogales.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, María Victoria Doñate Herranz
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Ignacio Martínez de Pisón, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Bibliothèque nationale de France

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03900-3

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Cuéntame el olvido

Prólogo

Del tiempo y del olvido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Agradecimientos

Nota bibliográfica

Sobre este libro

Sobre Mavi Doñate

Créditos